

# EL BRONCE FINAL EN EL SURESTE DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: UNA (RE)VISIÓN DESDE LA ARQUEOLOGÍA FUNERARIA

Alberto J. Lorrio<sup>1</sup>

## RESUMEN

En este trabajo se han analizado las manifestaciones funerarias que se desarrollaron durante el Bronce Final en las tierras del Sureste peninsular. La base fundamental para el estudio de estos conjuntos son las excavaciones de los hermanos Siret a finales del siglo XIX e inicios del XX. Tales manifestaciones evidencian una marcada personalidad cultural, que se manifiesta en la contemporaneidad de los ritos de inhumación e incineración, en ocasiones compartiendo un mismo sepulcro, o en el uso de espacios funerarios tan diversos como serían las pequeñas necrópolis de incineración o las sepulturas colectivas de inhumación o de inhumación/incineración, observándose, en relación a éstas, la recurrente reutilización de antiguas tumbas megalíticas.

**Palabras Clave:** Necrópolis de incineración Enterramientos colectivos. Tumbas de inhumación. Bronce Final. Sureste.

## ABSTRACT

This work analyses funerary practices developed in the Late Bronze Age in the south eastern Spain. The fundamental bases for the study of these graves are the digs carried out by L. and H. Siret in the late 19th and early 20th centuries. These expressions point to a solid cultural personality. It is evident in aspects such as the co-existence of burial rites such as inhumation and cremation, often in the same grave, or the wide range of funeral spaces, such as small cremation cemeteries, or collective inhumated burials and graves with a mixture of the two rites, in relation to which we may observe the recurrent reuse of older megalithic tombs.

**Key words:** Collective burials. Cremation cemeteries. Inhumation tombs. Late Bronze Age. Southeast.

---

<sup>1</sup> Área de Prehistoria. Universidad de Alicante. 03080-Alicante. [alberto.lorrio@ua.es](mailto:alberto.lorrio@ua.es).

## I. INTRODUCCIÓN

Tras la disolución del llamado Bronce Tardío, en los siglos inmediatamente anteriores a la transición del segundo al primer milenio, y hasta un momento que suele situarse hacia mediados del siglo VIII a.C. se desarrolla el Bronce Final, un periodo de gran trascendencia caracterizado por importantes novedades que afectarán a campos tan dispares como los patrones de asentamiento y la arquitectura doméstica, las actividades subsistenciales, el artesanado y la tecnología, los intercambios y las redes comerciales, la organización social o las prácticas funerarias y la religiosidad, y en el que comienzan a configurarse las etnias prerromanas que, siglos más tarde, entrarán en la Historia de la mano de los historiadores y geógrafos griegos y latinos<sup>2</sup>. El Sureste se presenta durante esta etapa como un territorio con una relativa homogeneidad cultural (Molina, 1978), sobre todo si se compara con otros ámbitos peninsulares contemporáneos. Su trayectoria común durante el Bronce Pleno, o Cultura del Argar, y el Bronce Tardío y el hecho de haberse visto afectado directamente por la presencia colonial fenicia habrían contribuido a esa visión, aunque se observan importantes diferencias en lo que respecta a aspectos como los patrones de poblamiento, los tipos de asentamientos o las prácticas funerarias, que sugieren diferencias regionales difíciles de interpretar. Parece probada la llegada de nuevas gentes, con la posible arribada de grupos del círculo de los Campos de Urnas en forma de aportes étnicos posiblemente no muy numerosos, la segura presencia de colonos mediterráneos (fenicios, aunque no exclusivamente), así como de especialistas de procedencia atlántica, al tiempo que se documentan elementos de origen tartésico y otros que denotan el arraigo en las tradiciones precedentes.

Surgen ahora centros destacados de carácter protourbano, que evidencian comunidades más grandes y un aumento demográfico en algunas regiones, aunque no falten áreas con un menor dinamismo cultural e incluso sin apenas evidencias de poblamiento durante el periodo, por lo que no puede hablarse en líneas generales de una mayor densidad de población que la observada en etapas anteriores, como el Bronce Argárico, ni aun de asentamientos más permanentes, al menos no en todas las zonas del Sureste, fenómenos que sí se documentan

<sup>2</sup> Este trabajo se ha realizado dentro del marco del proyecto HAR2010-20479 del Ministerio de Ciencia e Innovación “Bronce Final y Edad del Hierro en el Levante y el Sureste de la Península Ibérica: Cambio cultural y procesos de etnogénesis”.

con claridad en otros territorios peninsulares (Ruiz Zapatero, 2001-2002, p. 103 s.). Se evidencia también un fuerte desarrollo de las actividades de producción de metal, sobre todo bronce, con una relativa variedad de tipos de armas, adornos o útiles y, en los casos más destacados, una producción a mayor escala que en las etapas precedentes, aunque su amortización intencional en forma de ajueres funerarios sea poco importante, como lo es la presencia de objetos metálicos en ambientes domésticos, destacando en cambio los característicos depósitos u ocultaciones de armas, utensilios o adornos de bronce, un fenómeno nuevo de compleja interpretación, que constata la circulación de bronce a larga distancia y pone de manifiesto la compleja red de intercambios y rutas de comercio del momento. Cabe destacar, no obstante, el escaso peso específico de la orfebrería, con excepcionales hallazgos en el Bronce Tardío, como los tesoros procedentes de Villena, y que ahora queda prácticamente reducida a unos pocos adornos de plata.

El registro funerario ofrece en el Sureste un panorama variado, que evidencia la ausencia de un patrón funerario normalizado, pues junto a cementerios de incineración, generalmente integrados por un número reducido de tumbas aunque en algún caso lleguen a concentrar algunas decenas, se documentan sepulturas colectivas de inhumación y/o incineración, en muchos casos ‘reocupando’ sepulcros megalíticos o antiguas cuevas de enterramiento (figs. 1-7). Los ajueres, en su mayoría objetos de adorno y vasos cerámicos, presentan una relativa homogeneidad. Su estudio (Lorrio, 2008) ha permitido determinar la seriación –la ordenación cronológica– de los sepulcros y realizar aproximaciones de orden social y cultural, pero también confirmar la existencia de redes de intercambio interregional, al tiempo que un fuerte componente autóctono, como evidencian buena parte de las formas cerámicas o la implantación del rito inhumador, en muchos casos en el interior de antiguos monumentos megalíticos, lo que puede interpretarse como una forma de vinculación, real o ficticia, con los grupos del pasado, sin que pueda hablarse de una mayor complejidad social que la observada en las sociedades argáricas o, incluso, del Bronce Tardío.

## II. 150 AÑOS DE INVESTIGACIÓN EN EL SURESTE: ANTECEDENTES Y ESTADO DE LA CUESTIÓN

Las primeras noticias sobre hallazgos del Bronce Final en las tierras del Sureste se remontan a la segunda

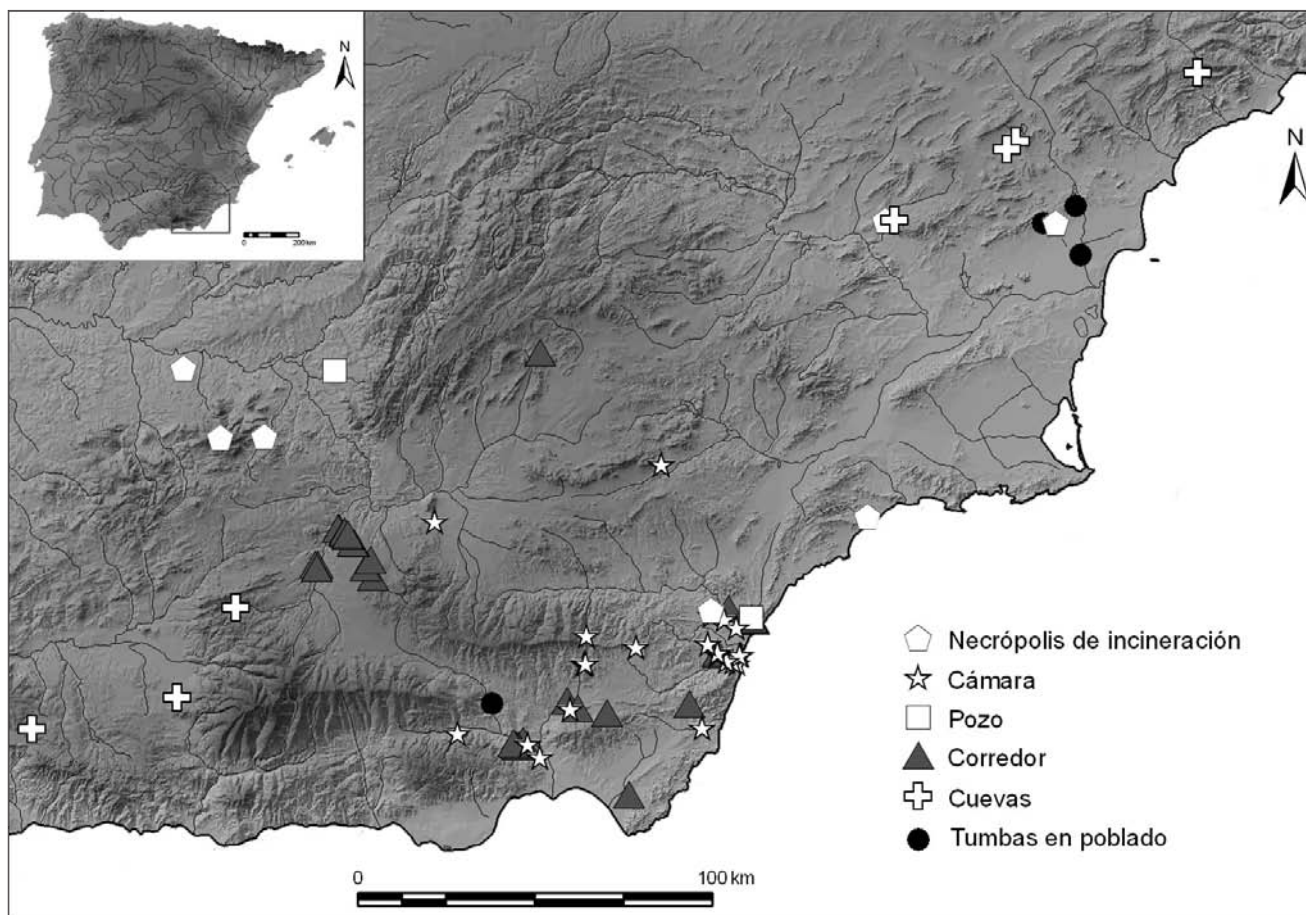


Figura 1. Mapa de dispersión de los espacios funerarios en el Sureste y la Alta Andalucía (según Lorrio, 2008, completado).

mitad del siglo XIX, aunque no sería hasta finales de esa centuria cuando empezaran a ser valorados correctamente. En 1868, Manuel de Gongora y Martínez publica en sus *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía* un hallazgo singular, un “hacha de cobre con asas”, del tipo de talón y dos anillas, encontrada en “la Sierra de Baza” (Góngora, 1868, p. 110, fig. 138). Algunos años después, los hermanos L. y H. Siret daban a conocer en su monografía *Les Premiers Âges du Métal dans le Sud-Est de l'Espagne* (1887; *id.*, 1890, en castellano) los resultados de sus excavaciones en algunas necrópolis y sepulturas colectivas del sur de Murcia y el levante almeriense, como Parazuelos, Campos, Qurénima, Caldero de Mojácar y Barranco Hondo (fig. 4), que hoy no dudamos en adscribir al Bronce Final, aunque para los autores debieran fecharse en el inicio de la Edad de los Metales.

Con posterioridad a esta obra, L. Siret rectificaría esta atribución, emprendiendo junto a su capataz P. Flores una ingente labor de investigación que se tradujo en

el descubrimiento de un buen número de conjuntos funerarios del Bronce Final, aunque ninguno se llegara a publicar en detalle, limitándose a mencionar o, en el mejor de los casos, reproducir, algunos de los objetos más significativos de estos enterramientos, incidiendo sobre todo en aspectos relacionados con el ritual o la adscripción cronológica y cultural de los mismos. En su artículo “L'Espagne Préhistorique”, aparecido en 1893 en la *Revue des questions scientifiques*, Siret (1893, p. 234 ss., figs. 290-306) considera la posibilidad de adscribir estos enterramientos “al final del bronce o al comienzo del hierro”. El autor volvería sobre el tema en trabajos posteriores, como *Villaricos y Herrerías* (Siret, 1909, p. 53 s.) o *Questions de chronologie et d'ethnographie ibériques* (*id.*, 1913, p. 406-411), sin duda su obra fundamental, donde ofrece un resumen de sus planteamientos sobre estas manifestaciones funerarias que consideraba propias del Primer Hierro, aunque contemporáneas con armas e instrumentos del final de la Edad del Bronce. En este

trabajo recoge igualmente los depósitos de bronce conocidos en el Sureste, en su mayoría hachas, como las de talón y dos anillas de Totana (Murcia), Diezma y Baza (Granada), el conjunto de Arroyomolinos (Jaén), integrado por un hacha de talón y una anilla, dos ejemplares de aletas medianas y otros tantos brazaletes decorados similares a los recuperados en los ajueres funerarios del Sureste, las hachas de apéndices laterales de Guadix, Campotéjar y Granada, un conjunto de hachas-lingote de los alrededores de Elche o la espada de Herrerías (Almería), en muchos casos acompañados de sus correspondientes análisis metalográficos (*id.*, 1913, p. 345, 349 ss., 358 s., 361 ss., fig. 125,1-3, 131,1-3, 133,1, 134,2, 135 y pl. XV)<sup>3</sup>.

No sería hasta los años 60 del siglo XX, y sobre todo, durante las décadas de los 70 y 80 cuando se produjo un desarrollo notable de la investigación sobre el Bronce Final del Sureste, con importantes aportaciones fruto de excavaciones y trabajos de prospección, cuyos resultados en algún caso han visto la luz en los años 90 o incluso después (Molina, 1978, p. 159 ss.; Lorrío, 2008, p. 20 ss.). Destacan sin duda las excavaciones en importantes poblados, algunos de los cuales con completas estratigrafías que han servido de base para las diferentes periodizaciones del Bronce Final regional (Molina, 1978; Arteaga, 1982, fig. 5; Pellicer, 1986). Entre los más destacados cabe citar El Macalón, Nerpio, Albacete (García Guinea, 1960; García Guinea y San Miguel, 1964; Pellicer, 1999), El Cerro del Real, Galera (Pellicer y Schüle, 1962 y 1966; Sánchez Meseguer, 1969), El Cerro de la Encina, Monachil (Arribas *et al.*, 1974; Aranda, 2001), El Cerro de los Infantes, Pinos Puente (Mendoza *et al.*, 1981; Molina *et al.*, 1983), El Cerro de la Mora (Pachón *et al.*, 1979; Pastor *et al.*, 1981; Carrasco *et al.*, 1981; *id.*, 1982; *id.*, 1987a; *id.*, 1987b; Pastor *et al.*, 1988; Carrasco *et al.*, 1990; Pachón *et al.*, 1999) y El Cerro de la Miel (Carrasco *et al.*, 1985; Carrasco *et al.*, 1987c), Moraleda de Zafayona, todos ellos en la provincia de Granada, El Peñón de la Reina, Alboloduy (Martínez y Botella, 1980) y Gatas, Turre (Castro *et al.*, 1999), en la de Almería, Cobatillas la Vieja, Santomera (Ros, 1985a) o El

Castellar, Librilla (*id.*, 1989), entre otros, en la Región de Murcia, o Los Saladares, Orihuela (Arteaga y Serna, 1973; *id.*, 1975; *id.*, 1979-80; Arteaga, 1982) y La Peña Negra, Crevillente (González Prats, 1983; *id.*, 1990), en las tierras meridionales de Alicante.

Menores han sido las novedades relativas al mundo funerario, durante mucho tiempo uno de los aspectos más oscuros de la cultura del Bronce Final del Sureste, hasta el punto de que hasta el último cuarto del siglo XX la única información disponible se reducía casi en exclusividad a los datos de los trabajos pioneros de L. y E. Siret (1890; Siret, 1908; G. y V. Leisner, 1943), parcialmente publicados, con noticias sobre tumbas colectivas de inhumación e incineración, que a veces reutilizaban antiguos sepulcros dolménicos, y necrópolis de incineración formadas por unas pocas tumbas, aunque faltaban datos objetivos, al tratarse de documentación en gran medida inédita, pues únicamente se publicarían en detalle los conjuntos incluidos en *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España* (L. y E. Siret, 1890). Desde mediados de los años 70 del pasado siglo se ha incrementado la documentación, con nuevos datos que han contribuido a ofrecer un panorama más complejo, pudiendo destacar algunos conjuntos dolménicos granadinos con evidencias de reutilizaciones durante esta etapa, como los identificados en el río de Gor (Molina, 1978, p. 177 s.) o el excepcional de Domingo 1 (fig. 5), Fonelas, en el río Fardes (Ferrer, 1977; Ferrer *et al.*, 1988), y las necrópolis de incineración del Llano de los Ceperos, Ramonete-Lorca, Murcia, muy alterada (Ros, 1985b; *id.*, 1989, p. 187 ss., fig. 39), el Collado y Pinar de Santa Ana, Jumilla, Murcia, cuyo origen se remonta a un momento avanzado del Bronce Final (Hernández y Gil, 2004) y, sobre todo, Les Moreres (fig. 3), Crevillente, Alicante (González Prats, 2002), sin duda el cementerio más importante del Bronce Final en el Sureste, con un número importante de tumbas adscritas a este periodo, además de un nutrido conjunto del Hierro Antiguo u Orientalizante, a lo que hay que añadir algunos hallazgos que inciden en la relativa variabilidad de las prácticas funerarias en la zona durante la etapa, como la identificación de inhumaciones, o de forma excepcional cremaciones, en espacios tan variados como el interior de antiguas cuevas calcolíticas de enterramiento múltiple (fig. 7) (Soler *et al.*, 1999; Navarrete *et al.*, 1999-2000, p. 55 ss., fig. 17; Lorrío, 2008, p. 437 s.) o en lugares de habitación (fig. 8) (González Prats, 1990, p. 95; de Miguel, 2002; Hernández, 2005, p. 28; *id.*, 2009a, p. 165 s.; García *et al.*, 2010, p. 43 y 54 s.).

3 Sabemos que Siret excavó algunos lugares de habitación que proporcionaron materiales del Bronce Final, como Cuartillas, Cabecicos Negros, Cabezo del Pajarraco, Boliche Puerto Rico, Boliche Solana o El Llano de la Espesura, todos ellos localizados en la almeriense Cuenca de Vera aunque el material recuperado haya permanecido inédito en su mayoría hasta fecha reciente (Lorrío, 2008, p. 313 ss., 396 ss., figs. 179-183).



A estos trabajos deben añadirse las prospecciones sistemáticas que desde mediados de la década de los 80 vienen realizándose en diversas zonas del Sureste, de gran interés al proporcionar información sobre el poblamiento del momento, pues apenas han aportado nuevos datos sobre los lugares de enterramiento, aunque falte su publicación en detalle (Cámalich y Martín, dir., 1999; Chávez *et al.*, 2002; etc.).

Un tema que ha deparado no pocas sorpresas ha sido el de la revisión de colecciones antiguas, sobre todo por lo que se refiere a las excavaciones de los hermanos Siret, generalmente sepulturas pero también algunos asentamientos (Lorrio y Montero, 2004; Lorrio, 2008; *id.*, 2011). Todo ello ha contribuido a poner de manifiesto la existencia de costumbres funerarias relativamente variadas, lo que trasluce diferencias entre las comunidades del Sureste difíciles de valorar, aunque las tradiciones locales o los influjos foráneos debieron influir de forma determinante, al igual que el diferente nivel de desarrollo que los datos relativos al poblamiento y el hábitat permiten vislumbrar para las diferentes regiones del Sureste, sin desestimar el que pudiéramos estar ante distintos tipos de sociedades, confirmando, en cualquier caso, la ausencia de un patrón funerario normalizado.

Lamentablemente, no ha cuajado en el Sureste la reactivación de los estudios del Bronce Final peninsular, a lo que hay que añadir el mayor interés en la zona por las etapas anteriores –el Bronce Argárico, sobre todo– y posteriores –principalmente la colonización fenicia y, al menos en algunas zonas del Sureste, también la Edad del Hierro–. Faltan poblados excavados en extensión, lo que condiciona nuestro conocimiento del urbanismo del momento. La información se limita en muchos casos a prospecciones superficiales, inéditas en su mayoría, sondeos estratigráficos o excavaciones en áreas no muy extensas, insuficientes para conocer la fisonomía de estos asentamientos, que a veces llegan a alcanzar grandes dimensiones, un panorama por otro lado no muy distinto del que se observa en el resto de las regiones peninsulares (Ruiz Zapatero, 2001-2002, p. 106). No son muchos los nuevos hallazgos, en general relacionados con intervenciones de urgencia más que con proyectos de investigación, al tiempo que se hace imprescindible la publicación de los yacimientos identificados a partir de las prospecciones intensivas que en las últimas décadas se han venido desarrollando en el Sureste, a menudo dados a conocer en trabajos centrados en periodos muy alejados del que aquí nos interesa o que rebasan ampliamente los límites cronológicos

estudiados, lo que explicaría el que no se reproduzcan los materiales atribuidos al Bronce Final ni se aborden estudios específicos sobre los mismos.

Contamos todavía con un número escaso de dataciones radiocarbónicas, la mayoría anteriores a los años 90 (Torres, 2008), por lo que sigue constituyendo el marco de referencia la periodización de F. Molina (1978; matizada posteriormente, *id.*, 1983, p. 110 ss.), cuyo trabajo es de obligada consulta a pesar del tiempo transcurrido, aunque existan otras propuestas, a veces con diferencias sustanciales entre ellas, que proponen una subdivisión tripartita del periodo (Arteaga, 1982, fig. 5; Pellicer, 1986; Eiroa, 2004, p. 150 ss.; Mederos, 2008, p. 73) o mantienen la denominación de Bronce Final para referirse exclusivamente a su fase ‘plena’ (Castro *et al.*, 1996, p. 174 ss. y 186 ss.).

El panorama no es más alagüeño si nos ceñimos exclusivamente al ámbito funerario, con pocas excavaciones recientes, aunque la publicación de forma exhaustiva de la Colección Siret del Museo Arqueológico Nacional (M.A.N.) haya proporcionado abundante información, pero los datos derivados de los registros de estas antiguas excavaciones son malos, lo que limita sus posibilidades interpretativas (Lorrio, 2008; *id.*, 2011). No obstante, el poder contar con nueva información permite abordar aspectos rituales de gran interés, con ritos y tradiciones funerarias diversas, que ofrecen un panorama más variado que el que suele plantearse a partir del estudio exclusivo de los poblados, al tiempo que realizar una lectura socio-ideológica de los grupos del Bronce Final, tema apenas abordado hasta la fecha. Los intentos de encajar ambas realidades –poblados y tumbas– han chocado con la escasa documentación funeraria conocida y su deficiente registro, aunque la reinterpretación de las antiguas excavaciones de Luis Siret a partir del análisis directo de las colecciones arqueológicas haya traído algo de luz sobre el tema (*id.*, 2008, p. 394 s.; *id.*, 2011). La revisión de los datos funerarios permite igualmente abordar con nuevos planteamientos las influencias culturales que afectaron al Sureste durante el Bronce Final, o la existencia de grupos regionales en los que junto a elementos comunes que justifican su estudio conjunto se perciben otros que los dotan de una evidente personalidad (*ibid.*, p. 425 ss.; *id.*, 2011).

### III. LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS

La documentación funeraria disponible para el Bronce Final supera en la actualidad los 60 yacimientos, en la

mayoría de los casos tumbas aisladas, a veces pequeñas necrópolis y, excepcionalmente, cementerios extensos integrados por varias decenas de sepulturas, aunque con una distribución geográfica muy desigual ya que si algunas zonas, como la Cuenca de Vera, el Bajo Andarax y la rambla de Huéchar, en Almería, o los ríos de Gor y Fardes, en Granada, presentan una densa concentración de hallazgos, buena parte de las tierras del Sureste apenas han proporcionado evidencia funeraria alguna (fig. 1).

La base fundamental para su estudio en algunas zonas, como las provincias de Almería y Granada, sigue siendo las excavaciones de los hermanos Siret a finales del siglo XIX e inicios del XX. De entre los varios miles de sepulturas exhumadas por los investigadores belgas durante aquellos años, se identificó un conjunto no muy numeroso que para Luis Siret (1909; *id.*, 1913) debían atribuirse a la primera Edad del Hierro, aunque fueran contemporáneas, al menos en parte, con el final de la Edad del Bronce (*vid. supra*). La consulta en el M.A.N. de la documentación original de Luis Siret y los diarios de campo de su capataz, Pedro Flores, unido a la revisión directa de los materiales conservados, ha permitido confirmar o, a veces, desestimar, las propuestas de Siret, incrementando el listado de conjuntos funerarios adscritos al periodo, que como se ha señalado supera el medio centenar. La revisión de los ajuares, en su gran mayoría inéditos, aportó información esencial para la clasificación tipológica de los materiales que los integran y su seriación (Lorrio, 2008, p. 201 ss., 245 ss. y 321 ss.; *id.*, 2011, p. 42 ss.). Destacan los recipientes cerámicos, en ocasiones decorados con diversas técnicas y motivos, y los objetos de bronce, sobre todo adornos, cuyos análisis metalográficos han permitido caracterizar la metalurgia de los grupos del Bronce Final del Sureste, pero también solventar la atribución cultural y cronológica de algunas de las piezas estudiada en los casos de reutilizaciones de sepulcros megalíticos (Montero, 2008). Por su parte, los restos humanos han posibilitado abordar con nuevos datos el ritual funerario (Lorrio, 2008, p. 373 ss.), la edad y el sexo de los individuos enterrados, así como su número mínimo o las posibles patologías (de Miguel, 2008), al tiempo que han sido objeto de dataciones radiocarbónicas, proporcionando fechas posteriores al final de la Edad del Bronce (Lorrio y Montero, 2008), lo que confirma que la reocupación de las tumbas prehistóricas fue un fenómeno relativamente habitual en el Sureste (*id.*, 2004; Lorrio y Sánchez de Prado, 2008). Aunque la Colección Siret del M.A.N. constituye un instrumento esencial para abordar el estudio de las sepul-

turas del Bronce Final, resulta indispensable incorporar los hallazgos posteriores, limitados en número, aunque de gran interés (*vid. supra*), que han venido a ofrecer un panorama más complejo, confirmando la marcada personalidad del Sureste durante el Bronce Final, con costumbres funerarias relativamente variadas.

### III.1. La variabilidad como norma

El Bronce Final supone novedades importantes en las prácticas funerarias, tanto por lo que se refiere a las formas de enterramiento, como a las características de los ajuares, pudiendo destacar la implantación de un nuevo ritual funerario, la incineración, con la que se relaciona la aparición de pequeñas necrópolis, integradas generalmente por unas pocas tumbas, aunque a veces se documenten también cementerios extensos y, más frecuentemente, incineraciones compartiendo un mismo espacio funerario con enterramientos de inhumación. Se trata de un fenómeno nuevo en la zona, toda vez que durante el Bronce Tardío parece haberse mantenido, al menos en ciertos casos, la tradición argárica de inhumar a los muertos bajo el suelo de las viviendas (*vid. infra*). Resultan habituales ahora las tumbas colectivas, en ocasiones ‘reocupando’ sepulcros megalíticos, que albergan tanto incineraciones como inhumaciones, o ambos ritos, lo que plantea complejas lecturas tanto rituales como sociales, y en lo que posiblemente deba verse el peso del componente local, evidente en aspectos como la propia práctica de la inhumación, muy extendida, la perduración de determinadas formas cerámicas o la elección de antiguas cuevas de uso funerario como lugar de enterramiento.

Como se ha señalado, si algo caracteriza las prácticas funerarias del Sureste durante el Bronce Final es la relativa variabilidad en el ritual –cremación, inhumación o rituales mixtos– y en el tipo de espacio funerario elegido –cementerios extensos, pequeñas necrópolis, sepulcros de uso colectivo a modo de ‘mausoleos’, que en ocasiones reutilizan antiguas tumbas megalíticas, cuevas, generalmente de uso funerario en etapas precedentes, etc.–, aunque la mayor parte del registro funerario del Sureste puede englobarse en dos grandes categorías: las tumbas de uso colectivo –con diferencias en el ritual y en el tipo de estructura utilizada–, mayoritarias, y las necrópolis, siempre de incineración –en este caso las diferencias se concretan en el tamaño de los cementerios y el número de tumbas que albergan o en los tipos de estructuras funerarias–, con unos pocos ejemplos conocidos (fig. 2).

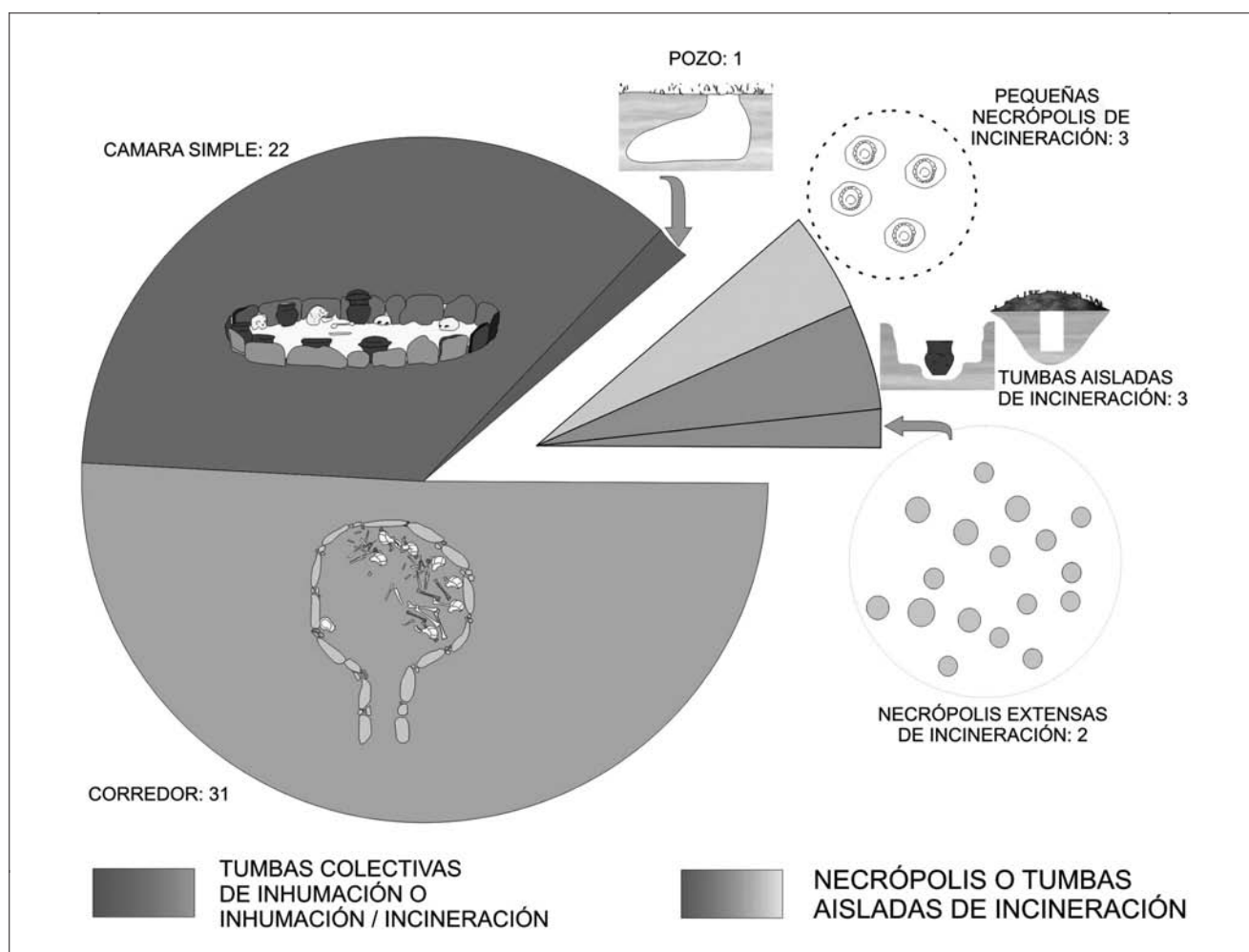


Figura 2. Tipos de enterramiento y prácticas funerarias en el Sureste (sin cuantificar los enterramientos en antiguas cuevas sepulcrales y en el interior de poblados) (según Lorrio, 2008).

### III.1.1. Cementerios de incineración

Aparecen ahora las primeras necrópolis de incineración en el Sureste, que en su mayoría concentran un número reducido de sepulturas, posiblemente por tratarse de poblaciones demográficamente poco importantes, lo que sugiere la escasa entidad de los grupos que practicaron el nuevo ritual y el tamaño reducido de las comunidades que se asentaron en algunas zonas del Sureste durante el periodo. Sólo en casos excepcionales, como el de Peña Negra-Les Moreres (fig. 3), se llegarían a concentrar un número importante de tumbas, muy inferior en cualquier caso al esperado de un asentamiento de la entidad del poblado crevillentino (*vid. infra*). La adopción del nuevo ritual, restringida inicialmente a las tierras más orientales del Sureste y a zonas de la Alta

Andalucía, no fue acompañada de la generalización de las necrópolis de incineración. Se observa una cierta variabilidad tanto en el tipo de enterramiento (tumba en hoyo, en cista, en megalito, ...), como en el propio rito, pues si por lo común las incineraciones se realizaban en *ustrina* no identificados, recogiendo de la pira los restos cremados para ser colocados dentro de urnas cinerarias cubiertas por recipientes cerámicos, aunque hay excepciones, no puede excluirse la realización de cremaciones primarias en el interior de fosas. La desigual adopción del nuevo rito permite entender los escenarios 'mixtos', con cadáveres incinerados junto a otros inhumados en el interior de sepulturas de uso colectivo, o algún caso excepcional de cremación en urna localizada en el interior de un asentamiento, situaciones claramente anómalas respecto al patrón normalizado.

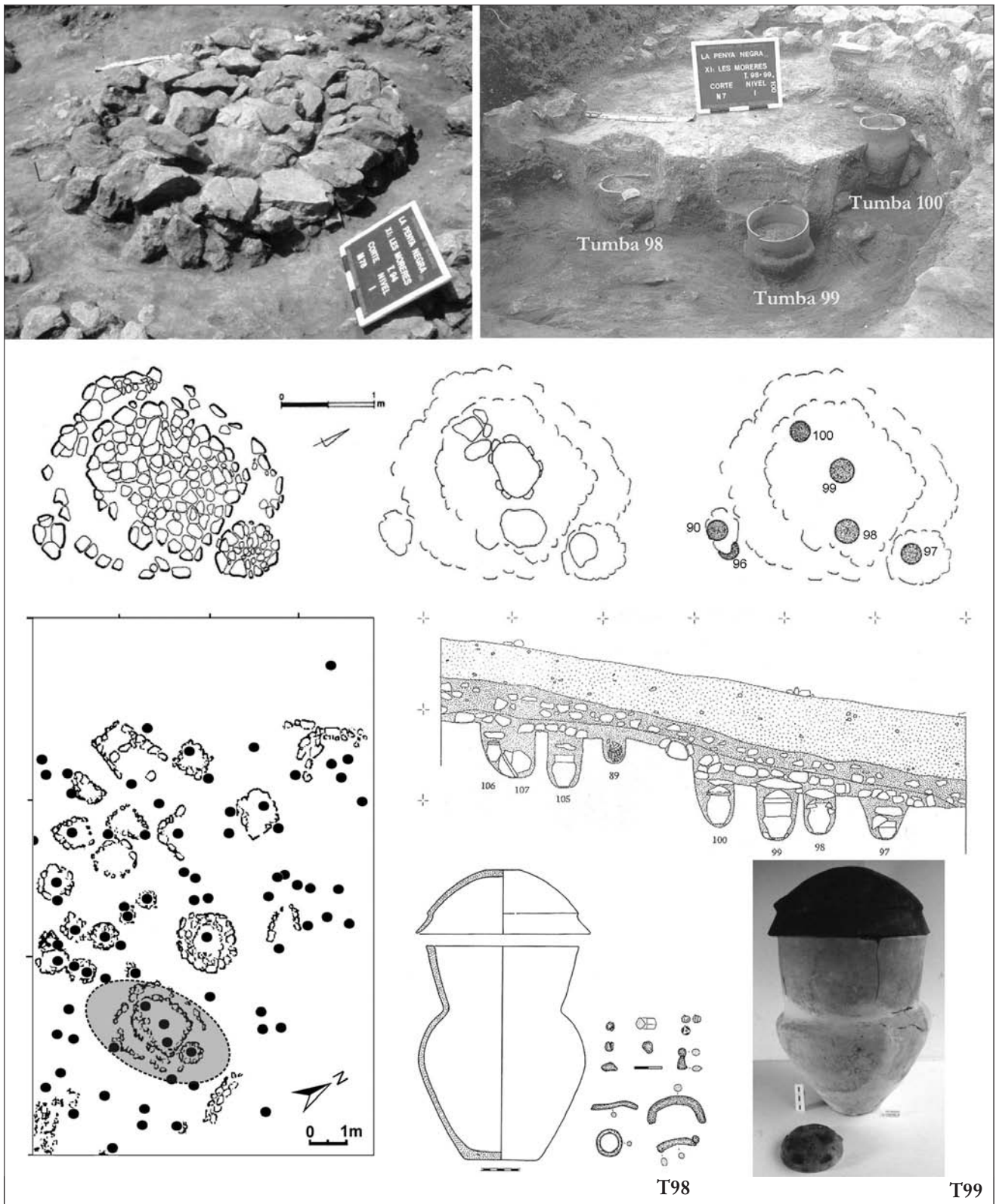


Figura 3. Tumbas de cremación 98, 99 y 100 de la necrópolis de Les Moreres (según González Prats, 2002).



Se conocen ‘pequeñas necrópolis’ integradas por unas pocas tumbas, individuales o, a veces, dobles, lo que permite suponer unos 4 a 8 individuos enterrados a lo sumo, con algún ejemplo en el sureste murciano, como Parazuelos (3 tumbas) y el Llano de los Ceperos (4), o en el levante almeriense, como Ballabona (2 tumbas), con diferencias en el tipo de estructura funeraria utilizada. Los restos incinerados se introducían en urnas cubiertas por fuentes carenadas colocadas a su vez dentro de estructuras variadas, como pequeñas cistas, en Parazuelos 1, cámaras realizadas con bloques de buen tamaño, en Parazuelos 3, o fosas circulares de algo más de medio metro de diámetro, en Ballabona y Llano de los Ceperos, a veces rodeadas de lajas verticales, aunque en este último cementerio, muy destruido, no se recuperaran restos humanos. Igualmente, se conocen algunos casos de tumbas de incineración aisladas, posiblemente restos de alguna de esas pequeñas necrópolis destruida, lo que podría ser el caso del Llano de la Era de Almizaraque, una tumba en fosa que debió albergar “dos urnas o fragmentos de urnas cinerarias con tapadera”, y “algunos huesos, parte de ellos, incinerados” (Siret, 1909, p. 53), posiblemente un enterramiento doble. A lo anterior debe añadirse la noticia aportada por P. Flores, según la cual los restos de La Encantada 4 “han sido quemados en el mismo hoyo”, lo que parece describir una incineración primaria (Lorrio, 2008, p. 370).

Excepcionales son los cementerios extensos de incineración. El caso mejor conocido es la necrópolis de Les Moreres (Crevillente, Alicante), en las tierras más septentrionales del Sureste (González Prats, 2002), con una larga ocupación que se extiende entre la etapa plena del Bronce Final y el Hierro Antiguo u Orientalizante. La necrópolis, descubierta en 1975 y objeto de diversas campañas de excavación desde 1981, cuenta con la completa publicación de las 152 tumbas recuperadas, una quinta parte de las cuales han sido adscritas al Bronce Final. El ritual consiste en la cremación del cadáver y la posterior colocación de los restos humanos en el interior de un hoyo protegido por piedras de pequeño tamaño, quizás envueltos en algún tejido hoy desaparecido, o dentro de una urna cerámica, que puede estar cubierta por un cuenco troncocónico o carenado o una loseta de piedra, depositada a su vez en el interior de un hoyo. También está registrada la colocación de los restos cremados en un cuenco o fuente carenada dentro de un hoyo, con protección de piedras en la superficie, o dentro de la cista central, ovalada o circular, de un encachado circular o pseudo-túmulo delimitado por un cinturón

de gruesos bloques, de diámetro entre 3,5 y 5,5 m (fig. 3). Las tumbas suelen ser sencillas, aunque se conocen algunas dobles e, incluso, triples.

Menos información tenemos de la necrópolis del Collado y Pinar de Santa Ana (Jumilla, Murcia), de la que tan sólo se han excavado 8 sepulturas de diferentes tipos, destacando la presencia de estructuras tumulares de forma circular o cuadrangular, aunque sobre el terreno se hayan identificado un total de 22 diseminadas en una extensa área (Hernández, 1990; *id.*, 1991; Simón *et al.*, 1999, p. 33 ss., fig. 1.14,b-k; Hernández y Gil, 2001-2002; *id.*, 2004). La necrópolis surge en un momento avanzado del Bronce Final (*vid. infra*), incorporando las tumbas más recientes elementos de influjo colonial. Otra necrópolis integrada por un número importante de tumbas es la Loma del Boliche (Cuevas de Almazora, Almería), aunque en este caso su origen deba llevarse a los albores de la Edad del Hierro (Lorrio, 2008, p. 90 ss. y 397 ss.), en relación con el fuerte influjo colonial que supuso en la zona la fundación de la población fenicia de *Baria*, pues la presencia de cementerios extensos es un fenómeno desconocido durante el Bronce Final en la zona del Sureste circunscrita al sur de Murcia, la provincia de Almería y el oriente de Granada.

### III.1.2. Inhumaciones, rituales mixtos y sepulcros colectivos

Un rasgo característico de las manifestaciones funerarias del Bronce Final del Sureste es la fuerte implantación de la inhumación, un rito que, con diferente representatividad, se documenta en todas las regiones del Sureste y la Alta Andalucía durante la etapa. Se trata en muchos casos de inhumaciones individuales y, sobre todo, colectivas en megalitos, a menudo reutilizados, y cuevas (*vid. infra*), lo que debe relacionarse con tradiciones ancestrales. El número de cadáveres que albergarían estos espacios colectivos variaría entre unos pocos individuos, pues se conocen algunas tumbas individuales o dobles, aunque minoritarias, hasta llegar a los entre 10 y 15, o quizás más, aunque este tipo de estimaciones son más difíciles de realizar en el caso de los sepulcros reutilizados, debido a la imposibilidad de adscribir los restos humanos recuperados a una u otra fase de uso del espacio funerario, dada la falta de información al tratarse de excavaciones antiguas, aunque se sabe que en Domingo 1 (fig. 5) se enterraron un mínimo de cuatro individuos durante el Bronce Final (García Sánchez y Jiménez Brobeil, 1988). Este reducido número

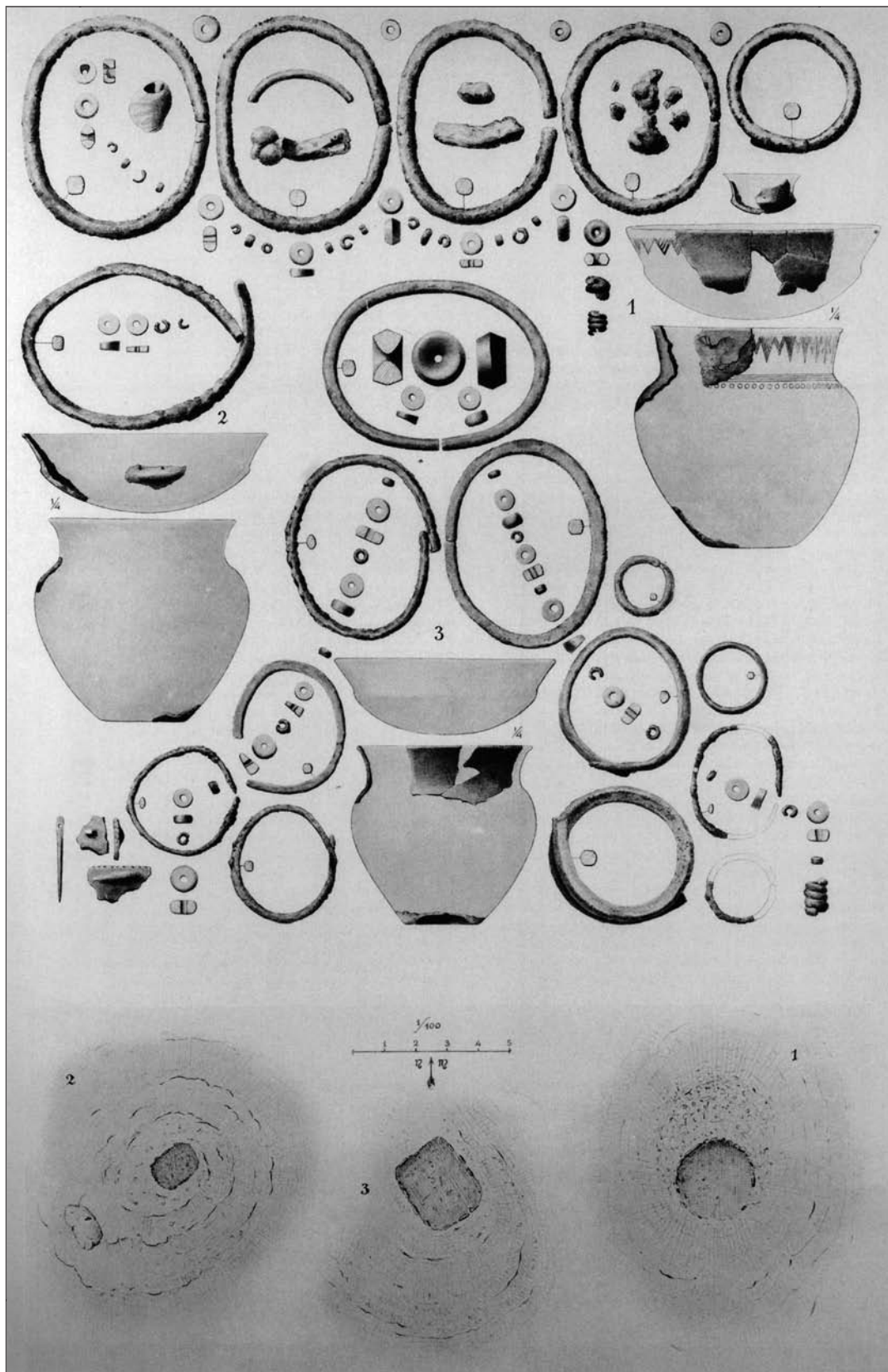


Figura 4. Ajueres funerarios y plantas de las sepulturas Caldero de Mojácar (1), Barranco Hondo (2) y Qurénima (3) (según E. y L. Siret, 1890).

de cadáveres sugiere pequeñas comunidades y una escasa fijación al territorio, un escenario por otro lado no muy diferente del que proporcionan los pequeños cementerios de incineración (*vid. supra*).

Uno de los aspectos que más ha llamado la atención es la presencia conjunta de cadáveres inhumados e incinerados en el interior de las estructuras funerarias, documentada sobre todo por las descripciones de los hermanos Siret (1890, p. 84 ss.), pudiendo destacar los casos de Caldero de Mojácar, Qurénima (fig. 4) o Las Alparatas, todos ellos en la Cuenca de Vera, zona donde parece que la existencia de ‘rituales mixtos’ debió ser relativamente frecuente (Lorrio, 2008, p. 380 s.). No resulta fácil determinar la diferente representatividad de tales prácticas, pues a las propias deficiencias del registro debemos añadir la identificación segura de intrusiones en su mayoría de época histórica, confirmadas con la datación radiocarbónica de algunos de los restos humanos de Los Caporchanes –incineración–, La Gorriquía y Las Alparatas –inhumaciones–. Asimismo se conocen sepulcros exclusivamente de inhumación, muy habituales en el centro y oeste almeriense o el noreste granadino, pero también en el noreste almeriense, como demuestran los casos de Campos, La Gorriquía, tal vez Cañada Flores nº 1, o Loma del Barranco de la Unión (fig. 9), aunque ésta incorpore influjos de claro origen oriental, evidentes en la planta del sepulcro, una tumba de pozo de clara inspiración fenicia. Finalmente, se ha señalado la presencia de restos humanos quemados tras su esqueletización, posiblemente relacionados con prácticas no necesariamente rituales llevadas a cabo por las comunidades megalíticas usuarias del monumento, diferentes por tanto de las bien documentadas incineraciones del Bronce Final (*ibid.*, p. 375 s.; de Miguel, 2008, tab. 2).

La existencia de estos ‘rituales mixtos’, que parecen relacionarse con la complejidad que supuso la adopción del rito incinerador por las comunidades locales, la encontramos también en las incineraciones individuales en el interior de dólmenes o en las inhumaciones colectivas que como ajuares cerámicos incluyen los recipientes utilizados habitualmente como urnas cinerarias. Lamentablemente toda la información sobre estas prácticas procede de las antiguas excavaciones de los hermanos Siret, por lo que es poca la información disponible, aunque las evidencias conservadas no permiten dudar de su existencia, toda vez que este tipo de prácticas son conocidas en otras zonas de la Península Ibérica, como el Noreste, y son explicables en unos momentos de crisis y cambio como

el que debió producirse en el Sureste durante el Bronce Final, con la llegada de nuevos grupos incinerados y la perduración de viejas tradiciones inhumadoras (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1995, p. 228).

El tipo de sepultura más abundante parece ser la tumba de uso colectivo (figs. 4 y 5). Aparecen aisladas en el territorio o formando parte de antiguas necrópolis megalíticas reutilizadas, documentándose diferentes rituales funerarios (inhumación y/o incineración), variando igualmente el número de cadáveres que pudieran haber albergado o la estructura funeraria elegida, aunque la existencia de una arquitectura más o menos monumental –construyéndola *ex novo* o reutilizándola– puede considerarse como un elemento común a la mayor parte de los casos conocidos, destacando, igualmente, las notables similitudes en lo que se refiere a los equipos funerarios, principalmente el ajuar metálico (*vid. infra*). Para su emplazamiento buscan pequeñas elevaciones del terreno, en torno a los cursos de agua (ríos o ramblas), fuentes naturales y vías de comunicación (Lorrio, 2008, p. 388 ss.), aunque un factor a tener en cuenta sería probablemente la localización de los lugares de habitación, identificados sólo en algunos casos, o la existencia de antiguas tumbas megalíticas, generalmente formando pequeñas necrópolis, en su entorno, dada su recurrente reutilización con fines funerarios, aunque de forma selectiva, lo que pudo deberse a factores como su monumentalidad, tamaño, estado de conservación que presentasen o visibilidad.

Las estructuras funerarias varían desde cámaras circulares, ovales, rectangulares o poligonales, generalmente delimitadas por piedras irregulares verticales –a veces complementadas con mampostería–, hasta los más complejos sepulcros de corredor, evidencia segura de la reutilización de antiguos megalitos (figs. 4, 5 y 9) (*ibid.*, p. 360 ss.). Las reutilizaciones implicarían la colocación de los restos óseos, generalmente inhumados, aunque se conocen también casos de incineraciones (*vid. supra*), en el interior de las cámaras –a veces se trata de sepulcros de corredor, y otras de tumbas de cámara simple, más sencillas–, en ocasiones acompañada de su ‘limpieza’ previa total o parcial. Este tipo de práctica está bien documentado en las tierras almerienses de la Cuenca de Vera, el Alto Almanzora, el Campo de Tabernas y la Cuenca Baja del Andarax, así como en las granadinas de los ríos de Gor y Fardes, sin que falten en otras como la Sierra Jurena, en la Puebla de D. Fadrique, con cerca de 40 casos identificados en total (figs. 5 y 6), mayoritariamente a partir de la documentación aportada por los

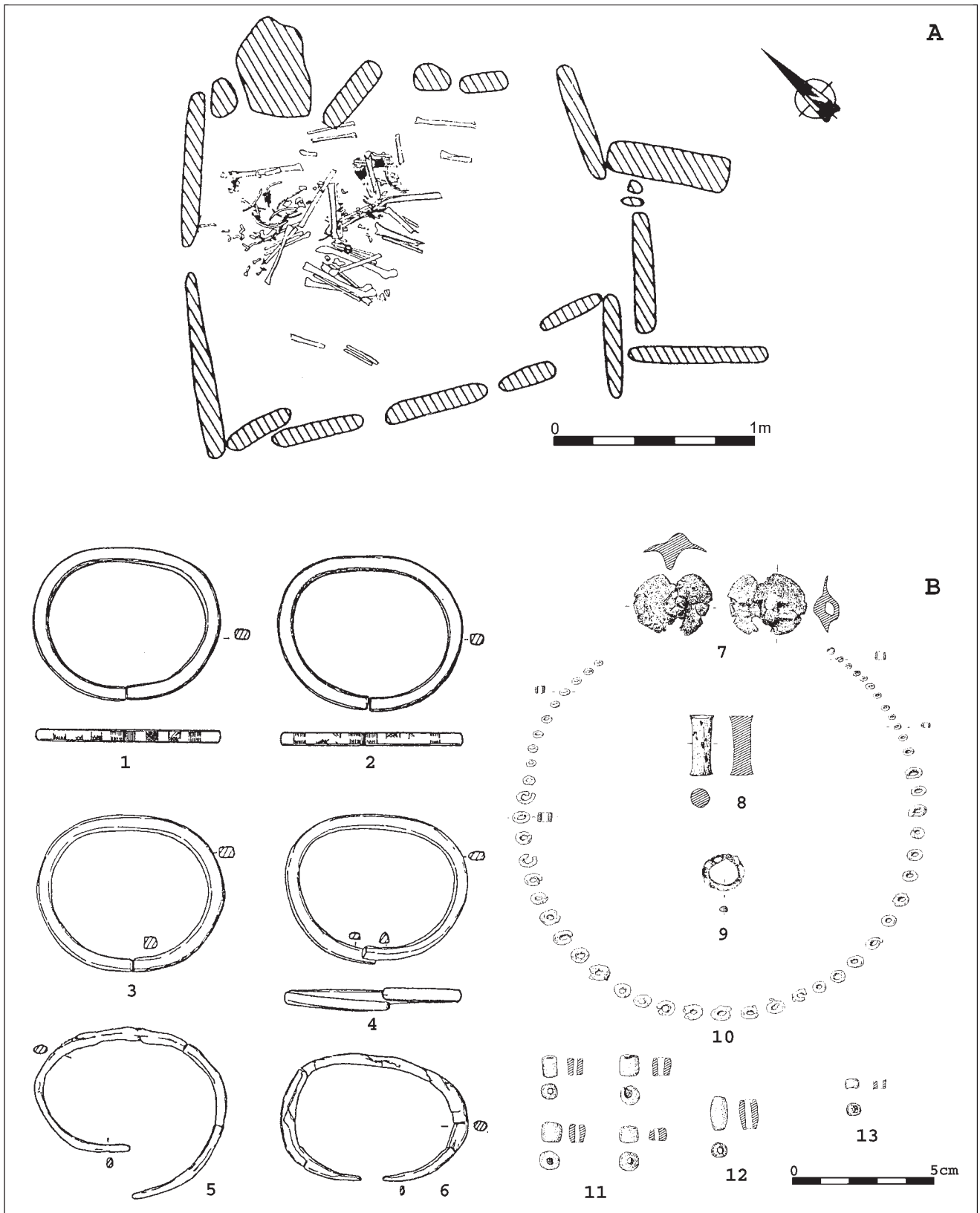


Figura 5. Sepulchro Domingo 1 de Fonelas en su fase de reutilización: A, planta del sepulchro con los enterramientos; B, selección de brazaletes y resto del ajuar recuperado (A, según Ferrer *et al.*, 1988; B, según Ferrer, 1977).



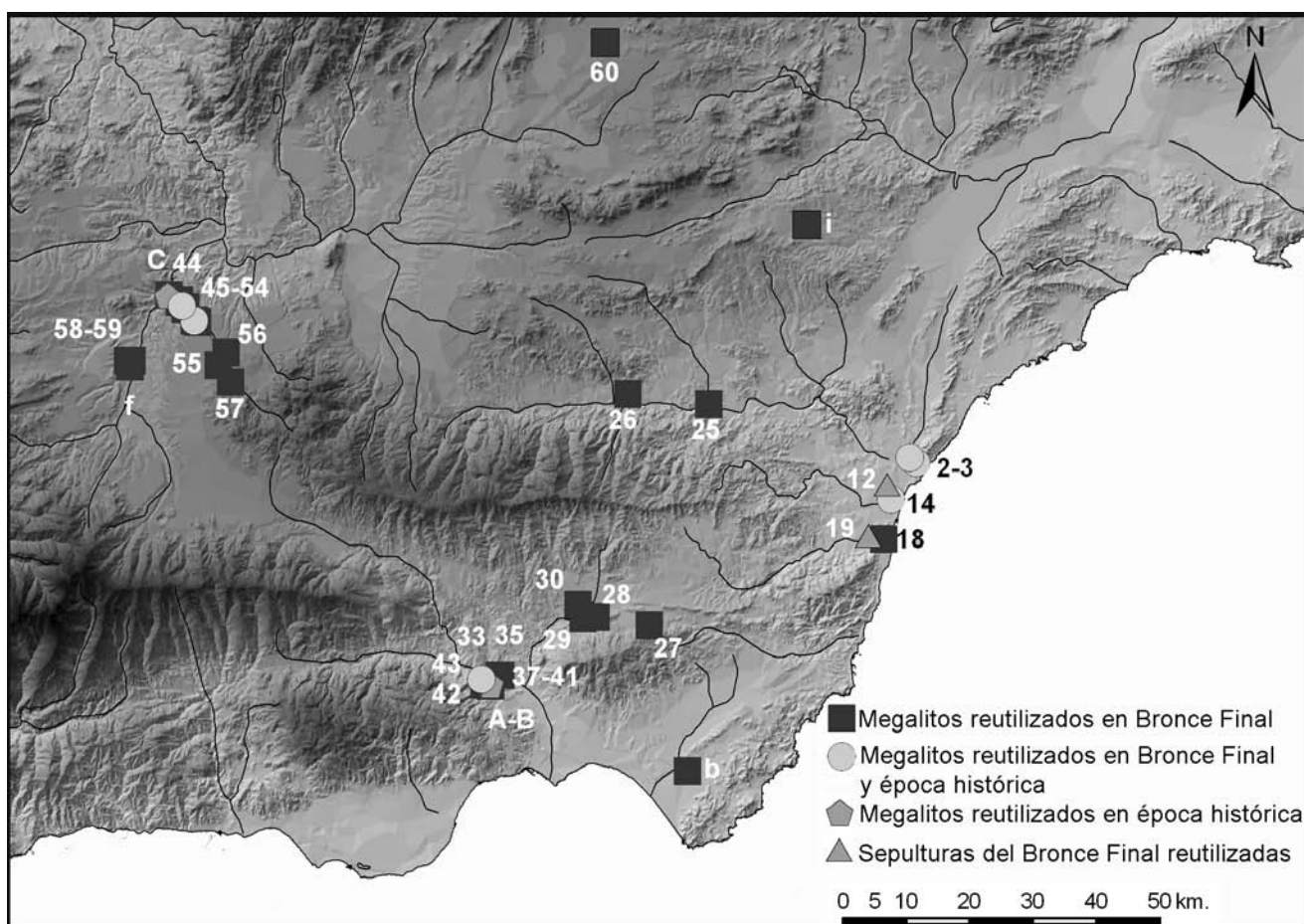


Figura 6. Mapa de dispersión de las tumbas megalíticas del Sureste reutilizadas durante el Bronce Final (18, 25-30, 33, 35, 37-42, 44, 47-59, f, i y 60), durante el Bronce Final y época histórica (2, 3, 14, 43, 45 y 46), durante época histórica (A-B, C) y sepulturas del Bronce Final reutilizadas (12 y 19). 2, La Encantada 1; 3, La Encantada 3; 12, La Gorriquiá; 14, Loma de los Caporchanes 2; 18, Loma del Campo de Mojácar 4; 19, Las Alparatas; 25, Cabezo de Almanzora 1; 26, Loma de la Atalaya 8; 27, El Alamillo 1; 28, Pozos del Marchantillo 10; 29, Loma de la Rambla de las Piedras 11; 30, Cañada de los Meones 1; b, El Barranquete 8 y 11; 33, Los Millares 17; 35, Los Millares 71; 37-41, Huéchar 3, 4, 8 y 19; A-B, Huéchar 10 y 13; 42, Loma de la Galera 16; 43, Llano de los Frailes 2; C, Llano de los Baños de Baños de Alicún 3; 44, Llano de los Baños de Alicún 6; 45, Llano de los Castellones 11; 46, Hoya de los Castellones 12; 47, Hoya de los Castellanos 38/La Sabina 49; 48, Cuesta de la Sabina 34; 49, Llano de la Sabina 97; 50, Llano de la Sabina 98; 51, Llano de la Sabina 99/La Sabina 59; 52, La Sabina 58; 53, La Sabina 62; 54, Llano de la Cuesta de Almiel 24; 55, Llano de la Gabiarra 79; 56, Llano de la Carrascosa 4; 57, Llano de Las Torrecillas 107; 58-59, Llano de la Teja 8 y 18; f, Domingo 1; i, Cerro de las Canteras; 60, Puebla de D. Fadrique 1 (según Lorrio, 2008).

Siret, aunque la revisión de otras colecciones antiguas o excavaciones recientes hayan proporcionado también evidencias de tal práctica, algunas en zonas de las que se carecía de cualquier información al respecto, como el Campo de Níjar (El Barranquete) o la comarca de los Vélez (el Cerro de las Canteras). La existencia de reutilizaciones funerarias siguió produciéndose durante la Edad del Hierro y época histórica, lo que han ratificado las dataciones radiocarbónicas de La Gorriquiá, Los Caporchanes y Las Alparatas (Lorrio y Montero, 2008; Lorrio y Sánchez de Prado, 2008).

La generalización de esta práctica hace que debamos ser prudentes al valorar la presencia de suelos enlosados o de restos de la superestructura, generalmente túmulos circulares, cuyas dimensiones llegaron a ser importantes, como ocurre en Cañada Flores 1, con cerca de 10 m de diámetro, pues la ausencia de materiales de épocas precedentes no implica que estemos necesariamente ante una sepultura de nueva construcción (aunque a veces sería así), lo que parece ser el caso de Los Caporchanes, El Alamillo o Pozos del Marchantillo, donde la estructura funeraria –se trata de sepulcros de corredor– no deja

lugar a dudas sobre su origen megalítico, lo que, igualmente, ocurre con sepulturas de plantas más sencillas, como las de la necrópolis del Cabezo de Almanzora, atribuidas por Siret a la Edad del Hierro y que en realidad debe fecharse en épocas mucho más antiguas (Lorrio, 2008, p. 360 ss.). No obstante, sí contamos con ejemplos que confirman la construcción durante el Bronce Final de sepulcros con un cierto carácter monumental, como Los Millares 33, una tumba de cámara de planta circular, delimitada por mampostería y lajas de pizarra, rodeada de un encachado tumular de 4,50 m de diámetro, cuya adscripción a la etapa se deduce tanto de su clara diferenciación tipológica respecto de las tumbas que integran la necrópolis calcolítica, como del ajuar recuperado. Con todo, las tumbas más sencillas no conservaban restos de la cubierta –lo que también ocurre en algunas de las de corredor–, careciendo igualmente de superestructura, que debió ser un elemento más habitual de lo que las actuales evidencias permiten apuntar, dado el avanzado estado de ruina en el que fueron encontradas por sus excavadores.

Las tumbas estudiadas recogen un amplio espectro de población (de Miguel, 2008), pues se documentan tanto niños de 2/3 años como individuos infantiles, juveniles y adultos inhumados, documentándose con seguridad varones, mientras que los adultos gráciles corresponden posiblemente a mujeres, con ejemplos como los del Barranco de la Unión, La Gorriquía, Las Alparatas, Los Caporchanes, Albolucas, Llano de la Sabina 99, etc. Por su parte, los restos incinerados pertenecen a adultos o juveniles en Las Alparatas, Cañada Flores 2, Albolucas, Loma de Agramazón, Rambla de los Mudos 1, Barranco del Viaducto 35 y Huéchar 3, aunque como confirmaría Los Caporchanes, cuya datación radiocarbónica indica que los restos correspondían a un cadáver de época romana altoimperial, debemos ser prudentes en la valoración de tales análisis, al no poder ser adscritos todos ellos al Bronce Final con seguridad, un problema igualmente presente en las inhumaciones, pues sabemos que los espacios funerarios, en muchos casos colectivos, albergaron sepulturas tanto anteriores como muy posteriores a las aquí estudiadas. Lo mismo cabe señalar respecto a los aspectos paleopatológicos, que en general no han deparado sorpresas (de Miguel, 2008). En Cabezo Colorado, una sepultura donde no se detectan evidencias que sugieran el uso del sepulcro con posterioridad al Bronce Final –y aparentemente tampoco antes–, los restos conservados (un número mínimo de seis adultos inhumados, de ellos cuatro varones, así como

un número indeterminado de incineraciones según la documentación inédita de Siret) han permitido identificar pérdidas dentales *antemortem*, enfermedad periodontal, abscesos alveolares e hipoplasias del esmalte, pudiendo señalar la presencia en otros sepulcros con materiales del Bronce Final de sarro y caries, constatándose, asimismo, en unos pocos restos la existencia de *cribra orbitalia*, relacionada con déficits nutricionales.

### III.1.3. Enterramientos en cuevas

Aunque no son muchos los datos, parece que la antigua tradición de enterramiento en el interior de cuevas siguió vigente en el Levante y el Sureste durante el Bronce Final<sup>4</sup>.

En la Cova d'En Pardo, Planes, en L'Alcoià-Comtat, se recuperaron dos inhumaciones en fosa pertenecientes a otras tantas mujeres de entre 15 y 20 años, sin ajuar alguno, que han sido interpretadas como depósitos secundarios a partir de las marcas de desarticulación, que ponen de manifiesto una clara intencionalidad de manipular el cadáver. Uno de los enterramientos ha proporcionado una datación radiocarbónica (1 sigma: 1215-1000 cal. a.C.) que permite a sus excavadores vincularlo con los momentos tempranos del Bronce Final, coincidiendo el uso de la cavidad como un hábitat estacional relacionado con actividades ganaderas, según confirman los materiales cerámicos recuperados en el nivel II (Soler *et al.*, 1999).

En la Cueva de las Delicias, una cueva de enterramiento colectivo calcolítica (Soler, 1981, p. 58 ss.), se identificó un conjunto de adornos bronceos como un anillo, varios aretes y/o eslabones y una hebilla de cinturón (fig. 7,B), elementos habituales en los ajuares funerarios del Sureste propios de ese horizonte cultural (Simón, 1998, p. 100, fig. 60,1-16; Lorrio, 2008, p. 438, fig. 222,B). Uno de los aretes o eslabones apareció junto a la pared izquierda de la cavidad junto con numerosos restos humanos removidos, un fragmento de un cuenco

<sup>4</sup> Así pueden entenderse los adornos personales bronceos con aleaciones y tipologías propias del momento en algunas cuevas de la zona, quizás formando parte de los ajuares pertenecientes a individuos inhumados, toda vez que no existe información sobre el rituales de incineración en las mismas, aunque obviamente, al menos a veces, no pueda descartarse su relación con hábitats estacionales (Simón, 1998, p. 365). Tal atribución vendría avalada, en ocasiones, por la aparición de materiales cerámicos propios de esta fase. *Vid.*, sobre el posible uso funerario durante el Bronce Final de otras cavidades levantinas, Soler *et al.*, 1999, p. 166 ss.; Soler, 2002, II, p. 101.

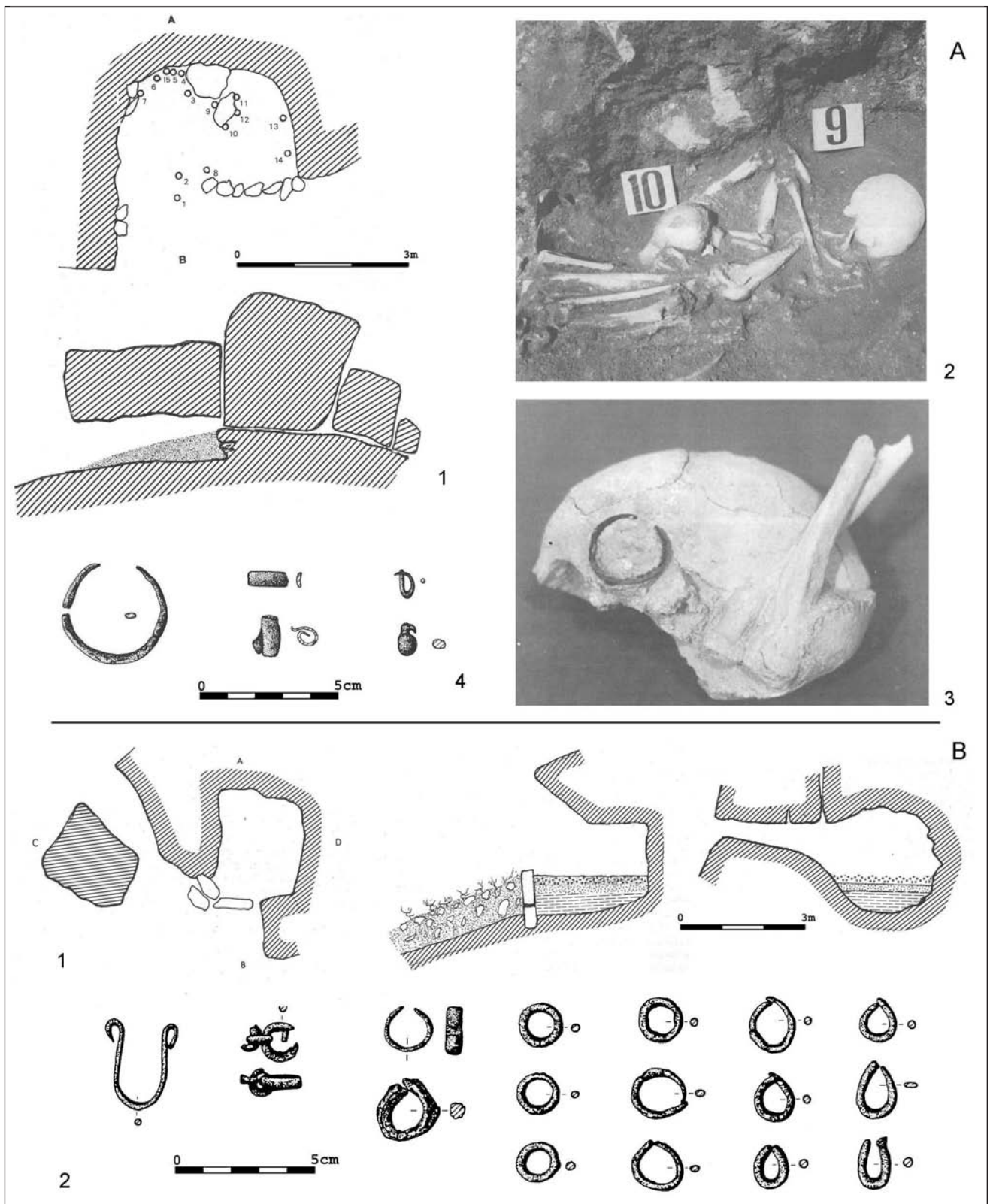


Figura 7. A, Cueva del Alto nº 1: 1, planta y sección de la cavidad; 2-3, cráneos 9 y 10, con el detalle del arete adherido al nº 10; 4, ajuar metálico recuperado. B, Cueva de las Delicias: 1, planta y secciones; 2, ajuar metálico recuperado (A,1-3 y B,1-2, según Soler, 1981; A,4 y B,2 según Simón, 1998).



cerámico y dos de *dentalium*, mientras que en el rincón superior derecho se recuperaron a unos 60 cm de profundidad otra pieza similar y un anillo de cinta, y, en el nivel inferior, una cadena con tres eslabones, varias anillas y eslabones o aretes y la hebilla de cinturón, además de varias cuentas de piedra, agrupamiento que llevó a J.M. Soler (1981, p. 66) a suponer que pudieran pertenecer “a un único individuo”.

Otro ejemplo lo tenemos en la Cueva del Alto nº1, también en Villena (*ibid.*, p. 46 ss.), donde se recuperaron restos de al menos 14 individuos inhumados, preferentemente craneales, así como algunos fragmentos cerámicos y adornos de hueso y concha que permiten interpretar la cavidad como un espacio cementerial durante el Calcolítico, aunque la presencia de algunos adornos de bronce llevaron a J.L. Simón (1998, p. 102) a sugerir una datación del Bronce Tardío. Se trata de un arete, “adherido a la sien izquierda del cráneo num. 10”, así como otro posible arete recuperado entre los cráneos 1 y 2 y una cuenta tubular, recuperada “entre las tierras que rodeaban a los cráneos 3, 4, 5, 6 y 15” (Soler, 1981, p. 55, fig. 30), además de un fragmento de un anillo o un brazaletes y una posible cuenta o colgante (Simón, 1998, p. 100 y 102 fig. 57,16-20), materiales que permiten defender el uso funerario de la cueva durante el Bronce Final (fig. 7,A).

También en el interior de las tierras murcianas tenemos evidencias del posible uso funerario de cuevas o abrigos durante esta etapa. Este es el caso de la Cueva de los Hermanillos I (Jumilla, Murcia), interpretada como un lugar de enterramiento durante el Calcolítico y como una cueva-santuario en época ibérica (Simón *et al.*, 1999, p. 18), aunque la posible reutilización funeraria del lugar durante el Bronce Final se deduce del hallazgo, en la terrera relacionada con el expolio del lugar, de una cuenta cilíndrica de sección rectangular atribuida inicialmente al Bronce Tardío (*ibid.*, p. 116, fig. 1.12.a), aunque más bien deba adscribirse al Bronce Final, con ejemplos en el sepulcro granadino del Llano de la Sabina 99 (Lorrio, 2008, p. 282 ss., fig. 168, tipo 1C y tab. 32-33)<sup>5</sup>, y de otros elementos de adorno realizados en

bronce, como un fragmento de anillo y un brazaletes incompleto de sección circular (Simón *et al.*, 1999, p. 18, fig. 1.12.b-c).

La provincia de Granada es otro de los territorios con documentación sobre este tipo de prácticas (Lorrio, 2008, p. 444 s.), pudiendo citar el caso, entre otros, de la Cueva del Cortijo del Canal (Albolote, Granada), un lugar de enterramiento colectivo desde finales del Neolítico y a lo largo de la Edad del Cobre, que fue reutilizado durante el Bronce Final, como confirma el hallazgo de un conjunto de cinco brazaletes de bronce, dos de ellos decorados, que los excavadores relacionan con la “inhumación seguramente de un único individuo” (Navarrete *et al.*, 1999-2000, p. 55 ss., fig. 17).

### III.1.4. Enterramientos en el interior de poblados

Conocemos algunos casos en el Sureste de inhumaciones, por lo común de individuos infantiles, realizadas dentro de los asentamientos. De esta forma, los niños –o al menos una parte de ellos (con seguridad los neonatos)–, podrían haber sido objeto de prácticas rituales específicas al ser enterrados en hoyos dentro de los límites del poblado. El único caso conocido de un individuo perinatal inhumado en contextos domésticos procede del poblado crevillentino de Peña Negra (de Miguel, 2002). Se halló en el interior de una vivienda de elite (fig. 15,A,2), bajo el pavimento, en su esquina sur (*vid. infra*), y puede relacionarse con la dualidad ritual registrada durante el Bronce Final y la Edad del Hierro principalmente en el Noreste, el valle del Ebro y el Levante peninsular (Gusi *et al.*, coord., 2008; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, fig. 48,B y apéndice 4,H): incineración de hombres, mujeres y niños en necrópolis / inhumación de perinatales en poblados<sup>6</sup>.

En cualquier caso, las antiguas costumbres de inhumación en el interior de los lugares de habitación, propias del Bronce Argárico y, al menos en algunos casos, el Bronce Tardío (*vid. infra*) pudieron haber perdurado ocasionalmente, como parece demostrar El Tabayá (Aspe, Alicante), donde se han atribuido al Bronce

5 Se ha señalado la presencia de restos humanos “con cremación parcial” (Hernández y Gil, 1998, p. 6), atribuidos a la ocupación calcolítica, posiblemente relacionados con acciones no necesariamente rituales en el interior de la cavidad, relativamente frecuentes en contextos similares (de Miguel, 2003, p. 125; *id.*, 2008, tab. 2; Lorrio, 2008, p. 375 s.), seguramente no muy diferentes de las que afectaron a los restos humanos de la Cova d’En Pardo, probablemente de forma accidental (Soler *et al.*, 1999, p. 150, 152 y 169).

6 Cabe mencionar la noticia sobre el hallazgo de “enterramientos secundarios infantiles en estratos del Bronce Tardío, Final y épocas posteriores”, recuperados durante “las campañas de excavaciones de 1984-1985 en el ‘Cerro de la Mora’” (Carrasco *et al.*, 1987c, p. 98), aunque no existan más datos al respecto –J. Carrasco, comunicación personal–. En cualquier caso, esta práctica la encontremos más al Occidente, en el poblado malagueño de *Acinipo* en Ronda la Vieja –P. Aguayo, comunicación personal–.



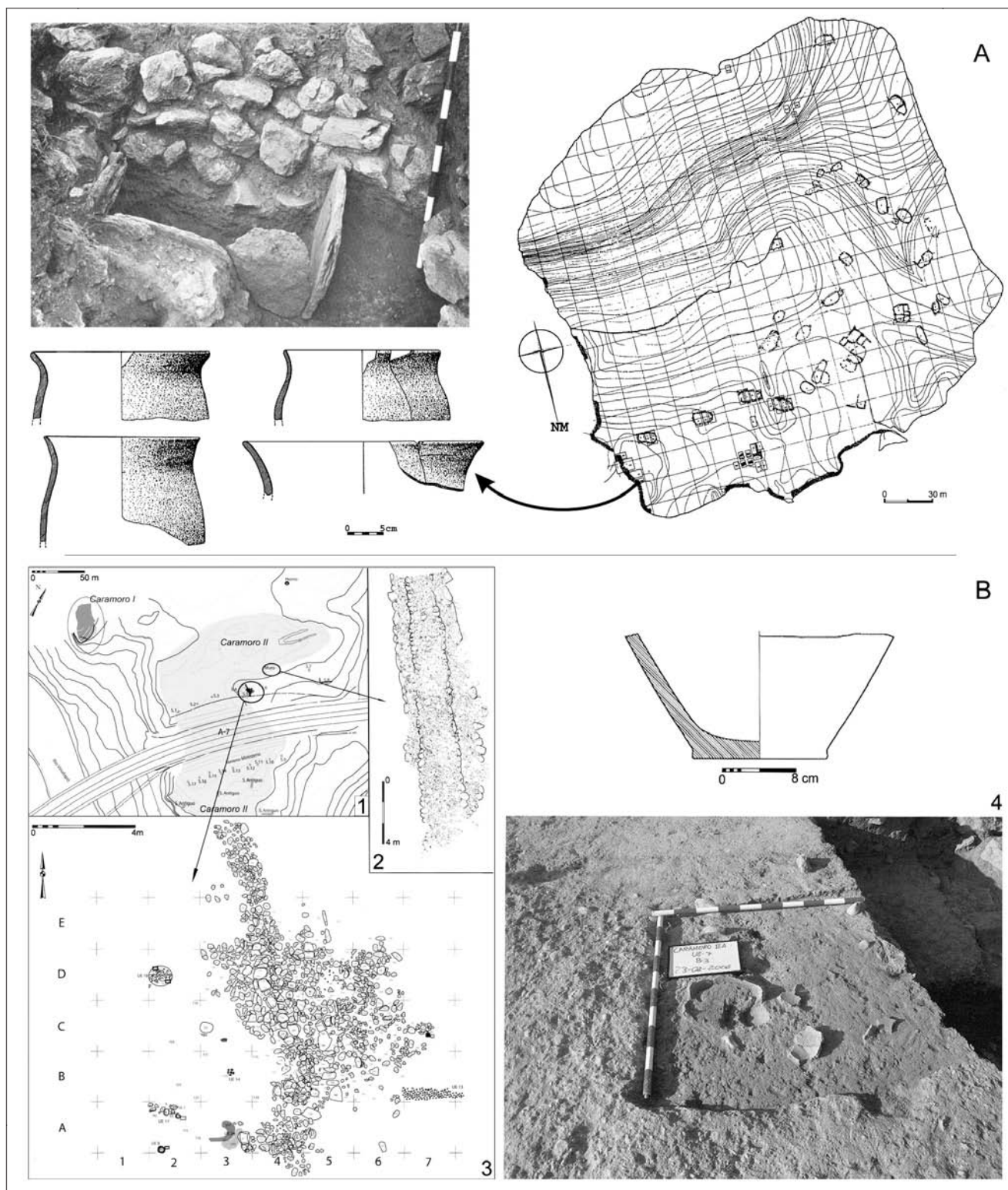


Figura 8. A, El Peñón de la Reina. Planta del poblado y cista adosada a la muralla con los materiales recuperados en su interior; B, Caramoro II. Planta del poblado (1), con la muralla (2) y la zona excavada en 2005 (3); 4, enterramiento en urna recuperado en el cuadro B-3 (A, según Martínez y Botella, 1980; B,1, 3 y 4, según García *et al.*, 2010; B,2 según González Prats y Ruiz, 1992).

Final un infantil, o quizás dos, y un adulto inhumados (Hernández, 2005, p. 28; *id.*, 2009a, p. 165 s.). Por otro lado, la perduración de estas antiguas tradiciones junto a la recién incorporada cremación de los cadáveres pudiera explicar algunos casos excepcionales. Así podría interpretarse el hallazgo de una posible tumba de cremación en el Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería) atribuida al Bronce Final (Martínez y Botella, 1980, p. 296 y 308). Se trata de una cista dispuesta junto a la muralla y al interior del poblado (fig. 8,A), que proporcionó, “en una tierra cenizosa con restos de carbón”, “esquirlas de huesos quemados y un molar humano, quemado asimismo” (*ibid.*, p. 287, 308, fig. 242, lám. X-2), así como algunos fragmentos de cerámica propia de contextos domésticos más que funerarios (Lorrio, 2008, p. 443, fig. 223). La escasez de restos óseos se ha relacionado con una hipotética violación de la sepultura, lo que explicaría, según los autores, la ausencia de los objetos de ajuar propios del momento. El supuesto enterramiento se atribuye al Horizonte III del yacimiento<sup>7</sup>, fechado entre la segunda mitad del siglo VIII y el siglo VII a.C.

Otro caso de evidencias de enterramientos atribuidos al Bronce Final en el interior de poblados sería el de Caramoro II (Elche), en el Bajo Vinalopó (fig. 8,B). Se trata de los restos de una urna, recuperada en el cuadro B-3 y de la que tan sólo se conserva su tercio inferior, “que contenía restos humanos incinerados” (García *et al.*, 2010, p. 43), en concreto restos craneales “poco quemados”, sin que pudiera identificarse evidencia del hoyo (*ibid.*, p. 54, fig. 13). Además, se recuperó otro conjunto de restos en los cuadros C-3 y C-4 pertenecientes igualmente al esqueleto craneal de un infantil de unos 8 años  $\pm$  24 meses, que los excavadores consideran que pudiera pertenecer al individuo anterior –aunque en este caso no se indique la existencia de alteraciones debidas a la exposición del cadáver al fuego–, sin desestimar que pudiera tratarse de un enterramiento diferente (*ibid.*, p. 55).

7 De confirmarse la adscripción de esta cista al Bronce Final estaríamos ante un caso excepcional, aunque el estado de destrucción que presentaba deje abiertas otras posibilidades, pues tanto la estructura funeraria como su localización en el interior del poblado resulta más propia de la ocupación precedente del cerro. De cualquier modo, la supuesta tumba habría sido violada, posiblemente durante el Bronce Final, lo que explicaría las características del relleno, con elementos más acordes con ámbitos habitacionales que funerarios. Queda por explicar la presencia de un molar humano quemado, que Martínez y Botella relacionan con el ritual incinerador.

### III.1.5. ¿Otros posibles rituales? Tratamientos funerarios sin evidencia arqueológica

El reducido número de sepulturas que albergan la mayoría de los lugares de enterramientos conocidos en el Sureste plantea la posibilidad de que una parte de la comunidad, quizás la más numerosa, tuviera un tratamiento funerario que no hubiera dejado evidencias arqueológicas. El caso más característico lo tenemos en los pocos niños enterrados en los diferentes tipos de espacios funerarios identificados (necrópolis de incineración, tumbas individuales o colectivas en megalitos o cuevas), que no encuentra su correlato con la escasísimas evidencias halladas en el interior de los lugares de habitación, un tratamiento funerario específico para este sector de la población, minoritario en cualquier caso. En los ejemplos mejor conocidos, como el de Peña Negra-Les Moreres, González Prats (2010, p. 233) ha señalado que el número de sepulturas que habría albergado el cementerio resulta muy inferior a las esperables dada la entidad y dilatada ocupación de este destacado asentamiento (*vid. infra*), como demuestra que sólo una treintena de tumbas pudieran adscribirse a la fase I, correspondiente al Bronce Final, que se habría extendido a lo largo de unos 150 años, lo que podría sugerir o bien la existencia de otros núcleos de enterramiento o, más probablemente, que “el acceso a un espacio funerario no fuera un derecho de todos”<sup>8</sup>.

En este sentido resulta significativo la práctica ausencia de información sobre las prácticas funerarias en muchas de las tierras del Sureste, lo que, al igual que en otros territorios peninsulares (Ruiz Zapatero y Lorrio, 1995, p. 226; Ruiz Zapatero, 2001-2002, p. 114), podría ser explicado por tratarse de rituales que no hubieran dejado restos arqueológicos (ritos de exposición de cadáveres, por ejemplo), difíciles de identificar en toda su proceso ritual, con el que cabría relacionar quizás el hallazgo de armas en contextos acuáticos, un fenómeno habitual durante el Bronce Final, aunque sin evidencias en el Sureste (*vid. infra*). Es bastante posible que la escasa fijación al territorio de los grupos del Bronce Final pudiera explicar la escasez de hallazgos funerarios en zonas como las de la Puebla de Don Fadrique o el Campo

8 La presencia de neonatos está bien documentada en Les Moreres, con 5 casos en la fase I, lo que supone el 12,19 % del total. El resto de la población para la fase del Bronce Final serían hombres (30,77 %) y mujeres (46,15 %), incluyendo adultos/as y adolescentes, así como infantes (24,39 %) (González Prats, 2002, p. 264).

de Níjar, donde carecemos de documentación sobre el poblamiento del momento, aunque no es en absoluto el caso de otras como la Vega de Granada, donde existe un marcado contraste entre los importantes núcleos de población existentes y la realmente excepcional información funeraria. La ausencia de noticias sobre los cementerios de los grandes poblados de las tierras más occidentales del Sureste, como el Cerro del Real, el Cerro de la Encina, el Albaicín granadino, el Cerro de los Infantes, el Cerro de la Mora, etc., podría quizás vincularse con la rarefacción de los hallazgos funerarios durante el periodo en las tierras del Occidente peninsular (Belén *et al.*, 1991; Ruiz-Gálvez, 1998, p. 257 ss. y 340 ss.), aunque no falten en esta zona un gran número de sepulcros megalíticos reutilizados y algunas cuevas de uso funerario (*vid. supra*), que en cualquier caso no permiten dar una explicación satisfactoria al respecto (Lorrio, 2008, p. 444 ss.).

### III.1.6. Viejas tradiciones, nuevos ritos

En resumen, parece claro el peso del componente local, evidente en la práctica de la inhumación o en la presencia en los ajuares de determinadas formas cerámicas propias de la zona, al tiempo que supone una auténtica novedad la incineración, que va más allá de la simple adopción de un nuevo rito funerario, pues es susceptible de tener también una lectura social e, incluso, étnica (*ibid.*, p. 413 ss.). El rito incinerador habría sido introducido en la región, según se deduce del estudio de los recipientes cinerarios y sus decoraciones, en los que se detectan influjos de los Campos de Urnas del Noreste, lo que parece confirmar la localización de las relativamente escasas sepulturas de incineración identificadas, formando necrópolis extensas y pequeños cementerios, en el Sur de Alicante, la Región de Murcia y el Noreste almeriense, o coexistiendo en una misma estructura funeraria con el rito inhumador, en un extenso territorio que se extiende desde el noreste almeriense al oriente granadino, aunque con una clara gradación Este-Oeste. Todo ello plantea la posible llegada de poblaciones foráneas, y por tanto aportes étnicos, posiblemente poco importantes demográficamente, cuya integración con los grupos locales estaría confirmada por el uso conjunto de un mismo sepulcro –en cuyo caso el acceso a la comunidad se habría realizado quizás mediante matrimonios– sin descartar, en estos casos, posibles fenómenos de aculturación de los grupos locales. Junto con el nuevo ritual se habrían incorporado los recipientes cinerarios, con lo que la re-

lativa abundancia de la cerámica en la Cuenca de Vera, sobre todo por lo que se refiere a las urnas, se debería a razones de índole ritual, dada su correlación, al parecer de forma mayoritaria, con el rito incinerador, aunque la presencia de tales recipientes en tumbas de inhumación sugiere que en especial las piezas decoradas gozarían de un especial reconocimiento como objetos de distinción social.

Cabe plantear una procedencia similar para ciertos adornos de bronce, como los brazaletes decorados, el único torques identificado o las cuentas tubulares, aunque su origen pudiera estar en el ámbito atlántico, donde también son conocidos. Su asociación a sepulturas de inhumación deja entrever, no obstante, lo atenuado de estos influjos, sobre todo por lo que respecta a las zonas más occidentales del Sureste, donde el peso de las tradiciones locales se dejaría sentir con más fuerza y durante más tiempo. Con tales elementos pudieran haber llegado contingentes humanos, demográficamente poco importantes, dada la rareza de las grandes necrópolis de incineración, solamente documentadas en las zonas más septentrionales de la región. El reducido número de sepulturas que integrarían los cementerios del Bronce Final en las tierras murcianas y almerienses sugiere efectivamente comunidades no muy extensas, lo que unido al fuerte arraigo del enterramiento colectivo explicaría la escasa implantación de las necrópolis de incineración en la zona, que supondrían, además de la adopción de un nuevo rito, un cambio radical en la concepción de los espacios cementeriales. Hemos aducido razones de prestigio para explicar la adopción por las comunidades del Sureste de objetos como el torques o las cuentas tubulares de bronce, asociados a enterramientos de inhumación en el interior de sepulcros megalíticos reutilizados de los ríos de Gor y Fardes, o las urnas de los tipos utilizados como recipientes cinerarios en algunas sepulturas de inhumación de la Cuenca de Vera (Lorrio, 2008, p. 414), sin descartar que la presencia de rituales mixtos pudiera tener una lectura semejante, en lo línea de lo sugerido por López Cachero (2007, p. 104) para el caso del Noreste. No obstante, esta interpretación nos resulta insuficiente para explicar la aparición en el Sureste de las necrópolis de incineración, que creemos necesario relacionar con aportes demográficos de diversa entidad, lo que explicaría la variabilidad que ofrecen estos espacios cementeriales.

La expansión del ritual incinerador debió ser un fenómeno relativamente rápido, al menos inicialmente, lo que confirman las evidencias seguras más antiguas del



territorio almeriense, como Las Alparatas y La Encantada 4, que cabe fechar hacia la primera mitad del siglo IX a.C. (Lorrio, 2008, p. 328 s., tab. 48), una datación similar a la atribuida a la fase inicial de Les Moreres (González Prats, 2002). No obstante, un siglo después de estas primeras sepulturas, sólo se conocen unas pocas necrópolis de incineración formadas por un reducido número de tumbas, todas localizadas entre el sur murciano y el noreste almeriense, siendo relativamente habitual la coexistencia de rituales de inhumación e incineración, lo que debe tener que ver con el fuerte arraigo del ritual inhumador en la zona, hasta el punto que, todavía en la segunda mitad del siglo VIII a.C., había comunidades que seguían inhumándose en su totalidad. La presencia colonial generaría nuevos espacios funerarios (por ejemplo, las necrópolis extensas en zonas como el Bajo Almanzora), en los que se perciben junto a elementos presentes en las tradiciones incineradoras del Sureste, otros, como las tumbas de incineración primaria o nuevas estructuras funerarias y objetos de ajuar, que remiten ya a contextos plenamente orientalizantes (fig. 9).

A los aportes comentados, debe añadirse la llegada de elementos de origen tartésico, en especial en la fase más avanzada de estos sepulcros, como broches de cinturón y fíbulas de doble resorte, al tiempo que se detectan otros de procedencia mediterránea (cuentas de collar de cornalina y de pasta vítrea, vasos cerámicos realizados a torno, tumbas ‘de pozo’, etc.), primero de forma matizada y posteriormente, coincidiendo con la presencia fenicia, con una mayor intensidad, que acabarían por transformar las comunidades indígenas. Efectivamente, la consolidación de la presencia colonial en la zona llevaría finalmente a la desaparición de las prácticas funerarias propias del Bronce Final, como pone de manifiesto la necrópolis de incineración, ya de época orientalizante, de la Loma del Boliche, en Herrerías, Almería (Osuna y Remesal, 1981; Lorrio, 2008, p. 90 s. y 357).

### III.2. Cronología y periodización

Los enterramientos atribuidos al Bronce Final del Sureste cubren un amplio periodo temporal, que abarca entre los siglos X-IX y el 700 a.C. (fig. 9), aunque las manifestaciones más tardías se extiendan a lo largo de la primera mitad del siglo VII a.C., por tanto ya dentro de la Edad del Hierro (*ibid.*, p. 324 ss., tab. 48), lo que en gran medida coincide con la revisión de la cronología radiocarbónica disponible para el Sureste (Torres, 2008, p. 541), que permite defender una cronología de los siglos

X-IX cal. a.C. para algunas reutilizaciones megalíticas de la provincia de Almería<sup>9</sup>. Dada la mala calidad del registro en la mayoría de los casos, ya que muchos de los conjuntos fueron excavados por los Siret hace más de un siglo, la seriación de las sepulturas se ha realizado a partir del análisis tipológico de los materiales recuperados y su correlación con las principales secuencias de la zona (Lorrio, 2008, p. 321 ss.; *id.*, 2011), pues las dataciones de C14 realizadas proporcionaron fechas posteriores al Bronce Final (Lorrio y Montero, 2004; *id.*, 2008), que evidencian la reutilización de algunas de estas sepulturas en época protohistórica e histórica, lo que coincide por otro lado con la presencia ocasional de materiales de tales cronologías. Aunque algunos pocos casos parecen remitir al Bronce Final I (Fase I), en su mayoría se adscriben al Bronce Final Pleno (Fase II) y al Bronce Final Reciente/Hierro Antiguo (Fase III), de acuerdo con la periodización clásica de Molina (1978), establecida a partir del estudio de las secuencias estratigráficas conocidas hasta la fecha, que le permitieron realizar una subdivisión tripartita del periodo, con un Bronce Final I (Antiguo), fechado entre el siglo XI y la primera mitad del IX a.C., un Bronce Final II (Pleno), que el autor situaba entre la segunda mitad del IX y la primera mitad del VIII y un Bronce Final III (Reciente), que abarcaría la segunda mitad del siglo VIII y siglo VII a.C.

#### III.2.1. Las manifestaciones funerarias durante el Bronce Tardío

Antes de abordar el estudio de las prácticas funerarias durante el Bronce Final conviene analizar, siquiera someramente, el panorama del mundo funerario durante la etapa inmediatamente anterior, surgida tras la disolución del Bronce Argárico, hacia el 1650-1550 cal. a.C. (Lorrio, 2011, p. 46 s.). Durante esta nueva etapa, o Bronce Tardío, la información relativa al mundo de la muerte se rarifica extraordinariamente, hasta el punto de que en buena parte del Sureste se desconocen las prácticas funerarias propias de este momento (Castro *et al.*, 1999; Schubart *et al.*, 2000; Arteaga *et al.*, 2005: 111 ss.), lo que contrasta con la extraordinariamente rica y variada información sobre los enterramientos de la etapa argárica precedente. No obstante, yacimientos como Cabezo Redondo, Villena, o El Tabayá, Aspe (Hernández, 2005, p.

<sup>9</sup> Para Mederos (2008: 73) estas manifestaciones funerarias del Sureste deben adscribirse al Bronce Final III, que el autor fecha entre el 1050-950/925 a.C. (IIIA) y el 950-925/875 a.C. (IIIB o Hierro I).



23; *id.*, 2009a, p. 165 s.; *id.*, 2009b, p. 298), en las tierras alicantinas del valle alto y medio del Vinalopó, ponen de manifiesto la existencia durante el Bronce Tardío de enterramientos en el interior de los asentamientos, generalmente tumbas individuales con escaso ajuar en grietas naturales o bajo el suelo de las casas (en cistas de mampostería o en el interior de vasijas), confirmando la continuidad del patrón de enterramiento argárico hasta un momento que cabe situar *ca.* 1300 cal. a.C.<sup>10</sup> Contamos también con evidencias funerarias en Mas del Corral, Alcoy, Alicante, poblado que ha proporcionado tres inhumaciones asociadas a los niveles del Bronce Tardío, dos de ellas individuos de corta edad, depositados en cuencos, en un caso a su vez cubierto con otro a modo de tapadera, mientras el tercero se depositó en el interior de una cista junto a un pobre ajuar (Trelis, 2000, p. 99; de Miguel, 2010, tab. 1)<sup>11</sup>.

La costumbre de reocupar los espacios dolménicos, documentada ya durante el Bronce Antiguo y Pleno en algunas zonas de la Península Ibérica (*vid.* Lorrio, 2008, p. 457), con ejemplos durante el Bronce Argárico en alguna necrópolis megalítica almeriense o del interior de la provincia de Granada (Ferrer y Baldomero, 1979; Ferrer, 1982, p. 131; Montero, 1994), debió mantenerse durante el Bronce Tardío, cuando, como hemos señalado, la información funeraria se rarifica extraordinariamente. Un ejemplo lo tenemos probablemente en el sepulcro megalítico conocido como Domingo 1, una tumba de corredor en cuya cámara se recuperaron un conjunto de materiales cerámicos adscritos al Bronce Tardío, localizados en un nivel inferior a los enterramientos del Bronce Final (Ferrer *et al.*, 1988, p. 41, 62 s., n° 41-58, Lorrio, 2008, p. 339, fig. 189,B), aunque sin vinculación con enterramiento alguno, por lo que quizás pudiera plantearse su carácter votivo, en la línea defendida por

10 Cabría mencionar “una tumba en fosa, con una triple inhumación infantil”, “acompañados de un interesante ajuar cerámico “localizada en el Corte 7 del Cerro de la Mora, “que corresponde a un momento de transición posterior a época argárica, muy posiblemente del Bronce Tardío” (Carrasco *et al.*, 1987c, p. 14).

11 Además de estos ejemplos, y de otros de más difícil interpretación de La Horna o La Peña de Sax (Hernández, 2009b, p. 298), no está de más el recordar la posible adscripción al Bronce Tardío de seis tumbas de inhumación de la Illeta dels Banyets, en El Campello, Alicante (Simón, 1997, p. 59; Soler, 2006, p. 296), que “*aparecieron en niveles imprecisables y carecían de objetos que revelasen época y cultura*” (Figueras, 1950, p. 124). Cabe citar también el hallazgo “de una sepultura de inhumación entre el horizonte argárico y el ibérico” (*ibid.*, p. 31; López *et al.*, 2006, p. 124), que para Simón (1997, p. 59) cabría relacionar con la ocupación del Bronce Tardío y Final, identificada a partir de algunos fragmentos cerámicos.

Delibes (2004) para explicar la presencia de materiales intrusivos en los dólmenes salmantinos durante el Bronce Tardío-Final, cuestionando el uso funerario de estos monumentos por las gentes de Cogotas I, y proponiendo, en cambio, su interpretación como lugares de culto. Otro caso podría ser el de la sepultura de Qurénima que ha proporcionado una datación radiocarbónica, sobre hueso humano (Hedges *et al.*, 1995, p. 425 s.), con un intervalo de mayor probabilidad a dos sigmas de 1633-1369 cal. a.C. (91,6%), mientras que a un sigma tal intervalo sería de 1525-1404 cal. a.C. (67%), lo que podría estar documentando, como señala Torres (2008, p. 537), el uso de esta tumba en diferente épocas, por un lado el Bronce Tardío, aunque sin evidencias materiales identificables, y por otro el Bronce Final, en un momento que cabe situar hacia el último cuarto del siglo IX y mediados del VIII a.C., de acuerdo con los materiales publicados (Lorrio, 2008, p. 333)<sup>12</sup>.

### III.3.2. Las evidencias del Bronce Final

No es mucha la información sobre las manifestaciones funerarias de las etapas iniciales del Bronce Final, de gran interés pues viene a llenar el vacío entre las escasas sepulturas atribuidas del Bronce Tardío y la mayor parte de los contextos funerarios del Bronce Final, fechados ya en los primeros siglos del I milenio a.C. Se trata de los sepulcros dolménicos de Huéchar 3, Huéchar 8 y Loma de la Galera 16, localizados en el tramo inferior del río Andarax, junto a la rambla de Huéchar (fase I), que han proporcionado unos pocos materiales asimilables al Bronce Final I, aunque se trata de elementos que perduran en contextos más recientes, por lo que no puede descartarse una datación más moderna para estos ajuares, en los que primaría un fuerte arcaísmo (Lorrio, 2008, fig. 230,A y tab. 48). Estos hallazgos

12 Para Castro *et al.* (1999, p. 89), la tumba de Qurénima, y las similares de Caldero de Mojácar, Barranco Hondo y Campos, permitirían reconocer “el patrón funerario de la primera fase postargárica”, con lo que “de ser así, los sepulcros colectivos de inhumación e incineración ubicados fuera de los asentamientos constituyeron la nueva expresión funeraria que desplazó a la argárica”, lo que no parece ser el caso, al menos con los ejemplos aducidos, pues el material recuperado en estos sepulcros se encuadra sin dificultad en contextos propios del Bronce Final del Sureste, generalmente de su fase plena, con buenos ejemplos en los poblados de Peña Negra I, Los Saladares, el Peñón de la Reina, el Cerro de los Infantes o el Cerro de la Encina, entre otros (*vid.*, para todos ellos, Lorrio, 2008, p. 327 ss.), estando ausentes en cambio en los propios del Bronce Tardío (*vid.* Lorrio, 2011, p. 46 s., con la discusión sobre el tema).

vendrían a confirmar que la costumbre de reutilizar las antiguas tumbas megalíticas durante el Bronce Final se remontaría al siglo X o inicios del IX a.C., asociándose tanto a la inhumación como, al menos en Huéchar 3<sup>13</sup>, a la cremación, rito que a partir de inicios/mediados del siglo IX a.C. está bien documentado en el Sureste, como confirman Les Moreres o La Encantada 4 (*vid. infra*), aunque asociado a las típicas urnas cinerarias<sup>14</sup>, ausentes en Huéchar 3, donde aparece en cambio una olla de perfil en ‘S’, y también en la Alta Andalucía, como ocurre con la necrópolis de Cerro Alcalá, Torres, Jaén (Carrasco *et al.*, 1980, p. 226 ss.). Estos datos cabría relacionarlos con la datación radiocarbónica sobre restos humanos de La Encantada 1, cuyo intervalo de mayor probabilidad a un sigma remite al siglo X o incluso a finales del XI cal. a.C. (Torres, 2008), confirmando la antigüedad de la inhumación en antiguos sepulcros megalíticos en la zona almeriense, a pesar de la ausencia en esta tumba de materiales que remitan a ese momento, y la presencia, en cambio, de otros más modernos, fechados en las décadas centrales del siglo VIII a.C., lo que pudiera sugerir la reutilización de este espacio funerario en diferentes momentos, el más reciente en época romana altoimperial (Lorrio, 2008, p. 335; Lorrio y Sánchez de Prado, 2008, p. 518 s.). Otro caso lo encontramos en las inhumaciones secundarias de la Cova d’En Pardo, Planes, Alicante, ya comentadas (*vid. supra*), que han proporcionado una datación radiocarbónica, con un intervalo de mayor probabilidad, igualmente a un sigma, entre 1215-1000 cal. a.C. (Soler *et al.*, 1999, p. 121, n. 7).

El resto de las evidencias funerarias no parece que pueda fecharse con antelación al siglo IX a.C., observándose una cierta variabilidad en las características de las estructuras y los ritos identificados. Se documenta ahora (fase II) la aparición de los cementerios de incineración, fenómeno que inicialmente sólo se registra en Les Moreres I, Crevillente, esto es, en las tierras más septentrionales del Sureste, necrópolis para la que se han diferenciado dos fases, que González Prats (2002) co-

rrelaciona con las ya establecidas en el poblado de Peña Negra: la más antigua, o fase I, entre el 900 y el 750 a.C., y la más reciente, o fase II, ya orientalizante, que desde mediados del siglo VIII alcanzaría el 625 a.C. En el territorio murciano la necrópolis del Collado y Pinar de Santa Ana, Jumilla, confirma la expansión del fenómeno. La tumba 1 se ha fechado *ca.* finales del siglo IX a.C. / primera mitad del VIII a.C., mientras que las tumbas más modernas incorporan ya elementos de procedencia colonial, lo que permite fecharlas entre la segunda mitad del siglo VIII y principios del VII a.C. (Hernández y Gil, 2004). Las pequeñas agregaciones de sepulturas de incineración se fechan a su vez en la primera mitad del siglo VIII a.C. en el sur de Murcia –Parazuelos–, y algo después en el Bajo Almanzora, coincidiendo ya con la aparición en la zona de una necrópolis integrada por un número importante de tumbas, la Loma del Boliche, cuya cronología avanzada (*ca.* 750–siglo VI a.C.) y características la sitúan ya en época orientalizante (Lorrio, 2008, p. 90 ss. y 397 ss.). No obstante, la llegada de los primeros grupos incineradores a las tierras de Murcia y Almería debió ser algo anterior, *ca.* siglo IX a.C., según ponen de manifiesto los sepulcros colectivos, o todo lo más dobles, de la Cuenca de Vera, donde se documentan rituales mixtos, evidencia de la complejidad que conllevaría la adopción del nuevo ritual por parte de los grupos del Sureste, tradicionalmente inhumadores (*vid. supra*).

Así lo confirman las más antiguas sepulturas de la Cuenca de Vera, como Las Alparatas o La Encantada 4, que podrían remontarse a inicios del siglo IX a.C., en las que la presencia de restos incinerados es segura, pudiendo defenderse una datación algo más avanzada dentro de esa centuria, llegando incluso a mediados de la siguiente, para La Gorriquía, Cabezo Colorado, Caldero de Mojácar, Campos A, Loma del Campo de Mojácar, Barranco Hondo o Qurénima, en las que se evidencia una cierta variabilidad, pues si en su mayoría se trata de tumbas colectivas, con presencia de cadáveres inhumados y de otros incinerados, algunas, como La Gorriquía y Campos, parecen haber acogido exclusivamente individuos inhumados (figs. 4 y 9). Tales conjuntos funerarios se caracterizan por la relativa homogeneidad de las estructuras funerarias (*ibid.*, fig. 221,B), comprobándose la presencia de reutilizaciones de sepulcros megalíticos, como sería el caso de la Loma de los Caporchanes, un sepulcro de corredor con diferentes fases de uso, la que aquí nos interesa fechada *ca.* 825-700 a.C. Se trata de un fenómeno con numerosos ejemplos en otras zonas de la provincia de Almería, como el Alto Almanzora y

13 Conviene ser prudentes respecto de la valoración que pudiera hacerse de la presencia de restos humanos incinerados en esta necrópolis megalítica, pues en Huéchar 13 aparecieron restos pertenecientes a individuos inhumados e incinerados –información aportada por Siret que no hemos podido contrastar– asociados a una taza de cerámica a torno, tipo cerámico igualmente documentado en la tumba 10 de este cementerio (Lorrio, 2008, p. 324 ss.).

14 Recientemente se ha propuesto una cronología de los siglos XI-IX a.C. para los niveles del Bronce Final del poblado ilitano de Caramoro II (García *et al.*, 2010, p. 62), donde, como hemos señalado, se ha documentado una posible cremación en urna (*vid. supra*).

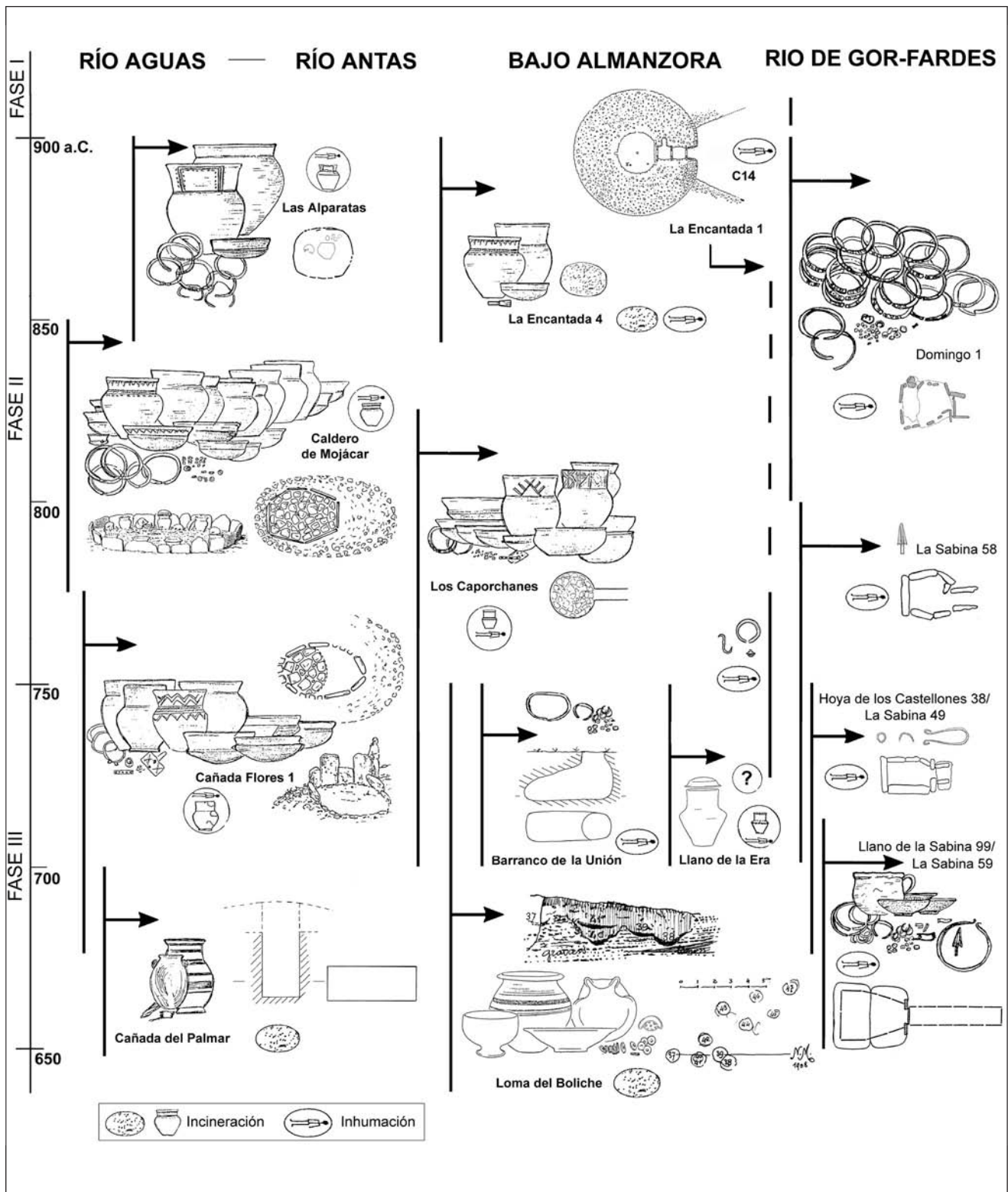


Figura 9. Evolución de las sepulturas de la Cuenca de Vera y los ríos de Gor-Fardeg (según Lorrio, 2011, completado).

el Bajo Andarax, donde igualmente está constatada la presencia de sepulturas de nueva planta (Los Millares 33), o el noreste granadino, tratándose en su gran mayoría de tumbas de inhumación, aunque la existencia segura de incineraciones esté documentada en la Loma de la Atalaya 8 y en el Llano de los Castellones 11, aunque en este último caso se registrara también la presencia de restos cerámicos de época altoimperial (Lorrio y Sánchez de Prado, 2008, 525 s. y 529, fig. 11,A).

Entre los objetos que integran los ajuares de la fase II son característicos los brazaletes decorados, que adoptan, en general, formas ovales, destacando Domingo 1 (fig. 5) y Las Alparatas por el número de piezas recuperadas, las cuentas de cornalina, las anulares o espiraliformes de bronce o los aretes o pendientes de forma muy simple, con un extremo apuntado. Entre las piezas singulares cabe mencionar un objeto bimetálico de hierro y bronce documentado en La Encantada 4, de procedencia mediterránea, de gran interés dada la elevada cronología del conjunto, fechado hacia la primera mitad del siglo IX a.C. Por lo que respecta a la vajilla cerámica, destacan las grandes urnas en la Cuenca de Vera, con decoraciones acanaladas o incisas en el cuello, cuyos paralelos parecen remitir a motivos documentados en contextos de Campos de Urnas, y las fuentes carenadas utilizadas como tapaderas, en un principio de carena alta para paulatinamente ir ofreciendo una mayor longitud de borde, predominando a la postre las de carena media, que llegan a mostrar, en ocasiones, un fuerte exvasamiento. La fuente de carena media es un tipo característico en los yacimientos que ocupan el área litoral entre el sur de Alicante y el este de Almería, donde se documenta ya durante la fase plena del Bronce Final (Lorrio, 2008, p. 227), apareciendo entonces de forma muy esporádica en las áreas del interior granadino, donde, por el contrario, se observa un cierto arcaísmo, como confirma la presencia de formas de tradición argárica, como las pequeñas tazas o cuencos carenados o los cuencos de carena media y perfil en 'S'.

El momento final de estas sepulturas se encuadra ya en el Bronce Final Reciente/Primer Hierro (fase III), y vendría marcado por la presencia fenicia en la zona, cuyo influjo se dejaría sentir por nuevos objetos y nuevos tipos de enterramientos ajenos a la tradición indígena. Se trata de un periodo de transición que se extiende desde mediados del siglo VIII, o quizás algo antes, hasta bien entrado el VII a.C., en el que las sociedades indígenas se encaminan paulatinamente hacia un nuevo escenario que supondrá la radical transformación del panorama

funerario del Sureste. La fundación de la colonia fenicia de *Baria* en la desembocadura del río Almanzora resultó determinante en este proceso dada su proximidad a los núcleos indígenas de la Cuenca de Vera. Durante esta etapa de transición y cambio (*ibid.*, p. 341 ss.) algunas sepulturas manifiestan un fuerte arraigo en las tradiciones precedentes, al tiempo que incorporan nuevos elementos que marcan la diferencia con la fase anterior, con numerosos ejemplos que se extienden por el sur de Murcia, la provincia de Almería y la zona nororiental de Granada. La continuidad respecto a la etapa anterior se evidencia en aspectos como la inhumación de los cadáveres o la coexistencia de inhumaciones e incineraciones en el interior de sepulturas de carácter colectivo, la reutilización de antiguos sepulcros de corredor, las técnicas constructivas de tipo megalítico, con uso de ortostatos, suelos enlosados y/o cubiertas tumulares, que denotan un evidente afán de monumentalidad, la presencia de pequeñas necrópolis de incineración, así como en algunos de los objetos recuperados en los ajuares, como brazaletes y eslabones de bronce o cuentas de collar de bronce y de piedra, evidencias que permiten su adscripción al momento final de la Edad del Bronce (IIIA). Entre las novedades más significativas contamos con nuevos espacios de enterramiento, como la tumba de pozo de inspiración fenicia de la Loma del Barranco de la Unión (fig. 9), nuevos elementos de ajuar, con una mayor diversidad que lo observado en la etapa precedente, al incorporarse nuevos objetos metálicos, como broches de cinturón o fíbulas de doble resorte, relacionados con novedades en la vestimenta, cuyo origen está en el área tartésica, nuevos tipos de brazaletes, tobilleras, cuenta de bronce tubulares, un torques, distribuidores de collar de hueso, o adornos ya orientalizantes como los aretes o pendientes amorcillados, de clara inspiración mediterránea, así como nuevas formas cerámicas, entre las que se incluyen algunas raras vasijas realizadas a torno.

Contemporáneas a estas sepulturas encontramos otras que no cabe duda en adscribir al Primer Hierro (IIIB), una nueva etapa que supuso el final de las antiguas prácticas funerarias colectivas indígenas, primero en el Noreste almeriense y más tarde en el resto del territorio, y la sustitución de la inhumación por el rito incinerador, que como hemos señalado era ya conocido por las comunidades del Bronce Final, aspecto éste que sin duda debió favorecer la adopción del mismo (Lorrio, 2008, p. 355 ss.). En relación con las novedades generadas por la presencia colonial en la zona, cabe citar la aparición en la zona de verdaderas necrópolis, tanto indígenas,



la Loma del Boliche, como fenicio-púnicas, Villaricos (Astruc, 1951; Aubet, 1986, p. 619; Rodero *et al.*, 1998), además de la adopción por parte de la población indígena de nuevos tipos de enterramientos, como la citada tumba de pozo del Barranco de la Unión (aunque en este caso los elementos que la acompañan remitan todavía al Bronce Final) o fosas de cremación primaria (*busta*) de diversos tipos identificadas en la Loma del Boliche y la Cañada del Palmar<sup>15</sup> (fig. 9), relacionadas ya con importantes cambios en el ritual, como demostrarían los ajuares funerarios característicos de este momento, en las que contamos con elementos exóticos (vasos de alabastro, huevos de avestruz, colgantes astrales o cerámicas a torno de barniz rojo, grises o con decoración pintada), evidenciándose ya el inicio de una nueva etapa cultural, identificada con el Hierro Orientalizante, contemporánea, al menos en parte, con la fase final de la Edad del Bronce, como demuestra el caso de la Loma del Boliche, fechada entre mediados del siglo VIII y el VI a.C. (Lorrio, 2008, p. 357).

#### IV. INFLUENCIAS CULTURALES Y REDES DE INTERCAMBIO

La presencia de productos de procedencia foránea confirmaría la existencia de redes de intercambio que, a través de los corredores naturales del Sureste, permitirían la llegada de influjos de diversa procedencia y entidad. Como ya destacara hace algunos años F. Molina (1978, p. 206 ss.) las tres grandes corrientes básicas que inciden en la Península Ibérica durante el Bronce Final (continental, atlántica y mediterránea) habrían alcanzado las zonas del Sureste, dando lugar a la eclosión de una cultura característica: el Bronce Final del Sureste<sup>16</sup>. A este res-

pecto, Almagro-Gorbea (1986, p. 414 ss.) ha destacado respecto a la metalurgia del Sureste que, seguramente, “*el aspecto cultural más significativo sea la diversidad de procedencias de las piezas importadas así como de los focos de origen de los tipos de fabricación local, que evidencian, mejor que ningún otro argumento, el paulatino incremento de los contactos y de los influjos mutuos que caracterizan el Bronce Final*”. Tales influjos se plasmarán con diversa intensidad, siendo de gran interés los datos proporcionados por la documentación funeraria (fig. 10), pues constituyen un nítido reflejo de lo conocido a través de los lugares de habitación y los depósitos de diverso tipo identificados en la zona (Lorrio, 2008, figs. 217-218).

1). Posiblemente sean los influjos de procedencia continental los que han generado una mayor controversia, ya que si es comúnmente aceptada la presencia en el Sureste de elementos propios del círculo de los Campos de Urnas, no lo es su alcance real, pues si para algunos autores tales influjos se reducen a unos pocos objetos aislados cuya presencia no implicaría aporte demográfico alguno, para otros incluirían también determinadas prácticas rituales, en concreto la aparición del rito incinerador, asociada a la llegada de nuevas poblaciones, ni los posibles focos de procedencia, que si por lo común suelen situarse en el Noreste peninsular, llegando a las tierras del Sureste a través de las tierras del Levante, no faltan las propuestas que lo llevan a las tierras del Sureste francés.

Molina (1978, p. 207), en su trabajo esencial sobre el periodo, destacó que ciertas técnicas y elementos constructivos documentados en las viviendas de la zona, como “paredes de barro sobre pequeños zócalos, estucos con motivos geométricos acanalados, bancos corridos adosados al interior de las cabañas”, además de algunos materiales domésticos como “pesas de telar troncocónicas con escotadura superior y agujas de bronce de cabeza enrollada”, elementos que presentan buenos paralelos en zonas como el Alto y Medio Ebro y el Bajo Aragón, “podrían estar ligados al bagaje material de pueblos transpirenaicos”, aunque el autor considere que tales elementos podrían relacionarse con “pequeñas infiltraciones de las áreas mediterráneas occidentales, quizás del Sur de Francia, que no pertenecían a los típicos complejos de los Campos de Urnas” (*ibid.*, p. 207). Su presencia se detectaría en el Sureste desde una fecha temprana, que cabe remontar al Bronce Final I, que el autor situaba en torno al año 1000 a.C. (*ibid.*, p. 209, 214 s., 221). Por su parte, para Almagro-Gorbea (1986,

15 La Loma de la Cañada del Palmar es una tumba individual de cremación, posiblemente primaria, que aportó una fíbula de doble resorte, un fragmento de urna a torno, un fragmento informe de hierro y una ofrenda de carácter excepcional: un vaso de alabastro (Lorrio, 2008, p. 130 s., fig. 65). La sepultura, posiblemente violada debió pertenecer a un personaje indígena de estatus elevado, habiéndose fechado ca. 700-625 a.C.

16 Cabe mencionar también los influjos meseteños, en general vinculados al Horizonte Cogotas I, cuya presencia se detecta a partir del Bronce Tardío, manteniéndose durante la primera fase del Bronce Final, como demuestra el caso del Cerro de la Encina (Molina, 1978, p. 208). Aunque en general se ha señalado que tales relaciones cesan a partir de ese momento, para González Prats (1990) seguirían estando presentes durante la fase plena, teniendo como ejemplo las decoraciones cerámicas de Peña Negra I, que se han querido relacionar con el mundo campaniforme y de Cogotas I de la Meseta.

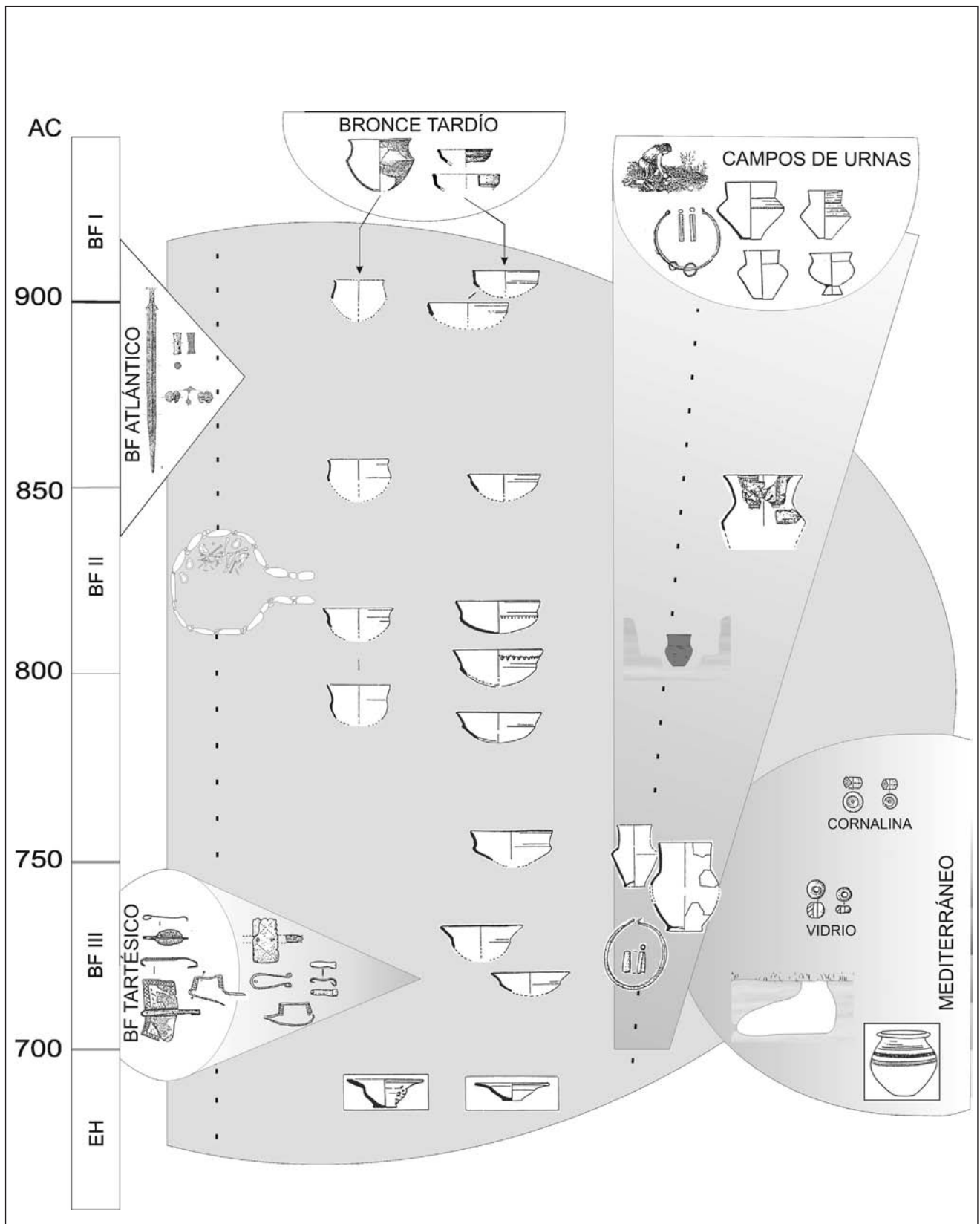


Figura 10. Los enterramientos del Bronce Final del Sureste y sus influencias (según Lorrio, 2008).

p. 419; *id.*, 1986-87, p. 34 ss.), la presencia de ciertos elementos de Campos de Urnas, como las cerámicas acanaladas documentada en poblados de tradición local –pero también los mencionados tipos de pesas de telar, las decoraciones geométricas en el revestimiento de las paredes de las casas, o ciertos elementos metálicos, como las agujas de cabeza enrollada, aunque por su simplicidad no descarta que éstas pudieran venir igualmente del Círculo Atlántico–, podrían relacionarse con “penetraciones de pequeños grupos, procedentes tal vez del Levante”, que explicarían a su vez el origen de los enterramientos de incineración en urna documentados en la zona.

La presencia de cerámicas de Campos de Urnas en las tierras alicantinas está documentada suficientemente en yacimientos como Mola d’Agres (Gil-Mascarell, 1981, p. 18, fig. 5,2; Peña *et al.*, 1996, fig. 73), El Tabayá (Hernández y López Mira, 1992; Hernández, 2005, p. 27 s.) o Caramoro II (González Prats y Ruiz Segura, 1992, p. 23 ss.; García *et al.*, 2010, p. 49), al tiempo que los diversos enterramientos de incineración identificados en el Levante tradicionalmente han sido vinculados con grupos procedentes del Noreste (*vid.* Lorrio, 2008, p. 441 s.). González Prats y Ruiz Segura (1992, p. 25) llamaron la atención sobre “la relativa abundancia de estos elementos de Campos de Urnas siempre situados en la margen septentrional del Vinalopó o más al norte”, lo que contrasta con “los escasísimos fragmentos” localizados al sur del río, en yacimientos como Peña Negra o Saladares, lo que atribuyen a “la fuerza de la dinámica cultural de Tartessos” que “frenó o mediatizó las influencias septentrionales”. Efectivamente, en Peña Negra I hay escasas cerámicas con decoración acanalada, cuyas formas remiten igualmente a dicha tradición (González Prats, 1983, p. 105 y tabla tipológica; *id.*, 1990, p. 85)<sup>17</sup>. Algo similar se observa en el poblado de Los Saladares, donde se confirma que durante el Bronce Final Reciente seguirían estando presentes tales influencias, que se concretan en unos pocos fragmentos cerámicos, como un pie elevado y otro anular, o un cuello con

acanaladuras horizontales, asociados a importaciones fenicias, fechadas por su excavador en la segunda mitad del siglo VII a.C. (Arteaga, 1976, p. 183). También se registra la presencia de cerámicas de Campos de Urnas en otros yacimientos del Sureste, ya desde la fase inicial del Bronce Final, como un fragmento de urna decorada con acanalados en el cuello y el hombro, mediante una “banda de líneas horizontales sobre temas angulares” procedente de Gatas VI (Castro *et al.*, 1999, p. 242, fig. 154). Tradicionalmente se ha relacionado con dicho ámbito un fragmento con decoración acanalada procedente del estrato IX del Corte IX del Cerro del Real (Pellicer y Schüle, 1966, fig. 15,24; Sánchez Meseguer, 1969, p. 91 s., fig. 20,76; Molina, 1978, p. 174). Igualmente, en el nivel 2 del Cerro de los Infantes, fechable a inicios del Bronce Final II, se documenta un fragmento de urna con decoración acanalada (Mendoza *et al.*, 1981, p. 11,b), anterior a la aparición de las decoraciones incisas, identificadas en el nivel 3.

Tales hallazgos han sido interpretados como producto de relaciones comerciales (Arteaga, 1976, p. 184), aunque debieron existir aportes demográficos, poco importantes pero de gran significación cultural, pues con ellos se relacionaría la introducción del ritual incinerador, bien documentado en los territorios más orientales del Sureste y apenas identificado en los occidentales, lo que apunta hacia las tierras levantinas como vía probable de llegada del nuevo ritual, cuyo origen último pudiera estar en el ámbito del Bronce Final del Noreste peninsular. Esta corriente cultural creemos verla reflejada con cierta claridad en las sepulturas del Sureste atribuidas al Bronce Final Pleno –nuestra fase II (Lorrio, 2008, fig. 217,A)–, con urnas decoradas mediante incisión o acanalado en el cuello, cuyos motivos y formas, entre las que destacan las urnas bitroncocónicas, remiten indudablemente a contextos de Campos de Urnas (*ibid.*, p. 216 ss. y 236 ss.). Tales elementos habrían llegado junto al rito incinerador, bien documentado en la Cuenca de Vera desde esta fase plena del Bronce Final. La concentración de las tumbas de cremación hacia el sur de Murcia y el noreste almeriense (*ibid.*, p. 453 ss.) sugiere su llegada a través del corredor costero que atraviesa las tierras del sur de Alicante y la Región de Murcia (Eiroa, 2004, p. 151; Lorrio, 2008, fig. 207), enlazando de este modo con las manifestaciones funerarias del Levante peninsular, al menos una parte de ellas claramente relacionables, en última instancia, con los grupos incineradores del Noreste (*ibid.*, p. 445 ss.). También los brazaletes decorados remiten a contextos

17 Más difícil es evaluar la filiación de los motivos decorativos incisos de la cerámica bruñida (González Prats, 1983, figs. 16-18), pues encuentran acomodo en diversas tradiciones cerámicas, entre ellas la de los C.U. del Noreste, aunque González Prats (1990, p. 81) abogue por reivindicar las conexiones con “la tradición decorativa de Cogotas I”, proponiendo incluso para la facies del Bronce Final de Peña Negra el término ‘epicogotas’ (*ibid.*: 78).

nordpirenaicos, quizás atlánticos, aunque llegados a través del área catalana (*ibid.*, p. 258 ss.)<sup>18</sup>.

Durante el Bronce Final Reciente –nuestra fase IIIA– siguen percibiéndose influencias de Campos de Urnas (Lorrio, 2008, fig. 218,A), como ponen de manifiesto algunas piezas cerámicas: la urna bitroncocónica del Llano de la Era, los pies anulares de Cañada Flores 1 y Cuesta de Almiel 24, y ciertos elementos bronceos excepcionales, como el torques del Llano de la Sabina 99, las cuentas tubulares documentadas en varios enterramientos de la zona del río de Gor, o, quizás, los escasos objetos de ámbar, generalmente cuentas documentadas en esa misma zona y en el río Fardes, piezas todas ellas de gran interés dada su asociación con sepulturas de inhumación, lo que confirma el “carácter culturalmente mixto de estas gentes” defendido hace algunos años por Almagro-Gorbea (1986-87, p. 34 ss.), lo que obviamente impide hablar de verdaderos Campos de Urnas como los del Noreste<sup>19</sup>.

Como ha señalado Ruiz Zapatero (2007, p. 101), abandonadas las antiguas teorías invasionistas, “el fenómeno de los Campos de Urnas debe considerarse más bien como un cambio en las formas sociales de vida que se va extendiendo por áreas limítrofes”, aunque algunos

18 Aunque la información funeraria susceptible de ser asimilada a la fase inicial del Bronce Final del Sureste es extremadamente reducida, la presencia de cerámicas de Campos de Urnas durante la misma está documentada en Gatas VI, lo que podría explicar la existencia del ritual incinerador en Huéchar 3, en el occidente almeriense, cuya adscripción al Bronce Final no es segura, como hemos señalado (*vid supra*) (la discusión sobre la problemática que genera esta tumba puede verse en Lorrio, 2008, p. 453 s.).

19 A pesar de la dificultad que entraña la correlación de los datos arqueológicos con la documentación lingüística, sobre todo si, como en el caso que nos ocupa, se trata de sociedades ágrafas, resulta sugerente la posibilidad de relacionar la llegada de grupos procedentes del cuadrante nororiental de la Península Ibérica con la presencia en el Sureste de ciertos elementos de tipo “céltico”, lo que permitiría explicar la presencia de tales topónimos, proporcionando asimismo base histórica para su comprensión. Este podría haber sido el caso del topónimo de origen celta *Baria*, nombre la antigua Villaricos, que se habría mantenido hasta nuestros días en el nombre de la localidad de Vera (Corominas, 1957: p. 702-704, p. 1089; Tovar, 1983, p. 272; *id.*, 1989, p. 161), y cuya primera mención remite al año 209 a.C. en el contexto de la Segunda Guerra Púnica (Tovar, 1989: p. 162). Otro caso podría ser el del dios *Neton*, documentado en *Acci* (Guadix) por Macrobio (*Sat.* I,19,5), que cabe identificar con el dios de la guerra irlandés *Néit* -ie. \**net-* “guerrero” (Blázquez, 1975, p. 132; *vid.* García Alonso, 2003, p. 362 s., nota 113)– y posiblemente documentado en Tartessos como *Niethos* a inicios del siglo VI a.C. (Almagro-Gorbea, 2002; *id.*, 2004). Sobre la presencia de elementos lingüísticos indoeuropeos entre los bastetanos del Sureste, *vid.* García Alonso, 2003, p. 472 s.

autores (Castro, 1994; Junyent, 2002; López Cachero, 2006; *id.*, 2007; *id.*, 2009) han criticado el uso del concepto cultural de Campos de Urnas para el Noreste peninsular, proponiendo el menos comprometido de Bronce Final y Primera Edad del Hierro, al considerar, como señala López Cachero (2007, p. 104), que la homogeneidad que se desprende de su uso no refleja en absoluto la situación de la zona, con diferentes tradiciones regionales, valorando la distinta implantación de las cerámicas acanaladas, por un lado, y la generalización de la incineración, por otro, y que la escasa entidad de los movimientos poblacionales, en caso de haberse producido, tendrían por ello poca capacidad de cambio cultural. Para Ruiz Zapatero (2008, p. 304), estas interpretaciones dejan sin explicación satisfactoria el conjunto de cambios culturales que se produjeron en el Noreste en los siglos de tránsito entre el segundo y el primer milenio a.C., considerando poco probable que la generalización de la incineración en todo el este territorio en poco más de ocho o nueve generaciones pudiera haberse producido sin aportes demográficos, únicamente a partir de razones de prestigio como defiende López Cachero (2006, 17 ss.; *id.*, 2007, p. 104).

Aunque parece por tanto fuera de toda duda la presencia de elementos propios del ámbito de los Campos de Urnas, o si prefiere del Bronce Final del Noreste, en el Levante y el Sureste peninsular, otra cosa es determinar sus mecanismos de difusión, pues, al menos en las tierras del Sureste aparecen en número reducido y formando parte de contextos relativamente variados, no siendo necesario en muchos casos aportes demográficos para explicar su presencia en la zona, lo que por otro lado es igualmente aplicable a los objetos de origen atlántico, mediterráneo o tartésico. Más complejo es el tema de la aparición del ritual de la incineración, cuya dispersión geográfica –una necrópolis extensa en el sur de Alicante, pequeñas necrópolis en Murcia y Almería, situaciones mixtas (inhumación/incineración) principalmente localizadas en el noreste almeriense, y preferencia por la inhumación en el resto del territorio– hace que señalemos al Noreste peninsular como foco probable de origen del nuevo rito funerario, sobre todo sí tanto las formas como las decoraciones (motivos y técnicas) de las urnas cinerarias, además de ciertos elementos del ajuar metálico, encuentran en tales ambientes sus paralelos más próximos<sup>20</sup>.

20 Una reflexión crítica sobre nuestra propuesta puede verse en López Cachero, 2009, p. 198, para quien “el problema radica en la



Con estas tradiciones pueden relacionarse también un conjunto de hallazgos de Peña Negra (fig. 15) que remiten al mundo de las creencias (*vid. infra*), como la presencia en la llamada ‘vivienda metalúrgica’ de un pequeño ovicáprido que cabe interpretar como un sacrificio fundacional y un enterramiento infantil (González Prats, 1990, p. 94), ritos que presentan una fuerte implantación en ambientes del Bronce Final y la Edad del Hierro de tradición de los Campos de Urnas peninsulares (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, p. 43 ss., 49, 110, 114, fig. 18,A,E y G y 48,B, Apéndice 4,E, G y H), al igual que los morillos, con un posible hallazgo en el poblado crevillentino (González Prats, 1983, p. 78, fig. 20,1918<sup>21</sup>; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, p. 330 s., fig. 29,A).

2). Una segunda corriente cultural identificada en la zona sería la atlántica (Molina, 1978, p. 207, 216, 221; Almagro-Gorbea, 1986, p. 416 s.). La importancia de la metalurgia atlántica en las tierras del Sureste encuentra su mejor exponente en una serie de depósitos de bronce, generalmente hachas, aunque también se conozca alguna espada y, excepcionalmente, adornos, por lo común un único objeto descontextualizado, aunque excepcionalmente puedan incorporar varios elementos, sin que tengamos información sobre su procedencia concreta en la gran mayoría de los casos. Hachas de talón y una anilla se han encontrado en Fuente de Cesna (Loja, Granada), La Solana de Peñarrubia (Lorca, Murcia), Jumilla (Murcia), pudiendo añadir un ejemplar del depósito de Arroyomolinos (Jaén), mientras que del modelo de talón y dos anillas se conocen diversas piezas murcianas y granadinas procedentes de Totana, Caniles, Diezma, Sierra de Baza y el Cerro del Real de Galera, con dos ejemplares (Monteagudo, 1977, n° 914, 925, 954, 958-960, 134, 1249 y 1421; Molina, 1978, p. 216; Almagro-Gorbea, 1986, p. 416; Simón *et al.*, 1999, p. 118; etc.); por su parte, del poblado del Sitio del Maestro (Jumilla, Murcia) procede un hacha de cubo con dos anillas (Simón *et al.*, 1999, p. 31, 118 ss., fig. 1,13). Un origen bretón se ha defendido para las dos hachas de aletas medianas del depósito de

aceptación, sin crítica alguna, del concepto de Campos de Urnas y en sobredimensionar el radio de acción los grupos incineradores del noreste”. Una visión por completo diferente es la apuntada por Rafel, p. 2009, p. 401, para quien las evidencias del Sureste “posen de manifest amb contundència l’adscripció d’un conjunt notable de materials a l’horitzó dels camps d’urnes”.

21 Debe desestimarse en cambio un remate en forma de cabeza de carnero con restos de pintura roja y amarilla que se ha querido asimilar a otro de estos característicos objetos rituales (González Prats, 1983, p. 78, fig. 20,2251).

Arroyomolinos (Monteagudo, 1977, n° 1777-1778; Almagro-Gorbea, 1986, p. 416), que aparecieron suspendidas de dos brazaletes circulares decorados similares a los recuperados en las tumbas del Sureste, que pudieran haber sido introducidos en la zona junto al resto de los influjos atlánticos (*ibid.*, p. 416).

Una muestra destacada de estas relaciones comerciales atlánticas durante la fase inicial del Bronce Final sería la espada de Herrerías, un hallazgo aislado dado a conocer por Siret (1913, pl. XV), de tipo Ballintober y origen bretón (Almagro-Gorbea, 1974, p. 474; Coffyn, 1985, p. 34, 386, carte 5, pl. VI,1; Brandherm, 2007, n° 7, p. 31 ss.). Más tardía es la espada de Tabernas, un ejemplar pistiliforme asimilable al tipo Saint Nazaire, sin noticias sobre el lugar y condiciones del hallazgo (Coffyn, 1985, p. 39, 387, carte 6, pl. IX,17 y XII,5; Brandherm, 2007, n° 34, p. 49 ss.). Por su parte, del estrato A.6 del corte 4 del Cerro de la Miel procede un magnífico ejemplar de tipo Huelva (Carrasco *et al.*, 1987c, p. 90 ss., fig. 23; Ruiz-Gálvez, 1990, p. 330 ss.; Brandherm, 2007, n° 85, p. 77 y 85 ss.). Cabe mencionar también dos espadas de tipo Monte Sa Idda (Ruiz-Gálvez, 1984, p. 312 ss.; Coffyn, 1985, pl. XXXII, 2-3; Ruiz-Gálvez, 1986, p. 12 ss.; Jiménez Ávila, 2002, p. 342 ss.; Brandherm, 2007, n° 175 y 177, p. 95 ss.), uno procedente del Cortijo de Cía, Dalías, sin contexto, y un hallazgo superficial del Peñón de la Reina, asimilable al Horizonte III (Martínez y Botella, 1980, p. 171 ss., fig. 127), lo que permite fechar la pieza hacia finales del siglo VIII o inicios del VII a.C.

Si nos ceñimos a los ajueres funerarios, la presencia de elementos de procedencia atlántica está documentada con seguridad en Domingo 1, con el hallazgo de un roblón perteneciente sin duda a una espada de tipo Huelva (fig. 5,B,8) y de un botón de cabeza de seta (fig. 5,B,7), piezas ambas con numerosos ejemplos en el depósito onubense (Ruiz-Gálvez, 1995, láms. 11,13 y 18,30-69). Más difícil es establecer el origen de tipos como los brazaletes decorados (fig. 5,B,1-2) o las cuentas tubulares (tipo 3), piezas posiblemente de origen atlántico quizás llegadas al Sureste a través del ámbito de los Campos de Urnas (Lorrio, 2008, p. 263 ss. y 284 ss.), con buenos ejemplos tanto en el Sureste de Francia como en el Noreste peninsular, aunque los brazaletes decorados del depósito de Arroyomolinos se hayan considerado desde los trabajos de Siret (1913, p. 407, fig. 158) como antecedente de los ejemplares de la provincia de Almería y Granada.

Finalmente, cabe mencionar un hallazgo de gran entidad, una escombrera asociada a la llamada ‘vivienda metalúrgica’ del Sector II de Peña Negra (González

Prats y Ruiz-Gálvez, 1989), con abundantes fragmentos de moldes, de arenisca y sobre todo de arcilla (fig. 15,A). Los moldes de arcilla fueron utilizados para la realización de espadas de filos rectos y empuñadura de lengüeta calada, y otras de empuñadura maciza, puntas de lanza de alerones romboidales, y dos tipos de agujas, mientras los de piedra lo fueron para la fabricación de varillas, hachas –planas o de apéndices laterales<sup>22</sup>; además, restos de vasijas-horno con adherencias metálicas, fragmentos de crisoles, minerales parcialmente reducidos y restos de fundición y martillos de arenisca (González Prats, 1992; Ruiz-Gálvez, 1990; *id.*, 1998; Rovira, 1995; Simón, 1998, p. 51 ss., 347; Gómez, 1999, p. 104 s. y 111 ss.; Brandherm, 2007, p. 118). Se trata de objetos pertenecientes al ámbito atlántico de tipo Vénat –al menos las lanzas y las agujas<sup>23</sup>, fechándose hacia el siglo VIII a.C., lo que dota al yacimiento alicantino de un papel primordial en la producción y distribución tanto en el Sureste como en el Mediterráneo (González Prats, 1993a, p. 183). Para Ruiz-Gálvez (1993, p. 56) el taller de Peña Negra I sugiere la presencia de “unos comerciantes y fundidores atlánticos”, lo que implica que “previamente hubieron de establecerse pactos sociales que permitieran el atraque en la costa y la realización de actividades de intercambio”.

3). Otra corriente de gran trascendencia cultural estaría marcada por los influjos mediterráneos precoloniales (Almagro-Gorbea, 1989; *id.*, 1998), con evidencias en el Sureste durante el Bronce Final, como demuestran las fíbulas de codo tipo *Huelva*<sup>24</sup> o las hachas de apéndices laterales, que aparecen en el Sureste formando depósitos integrados a veces por un número elevado de piezas<sup>25</sup>

22 González Prats (1992, p. 251) menciona también moldes para la fabricación de hoces.

23 Como excepción, habría que citar el molde para la realización de hachas de apéndices laterales (Ruiz-Gálvez, 1993, p. 53; Simón, 1998, p. 52), tipo de origen mediterráneo (*vid. infra*).

24 *Vid.*, sobre el origen y clasificación de las fíbulas de codo tipo *Huelva*, Carrasco y Pachón 2005; *id.*, 2006.

25 Se trataría en realidad de azuelas relacionadas con el trabajo de la madera (Almagro-Gorbea, 1993, p. 83), con hallazgos tan destacados como el depósito de Campotéjar (Granada), que proporcionó 30 o 40 hachas, algunas de hierro, a los que cabe añadir un ejemplar del depósito de Galera, ya citado, o los procedentes de Alicante, Guadix y Granada, todos ellos de bronce (Monteagudo, 1977, n° 816 s., 833-835 y 880), algunas seguras importaciones, aunque el hallazgo de moldes, como el de Verdolay (*ibid.*, n° 827) o Peña Negra I (*vid. supra*), confirme su producción en talleres locales. Del campo de Elche, y muy posiblemente del entorno de La Alcudia, procede un conjunto de unas 50 piezas, interpretadas, más que como hachas de apéndices, como bebederos de moldes pues conservan el cono de vertido en el talón (Almagro-Gorbea, 1986, p. 414), o como lingotes de cobre, bronce y

(Molina, 1978, p. 207, 215, 221 s.; Almagro-Gorbea, 1986, p. 417 s.)<sup>26</sup>, a diferencia de lo observado con las piezas atlánticas, aunque su máxima influencia se dejaría sentir con la llegada de los colonos fenicios a la zona.

El registro funerario ha proporcionado también información al respecto. Durante el Bronce Final Pleno (fase II) no son muchos los objetos de origen mediterráneo: una pieza bimetálica de bronce y hierro hallada en La Encantada 4, una cuenta de vidrio blanco de Caldero de Mojácar y algunas cuentas de cornalina recuperadas en diversas sepulturas almerienses (Lorrio, 2008, p. 286 s., 290 s., 297 s., fig. 218,C), aunque tales influencias estén documentadas desde la fase precedente, como demuestra el hallazgo de una cuenta de pasta vítrea en Gatas VI (Castro *et al.*, 1999, p. 248)<sup>27</sup>. Durante el Bronce Final Reciente (fase IIIA) se observa un incremento de las relaciones mediterráneas, siendo ahora abundantes las cuentas de fayenza y vidrio, los pendientes amorcillados o las cerámicas realizadas a torno, que deben relacionarse con la presencia colonial en la zona (Lorrio, 2008, p. 243 s., 282, 286 s., fig. 218,C), cuyo influjo se deja sentir en la adopción de la tumba de pozo como lugar de enterramiento colectivo en el Barranco de la Unión (*ibid.*, 371), y que culminaría con la completa transformación de las poblaciones indígenas, lo que confirman la aparición de las primeras necrópolis extensas en el Bajo Almanzora, como la Loma del Boliche, o de estructuras funerarias y elementos de ajuar como los identificados en la Loma de la Cañada del Palmar (fig. 9), que en las tierras más septentrionales del Sureste tiene su correlato en la fase II de Les Moreres, ya plenamente orientalizante (*ibid.*, 370 s.).

Los hallazgos de Peña Negra I, que confirman la llegada de elementos de procedencia mediterránea a través de agentes comerciales, quizás fenicios, desde el inicio del asentamiento, en pleno siglo IX a.C.: dos

plomo, destinados a los agentes fenicios que desde el siglo VIII a.C. estarían presentes en las tierras del sur de Alicante, con hallazgos en el Tabayá, dos ejemplares, y Peña Negra, de donde procede un nutrido conjunto, en muchos casos ya de época orientalizante, aunque no falten los adscritos al Bronce Final (González Prats, 1985).

26 Para Molina (1978, p. 207 s.) esta corriente cultural sería la más importante en la formación del Bronce Final del Sureste y en su evolución, considerando que con los estímulos mediterráneos cabría relacionar también la aparición de las sepulturas de incineración en la zona, en lo que no coincidimos.

27 Sólo conocemos unas pocas tumbas adscribibles al Bronce Final I, todas ellas localizadas en la zona de Huéchar, caracterizándose por la sencillez de sus ajuares, casi exclusivamente cerámicos, con una escasa amortización de objetos metálicos.

fíbulas de codo halladas en el estrato de base, los ya citados lingotes metálicos en forma de hacha, brazaletes de marfil o cuentas de fayenza de tipo discoidal y agallonadas (González Prats, 1985; *id.*, 1990, p. 90 ss., fig. 58), serían algunos de los hallazgos más significativos. Por su parte, de la necrópolis proceden algunas cuentas, halladas en superficie pero sobre todo en sepulturas de la fase I (tumbas 89 y 98) y II (tumba 117), destacando, como ejemplares más antiguos, las oculadas de color azul oscuro decoradas mediante círculos rellenos de pasta blanca (*id.*, 2002: 252, fig. 194).

4). Igualmente relevantes son los influjos procedentes del ámbito tartésico de la Baja Andalucía (Molina, 1978, p. 208, 217 ss., 221 s.; Almagro-Gorbea, 1986, p. 419 s.; González Prats, 1993b; Torres, 2002, p. 125 ss.). Se trata de elementos cerámicos del Bajo Guadalquivir, “un importante foco cultural que irradia a todo el mediodía peninsular” en palabras de Almagro-Gorbea (1986: p. 419)<sup>28</sup>, con materiales tan significativos como las cerámicas de retícula bruñida, las de incrustaciones de bronce o las pintadas, elementos todos ellos por completo ausentes de los enterramientos identificados hasta la fecha en el Sureste. No es este el caso de otros objetos metálicos como fíbulas de doble resorte y broches de cinturón de placa, relacionados seguramente con cambios en la vestimenta (González Prats, 1993b, p. 375 s., mapas 10 y 11; Torres, 2002, p. 196 ss. y 205 ss.), bien documentados en el registro funerario, aunque sólo en sepulturas de la fase IIIA, perteneciente ya al Bronce Final Reciente (Lorrio, 2008, fig. 218,B).

Aunque como señalara Almagro-Gorbea (1986, p. 419) hace algunos años “las relaciones de este foco con sus áreas de influencia aún no se pueden precisar, cabe suponer contactos relativamente estrechos, tal vez de tipo casi comercial, que parecen preceder ligeramente a las redes comerciales coloniales fenicias”. Para este autor, “estas relaciones culturales, en un ámbito geográfico tan determinado, se pueden interpretar como que el Sureste, a partir de dichas fechas, pasó a formar parte de la expansión del mítico reino de Tartessos, cuyo centro se situaba en torno a la desembocadura del Guadalquivir y cuya irradiación si no política, sí cultural, debió alcanzar plenamente el Sureste” (*ibid.*, p. 420). La identificación

de la ciudad de *Herna*, citada por Avieno (vv. 463) en el límite septentrional de Tartessos, con La Peña Negra, propuesta por González Prats (1993a, p. 181) vendría a confirmar tal situación (*vid. infra*).

## V. POBLADOS Y TUMBAS

Un aspecto apenas tratado del Bronce Final del Sureste hasta fecha reciente (Lorrio, 2008, p. 394 ss.) ha sido el de la relación entre lugares de enterramiento y núcleos de habitación, que debemos suponer no muy alejados de aquéllos, aunque sean pocas las noticias sobre los poblados asociados directamente a las sepulturas estudiadas (*ibid.*, p. 394 ss.) y carezcamos de información relevante sobre los cementerios de los principales hábitats del Sureste, con la única excepción de algunos de los más septentrionales, como la Peña Negra de Crevillente.

Muchos de los asentamientos del Bronce Final son de nueva planta, y en los casos con ocupaciones precedentes, como Gatas, el Cerro de la Encina, el Cerro de la Mora, el Cerro de los Infantes o el Peñón de la Reina, entre otros, existe un claro hiato cronológico, volviéndose a ocupar en ocasiones después de siglos de abandono<sup>29</sup>. Las largas secuencias de algunos de estos yacimientos, a menudo prolongándose durante el Primer Hierro y época ibérica, evidencian la fijación al territorio de estas comunidades, por lo que sorprende la práctica ausencia de cualquier información sobre sus prácticas funerarias. Los poblados del Bronce Final, al menos algunos de ellos, son más grandes que los de etapas precedentes, lo que se puede relacionar con el crecimiento demográfico de sus comunidades, y aunque no contamos con un mayor número de asentamientos que en el Bronce Argárico, sí se observa un notable incremento respecto al Bronce Tardío, poniéndose de manifiesto un evidente interés por el control estratégico del territorio y las vías de co-

<sup>28</sup> Para Molina (1978, p. 208), “es muy posible que los influjos llegados desde la zona tartésica tengan enorme trascendencia en el florecimiento del Bronce Final del Sureste, matizando en los siglos IX y VIII el subtrato cultural sobre el que actuarán los colonizadores fenicios a partir del 750 a.C.”

<sup>29</sup> En la Región de Murcia se constata la continuidad entre las ocupaciones del Bronce Tardío y Final en Las Cabezuelas (Totana), La Punta de los Gavilanes (Mazarrón) o Santa Catalina del Monte (Verdolay), así como poblados de nueva planta, como Cobatillas la Vieja, donde el asentamiento del Bronce Final y de la Edad del Hierro aparece desplazado respecto a la ocupación del Bronce argárico, Fuente Amarga (Mazarrón), La Serrecica de Cimbra (Totana) o El Castellar, en Librilla, lo que pone de manifiesto el crecimiento demográfico y los nuevos intereses que caracterizan el periodo; estos poblados se sitúan en las zonas costeras y en los cursos fluviales, principalmente del Bajo Segura y el curso medio y bajo del Guadalentín, evidenciando muchos de ellos las transformaciones del impacto colonial en la zona (Ros, 1985a; *id.*, 1986; *id.*, 1987; *id.*, 1989: 44 ss.; Lomba, 1995; Eiroa, 2004, p. 154 ss.).

municación. Aunque los poblados busquen en ocasiones emplazamientos en altura con defensas naturales en su mayoría carecen de fortificaciones, una tradición que se remonta al Bronce Tardío<sup>30</sup>. No obstante, la presencia de murallas está documentada en poblados como Caramoro II (fig. 8,B,2), Elche, Alicante (González Prats y Ruiz Segura, 1992) y el Cerro de Cabezuelos, Úbeda, Jaén (Molina *et al.*, 1979, p. 290, fig. 3b; Contreras, 1982, p. 315, fig. 7)<sup>31</sup>. También en la Región de Murcia se identificó una muralla flanqueada por torres cuadrangulares en el asentamiento litoral de la Cala del Pino, en La Manga del Mar Menor, atribuida a partir de los escasos materiales recuperados al Bronce Tardío (Ros, 2003, p. 237) o al Bronce Final (Eiroa, 1989, p. 109, fig. 24, lám. XIII; *id.*, 2004, p. 159). Por su parte, las excavaciones en uno de los cementerios ibéricos de Coimbra del Barranco Ancho, el conocido como necrópolis del Poblado, proporcionó lo que ha sido interpretado, no sin cierta controversia, como una muralla del Bronce Final (García Cano, 1997, p. 81 s.), que por los materiales recuperados en la zona debe fecharse hacia el siglo IX a.C., esto es,

30 La ausencia de fortificaciones en poblados del Bronce Tardío del Sureste es un fenómeno conocido. Cabe mencionar el caso de La Cuesta del Negro (Purullena, Granada), donde se reutilizó una pequeña atalaya argárica, de función más de observación que de defensa, desestimando en cambio el gran bastión (Molina 1978: 204), aunque en El Cerro de la Mora se haya señalado la existencia de un bastión que los excavadores atribuyen al Bronce Tardío (Carrasco *et al.*, 1987b, p. 356; Pachón *et al.*, 1990, p. 135).

31 Durante el Bronce Final se documentan fortificaciones en otras áreas próximas, como el Suroeste peninsular (Almagro-Gorbea y Torres, 2007, p. 36 ss.; Berrocal-Rangel y Silva, 2010, p. 240 ss.). Como ha destacado Torres (2009, p. 103) para el caso tartésico, las murallas se localizan en asentamientos de primera importancia, por lo que no puede descartarse que alguno de los grandes asentamientos del Sureste pudiera haber completado las defensas naturales que en ocasiones presentan con la construcción de una muralla. No parece ser el caso del Peñón de la Reina (Martínez y Botella, 1980, 315 s., fig. 241, lám. II-X), cuya muralla se ha relacionado con la ocupación precedente (*vid.*, en contra, Contreras, 1980, p. 319 s.), aunque, como ha señalado P. Moret (1996, p. 505), las condiciones defensivas del lugar unido a la visibilidad de la muralla durante el Bronce Final deban ser tenidas en consideración. Tampoco hay noticias sobre la existencia de fortificaciones en Peña Negra, aunque Grau y Moratalla (2001, p. 193 s.) han señalado la existencias, aunque para época orientalizante, de atalayas fortificadas para la defensa del núcleo principal y el control de las vías de comunicación, considerando que tal labor sería ejercida durante el Bronce Final por los dos recintos fortificados localizados al norte y al sur de las rutas: Caramoro II y Cabezo Pequeño del Estañón, aunque como veremos la cronología del primero esté en revisión y el segundo haya sido interpretado en relación con el control territorial ejercido desde el núcleo fenicio de La Fonteta, lo que explica sus peculiaridades constructivas (González Prats y García Menárguez, 2000, p. 1531).

en la fase plena del periodo (Ros, 1990; Hernández y Gil, 2004, p. 447).

Aunque no son muchos los datos que poseemos sobre la ordenación interna de estos poblados, en gran medida debido a que por lo común se trata de excavaciones cuyo interés se centró más en la realización de sondeos estratigráficos que en su excavación en extensión, yacimientos como La Peña Negra, La Serrecica, El Peñón de la Reina o El Cerro de la Mora proporcionan información relevante, observándose la ausencia de un ordenamiento regular de las unidades residenciales, que aparecen dispersas por el interior de los poblados, en ocasiones en gran número, 23 en El Peñón de la Reina (fig. 8,A) (Martínez y Botella, 1980, p. 173) y 83 en La Serrecica (Lomba, 1993, p. 95; *id.*, 1995), sin que podamos hablar de una arquitectura doméstica de mayor entidad y ni tan siquiera de un urbanismo más complejo que el registrado en las etapas precedentes, aspectos ambos de gran desarrollo en las tierras del Sureste durante el Bronce Pleno y Tardío. Se trata de cabañas de planta oval, circular y, a veces, rectangular, que generalmente presentan zócalos de piedra, paredes de adobe, en ocasiones reforzadas mediante postes, y techos de entramado vegetal revocado de arcilla, aunque las viviendas rectangulares o cuadrangulares con zócalo de mampostería de piedra y alzado de adobe no se generalizarían hasta etapas más modernas, ya entrada la Edad del Hierro. Son estructuras domésticas a veces de grandes dimensiones, entre 35 y 60 m<sup>2</sup>, pudiendo estar compartimentadas, con espacios dedicados a tareas productivas de transformación de alimentos o a su almacenamiento, así como áreas de actividad textil, como la documentada en una vivienda del Cerro de la Encina (Arribas *et al.*, 1974, p. 39 s., fig. 10, lám. V, fig. 64 s.; Aranda, 2001, p. 230 ss., fig. 46), incorporando en algún caso bancos corridos. Entre los ejemplos más señeros cabe citar el ya citado Cerro de la Encina (Arribas *et al.*, 1974, p. 38 ss.; Aranda, 2001, p. 230 ss., figs. 46-47), El Cerro del Real (Pellicer y Schüle, 1962, p. 5 ss., lám. 3; *id.*, 1966, p. 19, fig. 2) –*vid.*, para ambos, Molina, 1978, p. 209 s.–, El Cerro de la Mora (Carrasco *et al.*, 1987b, p. 357 y 359, fig. 2), El Peñón de la Reina (fig. 8,A) (Martínez y Botella, 1980, p. 173 ss., figs. 130-133), El Cerro de Cabezuelos (Molina *et al.*, 1979, p. 290 ss., láms. 2-3; Contreras, 1982, p. 310 ss., figs. 2-6), La Serrecica (Lomba, 1993; *id.*, 1995), Los Saladares (Arteaga y Serna, 1979-80, p. 79 ss., fig. 10) o Peña Negra, donde se observa durante la fase I la evolución desde sencillos fondos de cabaña excavados en la roca de base (IA), cabañas circulares con paredes de



arcilla (IB) y viviendas rectangulares, a veces de ángulos redondeados, con zócalos de piedra (IC) (fig. 11,C) (González Prats, 1989; *id.*, 1992, fig. 3).

Ruiz Zapatero (2001-2002, p. 107) ha señalado para el Bronce Final peninsular la existencia de tres tipos de asentamientos, que también encontramos en el Sureste. Por un lado, pequeñas agrupaciones aldeanas, difíciles de identificar en general, lo que confirma que en muchos casos su hallazgo se vincule con excavaciones de urgencia o con hallazgos ‘casuales’; algunos de estos pequeños asentamientos pueden considerarse como autónomos y autosuficientes, como los documentados en la Cuenca de Vera, mientras que otros deben relacionarse directamente con poblados de mayor entidad, como ocurre con los hallazgos del entorno de Crevillente respecto del núcleo rector localizado en Peña Negra. Un carácter más marginal tendrían las ocupaciones en abrigos y cuevas, seguramente relacionadas con actividades pastoriles, con ejemplos en la montaña alicantina (Soler *et al.*, 1999, p. 165 s.) y posiblemente en otras zonas del Sureste. Finalmente, encontramos poblados de mayor entidad demográfica, generalmente en altura, distribuidos por todo el Sureste, con ejemplos en el sur de Alicante (Peña Negra), la Región de Murcia (El Castellar de Librilla o El Sitio del Maestre), el occidente almeriense (El Peñón de la Reina), la Cuenca de Huéscar (El Cerro del Real), la Hoya de Guadix-Baza (el casco histórico de Guadix y, quizás, el Cerro Cepero, en Baza), o las depresiones occidentales granadinas (El Cerro de la Encina, El Albaicín, El Cerro de los Infantes, La Mesa de Fornes o El Cerro de la Mora). Si algunos de ellos se abandonan tras los estadios iniciales del Bronce Final, como El Cerro de la Encina, o durante la etapa inmediatamente siguiente del Primer Hierro, como El Peñón de la Reina, El Sitio del Maestre o La Mesa de Fornes, otros ofrecen importantes estratigrafías que se extienden a lo largo de época ibérica, cuando se constituyen en auténticos *oppida*, como El Cerro del Real-*Tutugi*, El Cerro de los Infantes-*Ilurco*, El Albaicín-*Iliberri*, El Cerro de la Mora, etc., a veces, con ocupaciones que se prolongan durante la etapa romana o, incluso, después (*vid. Adroher et al.*, 2002, p. 25 ss. y 83 ss.; Pachón, 2008, fig. 1 y 2). Parece clara, por tanto, la disimetría entre asentamientos “menores” y “grandes centros”, poblados estos últimos que, como destaca González Prats (2005, p. 800), “podrían haber constituido centros nucleares de una implantación ‘reglada’ sobre el territorio, lo que implicaría una distribución de los asentamientos en función de unas determinadas estrategias de explotación

*económica o comerciales*”<sup>32</sup>, lo que resulta especialmente evidente a partir de la fase plena del Bronce Final.

Buen ejemplo de lo dicho se documenta en las tierras alicantinas de la Sierra del Segura y el Bajo Vinalopó, donde se evidencia un claro proceso de jerarquización, con la existencia de un poblado de gran entidad con carácter protourbano en la Peña Negra de Crevillente y varios menores dependientes, o en la Vega de Granada, aunque aquí contemos con más de un núcleo de habitación destacado, germen de los más importantes *oppida* prerromanos de la zona, como *Ilurco* o *Iliberri*, sin que se evidencie, a diferencia del caso crevillentino, la existencia de una jerarquización clara entre ellos, al menos durante el Bronce Final<sup>33</sup> (*vid. infra*). Diferente parece haber sido el caso de la almeriense Cuenca de Vera, donde únicamente se han identificado pequeños núcleos de habitación de carácter poco estable, posible-

32 A título ilustrativo, la superficie propuesta para Peña Negra sería de unas 34 ha (González Prats, 1993a, p. 181), aunque para Moratalla (2004, 153 s.; Grau y Moratalla, 2001, p. 190) rondaría las 14-15 ha, con cabañas dispersas por el cerro durante el Bronce Final, habiendo de esperar al Primer Hierro para encontrar “una extensa y regularizada ciudad orientalizante”. Una superficie destacada –unas 13 ha, o quizás más– debió tener el *oppidum* ibérico del Cerro de los Infantes/*Ilurco* (Moret, 1996, p. 523), aunque el hábitat del Bronce Final parece que ya ocuparía “casi toda la superficie del yacimiento (800 x 400 m)”, documentándose tanto en la zona más septentrional (Sector B y corte 24 –entre los sectores A y B), como en las laderas que bajan hacia el río Velillos por el Sur y el Este (sectores F y E, donde se localiza el corte 23) (fig. 13,B) (Molina *et al.*, 1983, p. 690 y 692, fig. 1). Unas dimensiones igualmente importantes debió tener el yacimiento de La Serrecica (Totana, Murcia), un gran cerro amesetado de 1.000 x 400 m, con numerosas estructuras dispersas por toda la meseta –se han localizado 83–, que dominaba la cuenca de la rambla de Lébor y una parte destacada del valle del Guadalentín (Lomba, 1993; *id.*, 1995). Más pequeña es la superficie estimada para otros asentamientos del Sureste como El Cerro del Real (6,5 ha), El Castellar de Librilla (6 ha), Santa Catalina del Monte (c. 6 ha), Cerro Cepero (casi 6 ha), El Sitio del Maestre (5 ha), La Mesa de Fornes (5 ha), Los Saladares (0,3 ha) o Cabezuelos (0,22 ha), aunque tales dimensiones correspondan a las más extensas ocupaciones de la Edad del Hierro. Tamaños similares, no obstante, los encontramos en algunos asentamientos del Bronce Final, como las 4,5 ha de El Peñón de la Reina o las cerca de 4 que cabe suponer, al menos, para el asentamiento del Bronce Final localizado bajo el casco antiguo de Guadix, la antigua *Acci* (Molina y Molina, 1991, 163; Moret, 1996, p. 498, 502, 505, 517; Adroher *et al.*, 2002, p. 127; López Marcos, 2008, p. 289 s., fig. 3; Pachón y Carrasco, 2009, p. 361).

33 No obstante, cada uno de estos ‘grandes centros’ jerarquizaría con toda probabilidad territorios más o menos extensos, como se ha señalado con acierto para el caso del Cerro de la Mora, del que dependerían otros menores, “que desempeñarían distintas funciones (militares, industriales, agrícolas, etc.) complementarias”, algunos, como El Cerro de la Miel, en las inmediaciones del núcleo principal (Carrasco *et al.*, 1987c, p. 15).

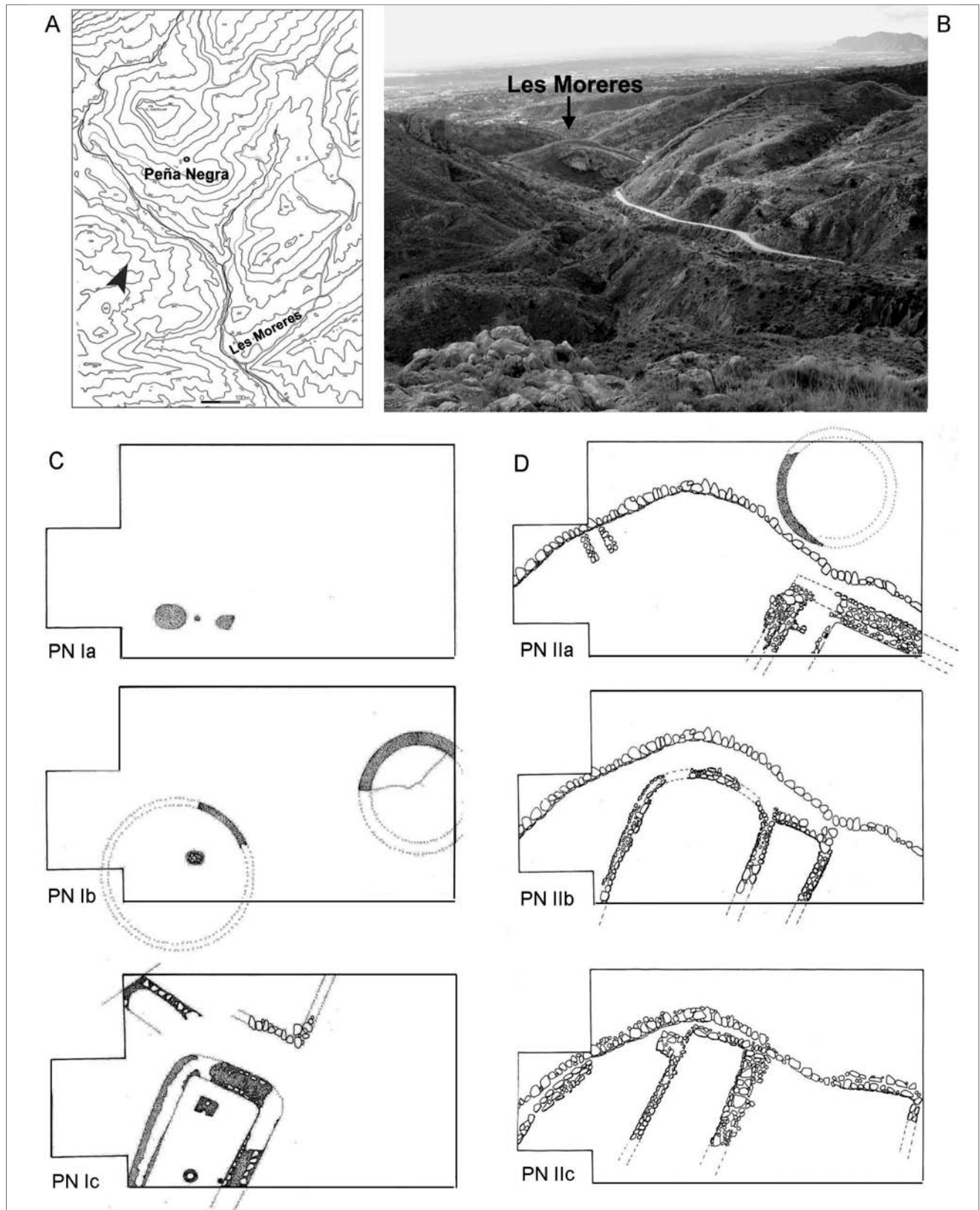


Figura 11. Peña Negra: 1, plano con la localización del poblado (O = sector II, corte E) y la necrópolis de Les Moreres; 2, vista de la necrópolis desde el sector II; 3, fases constructivas de Peña Negra I (850-700 a.C.) y de Peña Negra II (700-550 a.C.) (según GonzálezPrats, 1990).

mente temporales y/o estacionales, que ponen de manifiesto la escasa fijación al territorio de las comunidades de esta zona, que como novedad ocupan la franja litoral de la comarca, prácticamente deshabitada en las etapas precedentes de la Edad del Bronce, aunque no durante el Neolítico y la Edad del Cobre (Cámlich y Martín, dir., 1999; Chávez *et al.*, 2002). Otros territorio, como la comarca granadina de la Puebla de Don Fadrique, parecen haberse desocupado casi por completo durante la etapa que se extiende entre el Bronce Tardío y un momento avanzado del siglo VI a.C. (Adroher y López Marcos, dirs., 2004, p. 113; Lorrio, 2008, p. 409).

1). La información más completa de uno de estos asentamientos de gran entidad la proporciona Peña Negra (fig. 11), en las tierras septentrionales del Sureste (González Prats, 1983; *id.*, 1990). Las excavaciones sistemáticas llevadas a cabo por González Prats desde los años 70 del pasado siglo han documentado un extensísimo yacimiento con una completa secuencia estratigráfica entre los siglos IX y VI a.C., a lo que hay que añadir la excavación de una extensa necrópolis de incineración vinculada al asentamiento, Les Moreres (González Prats, 2002), que permite correlacionar la información funeraria con la procedente del hábitat, algo excepcional en el Sureste. A todo ello se une, además, el poder contar con datos de excavación y prospección del entorno inmediato del yacimiento crevillentino, y, en general, de las tierras de la Vega Baja del Segura y el Bajo Vinalopó, donde destacan los poblados, de mucha menor entidad, de Los Saladares y Caramoro II (*vid. infra*).

El poblado ocupa las laderas orientales y meridionales de un cerro rodeado de amplios escarpes que caen sobre el Barranco de la Rambla, que lo delimita hacia el sur y el oeste, y otro arroyo que hace lo propio hacia el este. Hacia el norte-noroeste se eleva la mole de caliza de El Castellar, desde donde se obtiene una amplia panorámica entre el cabo de Santa Pola y la desembocadura del río Segura (fig. 11,B). Se trata de un asentamiento surgido *ex novo*, sin antecedentes inmediatos en la Sierra de Crevillente, en uso durante un dilatado espacio de tiempo que se extiende desde el Bronce Final Pleno o Peña Negra I, entre los siglos IX y VIII a.C., y el Primer Hierro, ya orientalizante, o Peña Negra II, *ca.* siglo VII y mediados del VI a.C. Es un núcleo de gran relevancia para el que se ha propuesto una extensión de unas 34 ha, que hacen de este enclave un poblado de entidad urbana en época orientalizante, habiendo propuesto González Prats (1993a, p. 181) su identificación con la *Herna* del Periplo de Avieno (vv. 463), ciudad localizada en el lí-

mite septentrional de Tartessos (“*hic terminus quondam stetit Tartesiorum*”). Por los datos publicados parece que durante el Bronce Final las cabañas se distribuirían de forma dispersa por el hábitat, aunque se documenten en todos los sectores ocupados con posterioridad por el poblado orientalizante, lo que da idea de la entidad del asentamiento del final de la Edad del Bronce. Algunas zonas han proporcionado un mayor número de fases constructivas durante esta etapa, como el Sector II, una amplia zona abancalada donde se identificaron tres adscritas al Bronce Final y al menos otras tantas durante la etapa orientalizante (*id.*, 1989; *id.*, 1990, p. 32 s., fig. 3). La existencia de importaciones de diversa procedencia y de un taller metalúrgico para la fabricación de armas, adornos y útiles de tipo atlántico destinados a la exportación, o la aparición de una necrópolis extensa de incineración son algunos de los elementos que dan idea de la entidad de este asentamiento ya desde el Bronce Final, momento para el que cabe defender su carácter protourbano, lo que pone de manifiesto la existencia de comunidades más grandes durante el periodo y son evidencia de un crecimiento demográfico en estas tierras, confirmado por el aumento del número de asentamientos localizados en el hinterland de Peña Negra, lo que supone a su vez un claro proceso de fijación al territorio.

En el entorno inmediato del poblado crevillentino destaca la necrópolis de Les Moreres, localizada a unos 600 m al Sureste del poblado (fig. 11,A-B), al pie del flanco meridional de un pequeño cerro que se yergue sobre el inicio del corto corredor de Les Moreres, enclavado en una zona deprimida (unos 225 m) en relación a las alturas que le rodean, cuya cota máxima (382 m s.n.m.) se alcanza en La Peña Negra, y delimitado al oeste, su vertiente más escarpada, por el cauce del Barranco de la Rambla. A la fase que aquí nos interesa (fase I) el autor adscribe 31 sepulturas, además de 4 probables cenotafios, sin que se indique la existencia de superposiciones que pudieran aclarar la secuencia relativa de los enterramientos durante esta etapa (fig. 3), aunque desde el punto de vista tipológico algunos materiales permiten ajustar la secuencia de uso del cementerio (Lorrio, 2008, p. 435).

Se conocen diversos yacimientos en la llanura litoral a partir de hallazgos aislados y excavaciones de urgencia, como el Camí de Catral, El Boch, La Alcudia o Hacienda Botella, de gran interés para entender el territorio de uno de los ‘grandes centros’ del Sureste (Trelis *et al.*, 2004; Grau y Moratalla, 2001, p. 191 ss.). En el entorno más próximo de Peña Negra destaca el hallazgo de tres moldes de arenisca para la fabricación de espadas, hachas

y varillas de sección circular procedentes de la partida de El Bosch/El Botx, Crevillente (Trelis, 1995), en una zona donde las roturaciones del terreno habían sacado a la luz una mancha de cenizas y molinos barquiformes, lo que plantea la existencia de un pequeño hábitat en llano de carácter agrícola, en el que también se realizarían actividades metalúrgicas, habiéndose propuesto una fecha similar a la de la escombrera de la llamada ‘vivienda metalúrgica’ de Peña Negra, esto es el siglo VIII a.C.<sup>34</sup> En las cercanías del Barranc del Botx, a algo menos de un kilómetro del lugar de hallazgo de los bronce, se excavó una estructura negativa amortizada como basurero que cabe relacionar con la existencia en las proximidades de un asentamiento de carácter agropecuario, contemporáneo del núcleo de Peña Negra I, como confirma la presencia de cebada vestida, al tiempo que el esparto se ha relacionado con la fabricación de utensilios de cestería; los restos de fauna confirman la existencia de ovicápridos y bóvidos, pero también de especies salvajes como el ciervo (García *et al.*, 2007). Además, se conocen otros hallazgos en la zona, para los que se ha propuesto una cronología entre el Bronce Tardío y la fase inicial del Bronce Final, destacando la identificación en l’Arquet-Raval-el Botx de una cabaña de importantes dimensiones excavada en el suelo geológico (Trelis *et al.*, 2004, p. 321 s.; Trelis, 2004, p. 45).

Mayor interés tiene el poblado de Los Saladares, Orihuela, un asentamiento de pequeñas dimensiones que ocupaba la ladera de menor pendiente de un pequeño cabezo localizado en la margen derecha del río Segura, a unos 30 km de su desembocadura (Arteaga y Serna, 1975; *id.*, 1979-80; Arteaga, 1982). Presenta una completa secuencia estratigráfica que abarca entre un momento avanzado del Bronce Final Pleno y el desarrollo de la cultura ibérica, de gran interés al permitir documentar el proceso de transformación de una comunidad indígena ante el impacto colonial, marcado por la fundación hacia mediados del siglo VIII a.C. de la “ciudad portuaria” fenicia de la Fonteta, en la actual desembocadura del río Segura (González Prats, 2011; *vid.* igualmente, Rouillard

34 González Prats (1992, p. 251) ha destacado la ausencia en Peña Negra de los característicos elementos líticos de hoz, tan habituales en otros yacimientos del Sureste, lo que relaciona con el hallazgo en la escombrera citada de posibles moldes para la realización de hoces metálicas, aunque probablemente debería interpretarse como una constatación del carácter de lugar central que ostentaría Peña Negra y la clara jerarquización del hábitat que parece documentarse en las tierras del sur alicantino, pues la presencia de piezas dentadas de hoz está perfectamente constatada en los asentamientos del entorno del yacimiento crevillentino.

*et al.*, 2007).

Un tipo de asentamiento diferente sería el de Caramoro II, Elche, en la margen izquierda del Vinalopó, pues es el único de la zona y uno de los pocos de todo el Sureste que presenta evidencias de fortificación (*vid. supra*)<sup>35</sup>. El yacimiento ocupa una lengua amesetada, en la margen izquierda del Vinalopó, más abrupto su lado oeste, sobre el cauce del río, que los restantes, delimitados a su vez por sendas ramblas. Ha sido objeto de dos campañas de urgencia en los años 1988 (González Prats y Ruiz Segura, 1992) y 2006 (García *et al.*, 2010), con resultados en gran medida coincidentes, aunque los equipos difieran en su datación. Para González Prats y Ruiz Segura, Caramoro II, que fechan *ca.* siglos IX-VIII a.C., se relacionaría con la importante vía de comunicación del corredor del Vinalopó y el carácter fronterizo que habría ejercido desde época calcolítica y durante el Bronce Argárico –en sus inmediaciones se localiza Caramoro I, un fortín de época argárica–, y que se mantendría plenamente vigente durante el Bronce Final (González Prats y Ruiz Segura, 1992, p. 25)<sup>36</sup>.

35 La excavación de González Prats y Ruiz Segura ofrecieron una interesante documentación sobre el sistema defensivo del poblado. Muchos menos datos se obtuvieron sobre las estructuras de habitación, reduciéndose a fragmentos de enlucido de barro con improntas de cañas y ramaje (corte 1) y restos de un hogar (corte 2). Del material recuperado, junto a cerámicas groseras de cocina, decoradas con cordones y digitaciones y otras más finas, destacan las cerámicas acanaladas y un ejemplar con decoración de botones metálicos incrustados. La presencia de molinos de mano y dientes de hoz confirman la realización de actividades agrícolas en el asentamiento.

36 La reexcavación del yacimiento con motivo de la realización de la autovía A7 ha venido a confirmar algunos de los aspectos señalados por González Prats y Ruiz Segura, destacando la presencia de materiales de clara filiación con los Campos de Urnas del Noreste, con los que relacionan el hallazgo de una posible cremación en urna de un individuo infantil (fig. 8,B), cuya presencia en el interior del asentamiento resulta claramente anómala, junto a otros minoritarios que remiten a influjos meridionales, aunque los excavadores consideran la ocupación de Caramoro II algo anterior a la propuesta inicialmente, considerando más adecuado encuadrarla en los siglos XI-IX a.C., lo que desvincularía el yacimiento de cualquier relación con Peña Negra, en general más moderno (García *et al.*, 2010, p. 62), y por lo tanto del modelo de control territorial ejercido desde el núcleo crevillentino (González Prats y Ruiz Segura, 1992, p. 25; Grau y Moratalla, 2001, p. 193). No obstante, la muralla de Caramoro II presenta una técnica constructiva que debe relacionarse, como han destacado González Prats y Ruiz Segura (1992, p. 23), con las registradas en diversas construcciones del Bronce Final del Sureste, como la muralla del Cerro de Cabezuelos, en Úbeda, Jaén (Contreras, 1982), también fechada en el Bronce Final (*ca.* siglo VIII a.C.) o ambientes domésticos, con ejemplos en Peña Negra (González Prats, 1990, p. 34 y 38), El Peñón de la Reina (Martínez y Botella, 1980) o El Cerro de Cabezuelos (Molina *et al.*, 1978 y 1979), conjuntos para los que se han propuesto cronologías del siglo VIII a.C.



2). También en las tierras murcianas y almerienses contamos con núcleos destacados, como El Sitio del Maestre, en Jumilla, El Castellar, en Librilla o El Peñón de la Reina, en Alboloduy, pudiendo añadir otros, como Santa Catalina del Monte, Verdolay, dada su “estratégica posición geoeconómica”, que explicaría su ocupación continuada desde el Calcolítico a época medieval (Ros, 1986-87, p. 78), La Serrecica, Totana, de notables dimensiones (*vid. supra*), o, El Cerrón, un imponente *oppidum* ibérico localizado en el Campo de Dalías, cuyo origen se remonta al Bronce Final (Cara, 1999, p. 120; Cano, 2006-2007, p. 24), aunque sólo del citado en primer lugar, un poblado de gran extensión, aun sin excavar, conocemos la localización y características del que cabe interpretar como lugar de enterramiento de la comunidad, la necrópolis del Collado y Pinar de Santa Ana (*vid. supra*), que ha proporcionado un buen número de estructuras tumulares, cuya cronología se extiende entre un momento avanzado del Bronce Final y el Hierro Antiguo (Hernández y Gil, 2004, p. 447), aunque haya noticias sobre el posible uso funerario de antiguos abrigo de enterramiento de la zona, como el de la Cueva de los Hermanillos nº 1, también en Jumilla (*vid. supra*)<sup>37</sup>. Del resto, cabe mencionar el hallazgo en el interior del poblado del Peñón de la Reina de una posible cremación en una cista localizada junto a la muralla (fig. 8,A), atribuida al Horizonte III, fechado *ca.* siglo VIII a.C., aunque se haya señalado, al menos para el Horizonte II, asimilable a una etapa inicial de la Edad del Bronce, la posible utilización de los numerosos abrigos localizados en las laderas meridional y occidental del cerro, pues existen noticias sobre el hallazgo de esqueletos, aunque las prospecciones no han proporcionado resto alguno (Martínez y Botella, 1980, p. 286).

Junto a ellos, estarían esos ‘asentamientos menores’ a los que refería González Prats que, como ocurre en la almeriense Cuenca de Vera, constituyen el único tipo de hábitat identificado en la zona durante el periodo, lo que plantea interesantes reflexiones al sugerir un modelo de poblamiento claramente diferente al registrado en otros territorios del Sureste (fig. 12). La información funeraria disponible para esta zona no desentona en absoluto con las características de tales asentamientos, pues encontramos pequeñas necrópolis o sepulturas aisladas de tipo

megalítico con enterramientos colectivos no muy numerosos. La ubicación de algunas de estos enterramientos en las tierras bajas del litoral almeriense y murciano podría sugerir su relación, como señalan Castro *et al.* (1996: 175), con “nuevos establecimientos, probablemente pequeñas aldeas que coexistirían con poblados en cerro”, tratándose de un poblamiento de tipo disperso, caracterizado por pequeños enclaves “conectados directa o indirectamente con pequeñas necrópolis de incineración en urnas” y por la posible reutilización de antiguos sepulcros calcolíticos (*ibid.*, p. 191). Los datos sobre los sepulcros colectivos almerienses apuntan a que su uso no habría superado las tres generaciones (*ca.* 75 años) –sólo Los Caporchanes y Cañada Flores 1 parecen haber rebasado el siglo de existencia–, y en muchos casos en torno al medio siglo, con un número variable de tumbas, que no probablemente no superara los 15 individuos, lo que sugiere comunidades de pequeño tamaño, hasta época colonial en la Cuenca de Vera, y aun después en los restantes territorios. Tampoco parecen haber tenido una ocupación más prolongada las pequeñas agrupaciones de tumbas de incineración, limitándose a una o, a lo sumo, dos generaciones, habiendo albergado, todo lo más, una decena de individuos.

Las prospecciones sistemáticas llevadas a cabo en la Cuenca de Vera permiten analizar en detalle los diferentes modelos de organización del poblamiento y su evolución desde el Bronce Tardío al Primer Hierro en esta comarca almeriense. Tales trabajos (Cámlich y Martín, dir., 1999, p. 155 s. y 349 s.; Chávez *et al.*, 2002, p. 73 ss.) ponen de manifiesto la baja densidad de poblados durante el Bronce Final en comparación con los momentos precedentes del Calcolítico o el Bronce Antiguo y Pleno<sup>38</sup>, lo que implicaría que hacia los momentos finales de la Edad del Bronce, antes de la llegada de los fenicios

37 Queda por interpretar la relación entre este asentamiento y los hallazgos del Bronce Final de Coimbra del Barranco Ancho, localizados en el mismo Pico del Maeste, aunque en su vertiente NO, que incluyen una posible muralla, atribuidos al Bronce Final Pleno (Ros, 1990; García Cano, 1997, p. 81 s.; Hernández y Gil, 2004, p. 447).

38 En su mayoría se trata de yacimientos conocidos a partir de las prospecciones que se han venido desarrollando en las últimas décadas, lo que condiciona nuestro conocimiento sobre los mismos y dificulta relacionarlos con la información funeraria disponible. Además, deben tenerse en cuenta algunos yacimientos explorados por Siret, cuyos materiales habían permanecido inéditos en su mayoría (Lorrio, 2008, p. 313 ss. y 396 ss.). La información más relevante procede de Gatas (Torre), aunque en este caso se desconozca la localización de cualquier enterramientos que pudiera ser relacionado con él. El poblado de Gatas fue dado a conocer por los trabajos de los Siret (1890, p. 209-225), aunque serían las excavaciones de Castro *et al.* (1999) las que proporcionarían restos materiales atribuidos al Bronce Final I en las laderas media y sur del cerro (Fase VI), tratándose de contextos poco representativos, sin restos articulados de estructuras de habitación, que abarcarían un periodo fechado entre 1300-1000 cal. a.C. (*ibid.*, p. 234 ss., fig. 154).

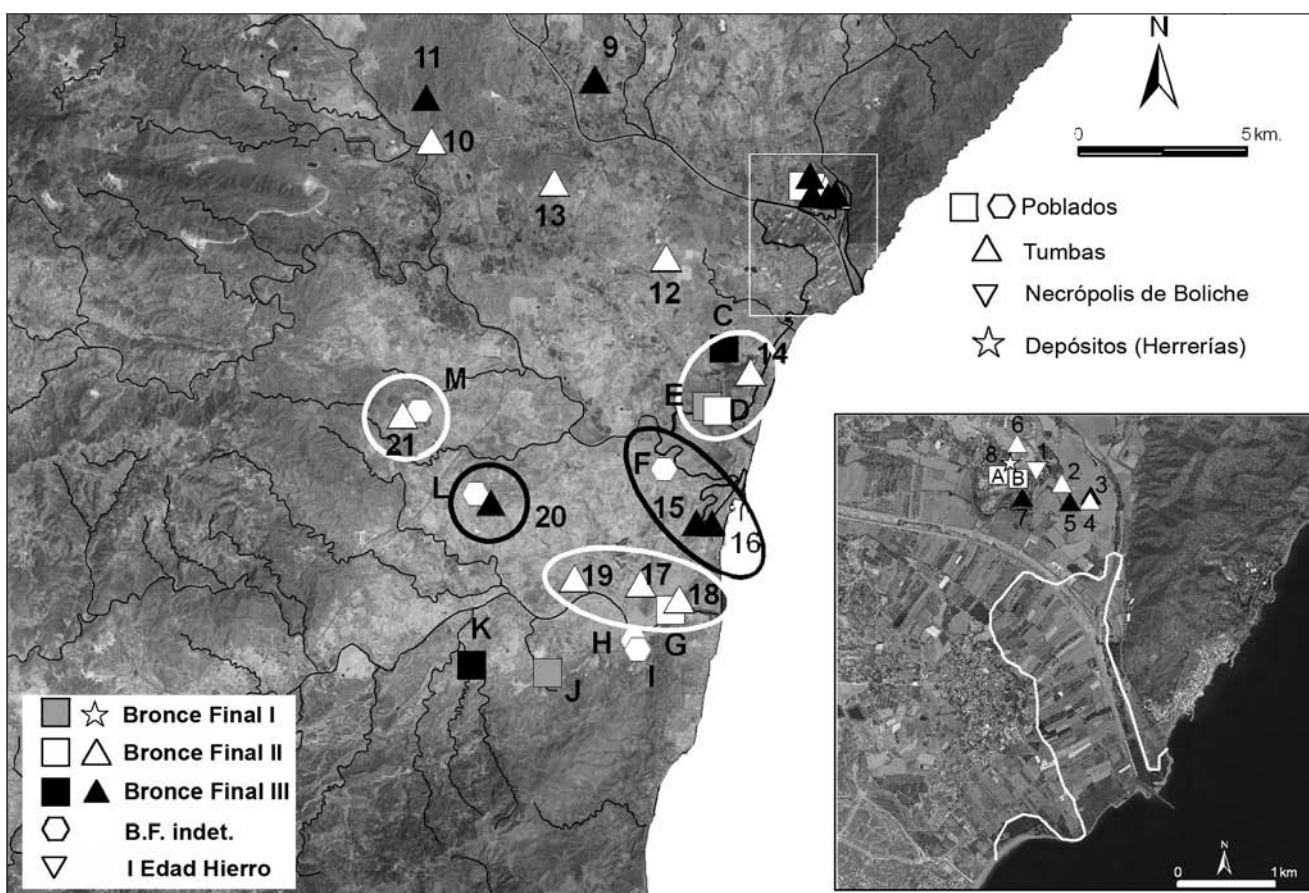


Figura 12. Poblamiento y mundo funerario en la Cuenca de Vera durante el Bronce Final (Fases I-III), con indicación de las posibles relaciones entre hábitats y sepulturas. Poblados: A, Loma del Boliche-Puerto Rico; B, Loma del Boliche-Solana; C, El Llano de la Espesura; D, El Pajarraco; E, Cabecicos Negros; F, Hoya del Pozo de Taray 3; G, Cabezo de Cuartillas; H, Las Pilas/Huerta Seca; I, Castillo de Mojácar; J, Gatas; K, Cortijo de la Cueva Sucia; L, Albolucas; M, Garrapaucha. Enterramientos: 2-4, La Encantada 1, 3 y 4; 5, Llano de la Era; 6, Loma del Barranco de la Unión; 7, Herrerías s/n; 9, Campos; 10, Barranco Hondo; 11, Ballabona 1 y 2; 12, Loma de La Gorriquiá; 13, Cabezo Colorado; 14, Loma de Los Caporchanes; 15, Cañada Flores 1; 16, Cañada Flores 2; 17, Caldero de Mojácar; 18, Loma del Campo de Mojácar 4; 19, Loma de Las Alparatas; 20, Loma de Albolucas; 21, Qurénima. Los datos de poblamiento a partir de Chávez *et al.* 2002 y Colección Siret (según Lorrio, 2008).

a la desembocadura del Almanzora, el poblamiento se había reducido considerablemente<sup>39</sup>. Como han indicado Cálalich, Martín, Chávez y González (Cálalich y Martín, dir., 1999, p. 155 y 349; Chávez *et al.*, 2002, p. 76), este fenómeno, que habría que retrotraer al tránsito del II al I milenio, vino a poner fin definitivamente al patrón argárico de poblamiento, siendo indicador de la profunda transformación socioeconómica que afectó al Sureste, poniéndose de manifiesto con el abandono de los principales núcleos argáricos de la zona, que, en El Argar, Fuente Álamo o El Oficio, se produce durante el Bronce

Tardío<sup>40</sup>, o, algo después, en Gatas, en la transición del II al I milenio. Se habría producido un traslado de población desde los antiguos asentamientos argáricos, que ocupaban cerros aislados a los pies de las sierras, hacia la costa, ocupándose ahora pequeñas lomas o mesetas bajas, con alturas de entre 15 a 30 m s.n.m.<sup>41</sup>, estableciéndose

40 No obstante, en Fuente Álamo hallazgos aislados de la cima y, sobre todo, de la zona al pie de la ladera sur del cerro han llevado a Schubart (2000, p. 59) a sugerir la posibilidad de un hábitat residual en esta zona durante el Bronce Final.

41 Aunque de algunos de estos poblados disponemos de información sobre su superficie, las frecuentes reocupaciones del lugar impiden, con los datos publicados, abordar la extensión de los asentamientos del Bronce Final en la zona (Chávez *et al.*, 2002, p. 185 ss.; Lorrio, 2008, p. 396 ss.). Las únicas noticias sobre posibles restos de estructuras habitacionales –posiblemente cabañas circulares u ovals, como las documentadas en otras zonas del Sureste mejor conocidas– se reducen a las aportadas por Siret, difíciles de contrastar (Lorrio, 2008, p. 398 ss.).

39 Esto mismo se ha señalado en el entorno del río Aguas, pues entre los periodos postargárico y fenicio-púnico los asentamientos localizados al sur del río, entre los que se encuentra Gatas, serían abandonados (Chapman *et al.*, 1998, p. 69).

los nuevos asentamientos junto a las desembocaduras de las tres cuencas fluviales de la depresión de Vera, lo que supone un cambio en la ocupación del territorio. La correlación entre los datos que poseemos de los hábitats, realmente escasos, y los de los lugares de enterramiento, más abundantes pero también parciales (Lorrio, 2008, p. 77 ss.), nos permite imaginar pequeños asentamientos de carácter poco estable, posiblemente temporales y/o estacionales, que parecen sugerir una escasa fijación al territorio, lo que unido a la baja demografía explicarían la ausencia durante el Bronce Final de necrópolis integradas por un número importante de sepulturas en estas zonas del Noreste almeriense, un panorama por otro lado no muy diferente del que debió registrarse en otros territorios del Sureste, como el Campo de Tabernas o el valle medio y bajo del Andarax, en Almería, o los ríos de Gor y Fardes, en Granada (*ibid.*, p. 406 ss., fig. 213).

3). Por lo que respecta a la provincia de Granada, la información resulta dispar, pues si por un lado tenemos un número importante de reutilizaciones megalíticas durante el Bronce Final en los ríos de Gor y Fardes y una escasa información sobre los lugares de habitación relacionados (Lorrio, 2008, p. 408, fig. 214), por otro contamos con destacados asentamientos en la Comarca de Huéscar, la Hoya de Guadix-Baza o la Vega de Granada sin apenas datos sobre las manifestaciones funerarias de los grupos allí asentados.

En la Comarca de Huéscar asistimos durante el Bronce Final a la aparición de nuevos asentamientos que ocupan cerros hasta el momento desocupados, como el Cerro del Real, en Galera, la antigua *Tutugi*, del que únicamente contamos con la información de las excavaciones realizadas en 1962 y 1964 por M. Pellicer y W. Schüle (1962 y 1966), que proporcionaron una completa secuencia que arranca del Bronce Final y llega hasta época romana. El poblado ocupaba un espolón amesetado que se alza sobre la margen izquierda del río Galera, próximo a su confluencia con el Huéscar, habiéndose propuesto una superficie para el *oppidum* ibérico de unas 6,5 ha (Adroher *et al.*, 2002, p. 97). Las prospecciones sistemáticas en los valles de los ríos Huéscar y Galera (Fresneda *et al.*, 1991; *id.*, 1993) han permitido conocer el poblamiento durante el Bronce Final, que se reduce a dos asentamientos: el Castellón de Enmedio, con ocupación previa durante el Bronce Argárico, y el Cerro del Real, de nueva fundación, que dominaría las ricas tierras de vega que se extienden hacia el norte del río Galera (Rodríguez-Ariza y Guillén, 2007, p. 77 s.), panorama que contrasta abiertamente con el anterior de

época argárica<sup>42</sup>. Falta cualquier información sobre las manifestaciones funerarias del momento, aunque podemos suponer que serían muy distintas de las registradas en zonas próximas.

Menos información poseemos de la Hoya de Baza (fig. 13,A), habiéndose señalado la posibilidad de identificar un nivel del Bronce Final en el Cerro Cepero, el *oppidum* de *Basti*, por algunos materiales descontextualizados, así como la existencia, a partir de trabajos de prospección, de diversos asentamientos localizados sobre promontorios, en ocasiones muy escarpados, en las proximidades de las vegas de los ríos, algunos con continuidad en época ibérica (Caballero, 2008, p. 302, 311, fig. 12; Adroher, comunicación personal). Por lo que se refiere a los datos funerarios, la excavación de la necrópolis ibérica de Baza permitió identificar dos sepulturas de inhumación colectiva en fosa (Presedo, 1982, p. 59, fig. 32, lám. VI), localizadas muy próximas entre sí, aunque a mayor profundidad que la que ofrecen los conjuntos de la Edad del Hierro. Se trata de las tumbas 32 y 33 cuyos ajuares estaban integrados por brazaletes ovales, todos lisos, materiales que cabe adscribir al Bronce Final III, y para los que Pereira *et al.* (2001, p. 251 s., figs. 4 y 10) proponen una fecha entre el 750-700 a.C.; también, se recuperaron un conjunto de otros seis brazaletes ovales, y parte de otro, sin contexto, al parecer hallazgos de superficie, que pudieran proceder de alguna tumba destruida, contemporánea de las citadas (Lorrio, 2008, p. 421, Fig. 161,A-B y 228). Además, hay noticias de una tumba de incineración aparecida en la “zona de Baza” (Sánchez Quirante, comunicación personal), integrada por tres fuentes grises de carena media, a torno (Adroher, 2008, fig. 16), una fíbula de doble resorte de puente filiforme y un punzón de hierro de sección cuadrada con cabeza circular de bronce, lo que permite fecharla *ca.* siglo VII-inicios del VI a.C. (Lorrio, 2008, p. 450)<sup>43</sup>.

Escenarios no muy diferentes por lo que a los patrones de poblamiento se refiere debieron plasmarse

42 Además cabe destacar la excavación de un asentamiento del Primer Hierro junto a la laguna de Fuencaliente de Huéscar (Rodríguez-Ariza *et al.*, 2001) que proporciona información sobre el momento inmediato al que aquí nos interesa.

43 En esta zona se ha planteado un posible uso funerario para el Cortijo del Hospital 2, a partir del hallazgo de materiales cerámicos a mano recuperados al abrir una zanja para una conducción hidráulica, dado su bajo índice de erosión y su proximidad al poblado del Bronce Final del Cortijo del Hospital 1, localizado en un espolón sobre la vega del río Baza, a unos 100 m hacia el Este (A. Adroher, comunicación personal).



en zonas próximas, como la Hoya de Guadix, donde se han identificado algunos asentamientos en lomas o cerros más o menos destacados, además de numerosas reutilizaciones megalíticas en los ríos de Gor y Fardes (Adroher *et al.*, 1993-94; González *et al.*, 1995b; Lorrio, 2008, p. 165 ss. y 408). El núcleo de mayor entidad se ha localizado bajo el casco antiguo de la ciudad de Guadix, solar del *oppidum* ibérico y colonia romana de *Acci*, un importante asentamiento del Bronce Final con restos atribuidos a su fase inicial, así como otros más recientes ya de la fase plena del periodo, la de mayor extensión, pues la dispersión de los hallazgos se acerca a las 4 ha, con la que cabe relacionar los restos de lo que se ha interpretado como un taller metalúrgico fechado hacia el siglo IX cal. a.C., o, todo lo más, finales del X a.C., situándose el final de esta ocupación entre finales del siglo IX y mediados del VIII a.C. (González *et al.*, 1995a; Carrasco *et al.*, 2002; López Marcos, 2008, p. 289 s., fig. 3)<sup>44</sup>.

La Vega de Granada es una de las zonas clásicas en el estudio del Bronce Final del Sureste. En ocasiones, los nuevos núcleos de población ocupan los asentamientos abandonados del Bronce Argárico, como sería el caso del Cerro de la Encina (Arribas *et al.*, 1974; Aranda, 2001) o la Cuesta de los Chinos (Fresneda y Rodríguez, 1980; Fresneda *et al.*, 1985), reocupados tras su abandono durante varios siglos, el Cerro de los Infantes (fig. 13,B) (Mendoza *et al.*, 1981; Molina *et al.*, 1983), con ocupaciones precedentes de época calcolítica y del Bronce Pleno, el Cerro de la Mora, con un claro hiatus respecto a las ocupaciones precedentes, que los excavadores sitúan en un momento avanzado del Bronce argárico, cuando no en el Bronce Tardío (Carrasco *et al.*, 1987b, p. 356), etc. Como señalara Molina (1983, p. 108), “*se tiende ahora a la ocupación de mesetas y laderas más bajas y mejor comunicadas con las vías naturales que conectan los diversos territorios, sin que el emplazamiento quede condicionado por las necesidades defensivas tan tenidas en cuenta por la estrategia argárica*”, lo que explica las nuevas fundaciones y la reocupación selectiva de los antiguos núcleos del Bronce Pleno. Además “los nuevos intereses económicos” motivan los cambios que pueden percibirse en la zona, “*donde adquieren mayor entidad aquellos poblados que controlan las vías naturales que*

*enlazan con el Alto Guadalquivir, como por ejemplo el Cerro de los Infantes que se eleva sobre el río Velillos*”, pero también El Albaicín o El Cerro de la Mora, “*quedando relegados a un nivel secundario aquellos otros como el Cerro de la Encina, que, aunque florecientes en los anteriores periodos de la Edad del Bronce, quedan desplazados de las rutas de mayor importancia comercial*”, pues hay que recordar que durante este periodo, el Guadalquivir sería “*una importante vía de penetración para los intereses tartésicos, que se canalizan a través de fuertes vínculos comerciales con las poblaciones de la Alta Andalucía y el Sureste*” (*ibid.*, p. 109). En la actualidad contamos con un número importante de yacimientos adscritos al Bronce Final en la zona (Fresneda *et al.*, 1985, 260; Adroher *et al.*, 2002, p. 124 ss.; Pachón, 2008, figs. 2 y 3; etc.), algunos de gran entidad y con continuidad durante la Edad del Hierro e incluso después, aunque hasta la fecha se desconozcan sus cementerios<sup>45</sup>, contando únicamente con las noticias sobre la posible reutilización funeraria de antiguas cuevas sepulcrales en la zona (*vid. supra*) (Lorrio, 2008, p. 444 ss.).

## VI. AJUARES FUNERARIOS Y SOCIEDAD

La aproximación a la estructura social de las comunidades del pasado a través de la documentación funeraria es una práctica habitual. Es de suponer que las variadas costumbres que coexistieron en el Sureste durante el Bronce Final pudieran traslucir diferencias en la estructura social de las comunidades de la zona; así parecen sugerirlo los diferentes rituales identificados o los espacios funerarios tan dispares, desde cementerios con tumbas individuales o, a lo sumo, dobles, con los restos del cadáver cremado depositado dentro de una urna, hasta sepulturas colectivas en el interior de megalitos, generalmente de inhumación aunque no falten los rituales mixtos, o las inhumaciones en cuevas (*vid. supra*).

45 Como hemos señalado, no han podido confirmarse los datos sobre los posibles “enterramientos secundarios infantiles” en el Cerro de la Mora (Carrasco *et al.*, 1987c, p. 98) –agradecemos a Javier Carrasco las noticias sobre el particular–. Se ha señalado la posibilidad de que el Cerro de las Agujetas (fig. 13,B) pudiera albergar evidencias funerarias “correspondientes a los momentos más antiguos del Hierro” del poblado del Cerro de los Infantes (Pachón *et al.*, 1979, p. 325 y 329), localizado justo enfrente, en la margen contraria del río Velillos, hasta la fecha no confirmadas, aunque la presencia de materiales del Bronce Final permita relacionar ambos lugares, algo por otro lado bien documentado en la zona, como confirma el caso del Cerro de la Mora y El Cerro de la Miel, dos poblados de dispar entidad separados por tan sólo 200 m (Carrasco *et al.*, 1987c, p. 10 ss.).

44 El asentamiento ibérico se remonta a mediados del siglo VII, configurándose durante el Ibérico Pleno como el más destacado *oppidum* de la zona, habiéndose constatado su continuidad hasta época romana (López Marcos, 2008, p. 291 ss.).



Las características de los ajuares, además del número y variedad de objetos que los integran, permiten igualmente hacer una lectura en clave social, aunque el ritual funerario elegido pueda haber determinado la presencia o ausencia de determinados objetos, lo que podría haber ocurrido con los recipientes cerámicos, relacionados en muchos casos con la adopción del ritual incinerador. Las sepulturas ponen de manifiesto novedades en la vajilla cerámica y en sus técnicas y motivos decorativos, un elemento habitual en muchas de las tumbas estudiadas, destacando la presencia de urnas y tapaderas en todas las sepulturas de incineración que, ya aisladas o formando pequeñas necrópolis, se documentan en las tierras del sur de Murcia y el Bajo Almazora, siendo frecuentes también –a veces junto a vasos de ofrendas– en las tumbas de esta zona donde enterramientos de incineración comparten el espacio funerario con inhumaciones, rarificándose según nos alejamos de estos territorios, hasta el punto de faltar en muchas de las sepulturas localizadas en el centro y occidente de Almería y en la mayoría de las estudiadas en la provincia de Granada, lo que posiblemente deba relacionarse con la escasa implantación en la zona del ritual incinerador. Nuevos elementos de adorno hacen también ahora su aparición, como los frecuentes brazaletes, con o sin decoración, los anillos, las anillas, los eslabones, los aretes y alguna tobillera y un torques, todo ello de bronce, además de una relativa variedad de cuentas de collar (de bronce, con diferentes tipos, de caliza, de cornalina, de pasta vítrea o, incluso, de ámbar) que formarían parte de collares complejos con varias filas, como confirman los distribuidores de hueso recuperados. No faltan broches de cinturón, fíbulas o botones de bronce, objetos de carácter ornamental y funcional en relación con nuevas modas en la vestimenta, así como alguna posible herramienta y unas pocas armas.

Se trata en muchos casos de objetos que por su rareza y significado tendrían un valor excepcional, como ocurre con el torques, las fíbulas, los broches de cinturón, las armas, etc., lo que cabe hacer extensible a los brazaletes decorados o a las cuentas de cornalina, con muy pocos ejemplos en cada caso, o con los objetos de plata, que se reducen a un arete de Pozos del Marchantillo, en Almería, y a unas cuentas del Llano de la Teja 18, en Granada. A menudo son objetos de procedencia foránea, cuyo hallazgo confirma la existencia de redes de intercambio a través de los corredores naturales del Sureste, que permitirían la llegada de influjos de diversa procedencia y entidad (continental, atlántica, mediterránea y del ámbito tartésico de la Baja Andalucía).

La simple cuantificación de los objetos que integran los ajuares y de sus tipos es uno de los criterios más sencillos para abordar el análisis de la ‘riqueza’ de las sepulturas y ordenarlas socialmente, aunque en el caso del Bronce Final del Sureste presente importantes problemas debido al carácter colectivo que a menudo ofrecen estas sepulturas y a su deficiente registro arqueológico en la mayoría de los casos, que impide individualizar ajuares personales, por lo que no siempre es posible discriminar entre sepulcros colectivos que albergaron tumbas individuales con ajuares destacados, como el caso de Domingo 1, y sepulcros con igual o mayor número de enterramientos pero con ajuares más isónomos. No obstante, este método permite comparar los diferentes conjuntos estudiados y por tanto observar ‘tendencias’ entre los diferentes grupos, siendo buen ejemplo de ello los conjuntos de la Cuenca de Vera y de los ríos de Gor-Fardes (Lorrio, 2008, p. 413 ss.) (fig. 14). Así, se han podido identificar ciertas disimetrías, a veces muy marcadas, en la ‘riqueza’ acumulada no ya en sepulcros diferentes sino incluso entre los individuos enterrados en un mismo monumento, como ejemplifican magníficamente dos sepulcros dolménicos del noreste granadino: Domingo 1 y el Llano de la Sabina 99, adscritos a las fases II y IIIA, respectivamente, al tiempo que se evidencia un variado comportamiento entre los diferentes territorios analizados. La mayor concentración de objetos por tumba se registra en los megalitos reutilizados de los ríos de Gor y Fardes (Granada), donde nos encontramos con los dos enterramientos que ofrecen mayor cantidad de artefactos de todo el Bronce Final del Sureste, Domingo 1, con una treintena de objetos, y el Llano de la Sabina 99, con casi medio centenar, aunque bien es cierto que el resto de las sepulturas de la zona no atesoran más de 5 objetos. Un panorama algo distinto se aprecia en las tierras almerienses del Campo de Tabernas y el Bajo Andarax, pues sólo en un caso se superan los 10 objetos por monumento (Huéchar 4), aunque Los Millares 33 tendría 9. Diferente también es el caso de los enterramientos de la Cuenca de Vera, donde un buen número de tumbas presentan más de 10 elementos, superándose incluso los 30 objetos en Caldero de Mojácar, lo que supone que en esta zona, en concreto en los tramos inferiores de los ríos Aguas y Antas, es donde se documentan los ajuares más importantes, en cantidad y calidad, y más variados del Sureste, con la excepción de las dos tumbas granadinas citadas, aunque la existencia de rituales mixtos de inhumación / incineración en un mismo sepulcro haga que sea relativamente abundante la presencia de

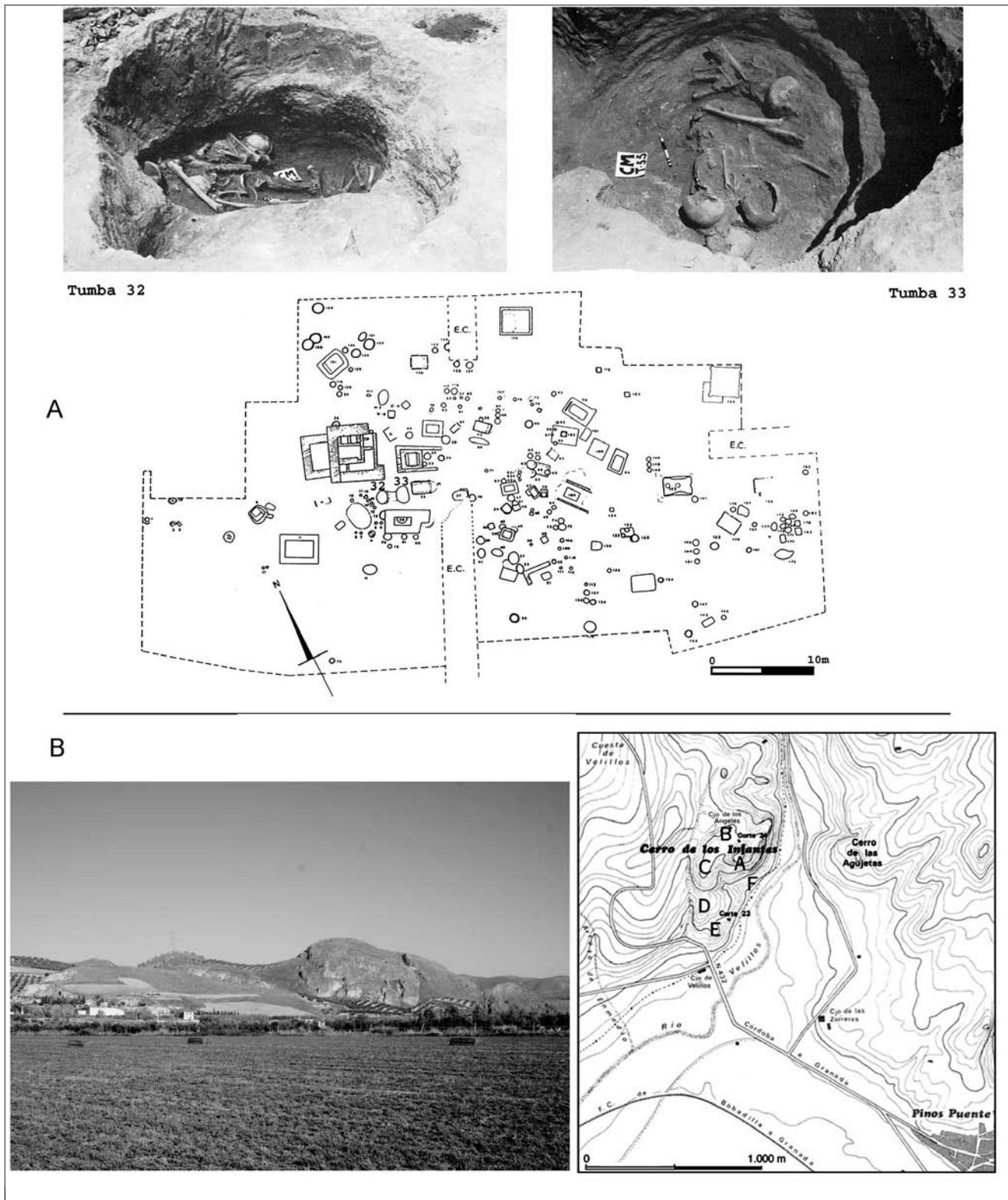


Figura 13. A Planta de la necrópolis ibérica de Baza y detalle de las tumbas 32 y 33 del Bronce Final (según Presedo, 1982). B, Vista desde el SE y situación del oppidum del Cerro de los Infantes (según Mendoza *et al.*, 1981; foto A.M. Adroher).

objetos cerámicos en esta zona, lo que contrasta con la información procedente de las sepulturas documentadas en el resto del ámbito almeriense o en la provincia de Granada, dificultando por tanto las comparaciones entre todos estos territorios.

Parece, por tanto, que el ritual funerario habría condicionado el tipo de ajuar depositado en las sepulturas, lo que es evidente en el caso de los recipientes cerámicos, poco habituales cuando no por completo ausentes en los enterramientos de inhumación, y menos claro por lo que respecta a los elementos de adorno, generalmente metálicos, a pesar de los datos aportados por Flores o los Siret, que coinciden en señalar su aparente ausencia o escasez en las pequeñas necrópolis, aunque la reducida muestra con la que trabajamos no permita sacar mayores conclusiones sobre el particular, sobre todo si tenemos en cuenta que la necrópolis de incineración de Les Moreres presenta ajuares muy similares a los identificados en el resto de los conjuntos funerarios del Sureste, incluidos los típicos elementos de adorno características de las inhumaciones almerienses y granadinas, aunque ninguna de las tumbas del cementerio crevillentino, ni incluso las de época orientalizante, llegue a acumular un número importante de objetos (González Prats, 2002).

A este respecto, González Prats (2010, p. 233) ha llamado la atención sobre la “*falta de correspondencia con la riqueza de la cultura material hallada en el mundo de los vivos que apenas se traspasa al mundo funerario*” en el caso de Peña Negra / Les Moreres, probablemente porque “*el status del difunto no viniera denotado sólo por el ajuar sino por el preciso lugar que ocupa en la necrópolis y por el tipo de estructura funeraria*”. No obstante, como hemos señalado, algunas sepulturas excepcionales del Sureste confirman la existencia de elites locales capaces de acumular más objetos (*v. gr.* los numerosos brazaletes del personaje enterrado en Domingo 1), o de adquirir piezas excepcionales, como las cuentas de cornalina o, quizás también, de ámbar, de las que se conocen unos pocos ejemplos, el torques del Llano de la Sabina 99, las escasas armas documentadas o los objetos relacionados con la introducción de nuevas prendas de vestir y posiblemente también nuevos tejidos (fíbulas, broches de cinturón o botones). Tales objetos constituirían una forma de diferenciación de estas elites respecto a los miembros de sus comunidades –elites que controlarían los recursos agropecuarios, la actividad metalúrgica y las rutas de circulación de personas y mercancías–, como demuestra el que, a pesar de tratarse de tumbas colectivas, no suela aparecer más de un ejemplar de los

objetos más ‘costosos’ en cada sepulcro<sup>46</sup>. La preferencia por las piezas realizadas en bronce y, excepcionalmente, en plata, sugiere el alto valor que el metal pudo tener en estas comunidades aunque su papel en las sepulturas tenga una lectura más simbólica que económica<sup>47</sup>. En este contexto, la metalurgia, controlada por elites locales, sería una actividad esencial, al proporcionar elementos de estatus, como los adornos o las escasas armas identificadas, como confirma la preferencia por incorporar objetos metálicos a los ajuares de estas tumbas, en muchas ocasiones piezas de fabricación regional<sup>48</sup>, aunque otras, como el torques del Llano de la Sabina 99 o la pieza bi-metálica de La Encantada 4, cuya fabricación implica una elevada especialización (Montero, 2008, p. 504), podrían ser posiblemente de procedencia foránea. La existencia de redes de intercambio interregional cuenta con abundantes ejemplos en el Sureste (*vid. supra*), observándose una intensificación a lo largo del periodo que pone de manifiesto un incremento en la producción y/o adquisición de ‘bienes de prestigio’, esencialmente adornos y bronce de variado tipo (armas, útiles, adornos, objetos relacionados con nuevas formas de vestir, etc.).

Hemos defendido que la posesión del ganado y el control de las zonas de pasto, así como de las rutas comerciales, habrían sido algunos de los factores que explicarían el acceso diferencial a los bienes de prestigio por parte de las comunidades del Bronce Final analizadas (Lorrio, 2008, p. 431). La dedicación de estos grupos al pastoreo, que debió constituir uno de los principales recursos económicos de estas poblaciones, explicaría la alta movilidad de buena parte de los grupos usuarios de estos espacios funerarios, lo que unido a su baja demografía habría generado un poblamiento de tipo disperso, con asentamientos temporales y/o estacionales, al menos en determinadas zonas del Sureste, como la Cuenca de Vera

46 Lo mismo cabe señalar respecto a los brazaletes de bronce decorados, presentes por lo común en las tumbas que acumulan un mayor número de artefactos.

47 No esté de más el recordar que la cantidad de bronce amortizado en todas las tumbas conocidas hasta la fecha en las tierras almerienses y granadinas del Sureste apenas supera los 2 kg de peso, de los que algo más de 650 g proceden de Domingo 1, sobre todo si tenemos en cuenta que la espada de tipo Huelva del Cerro de la Miel tendría un peso próximo a un kilogramo (Carrasco *et al.*, 1987, p. 91).

48 Este es el caso posiblemente de los bronce pobres o los cobres, pudiendo destacar la localización de algunos de los conjuntos estudiados en zonas de importante riqueza metalúrgica, como la Cuenca de Vera, donde se han identificado diferentes mineralizaciones de cobre, cuya explotación se remontaría, en algunos casos, a época calcolítica (Montero, 1994, p. 71 ss., fig. 106), siendo rica, igualmente, en minerales de plomo.

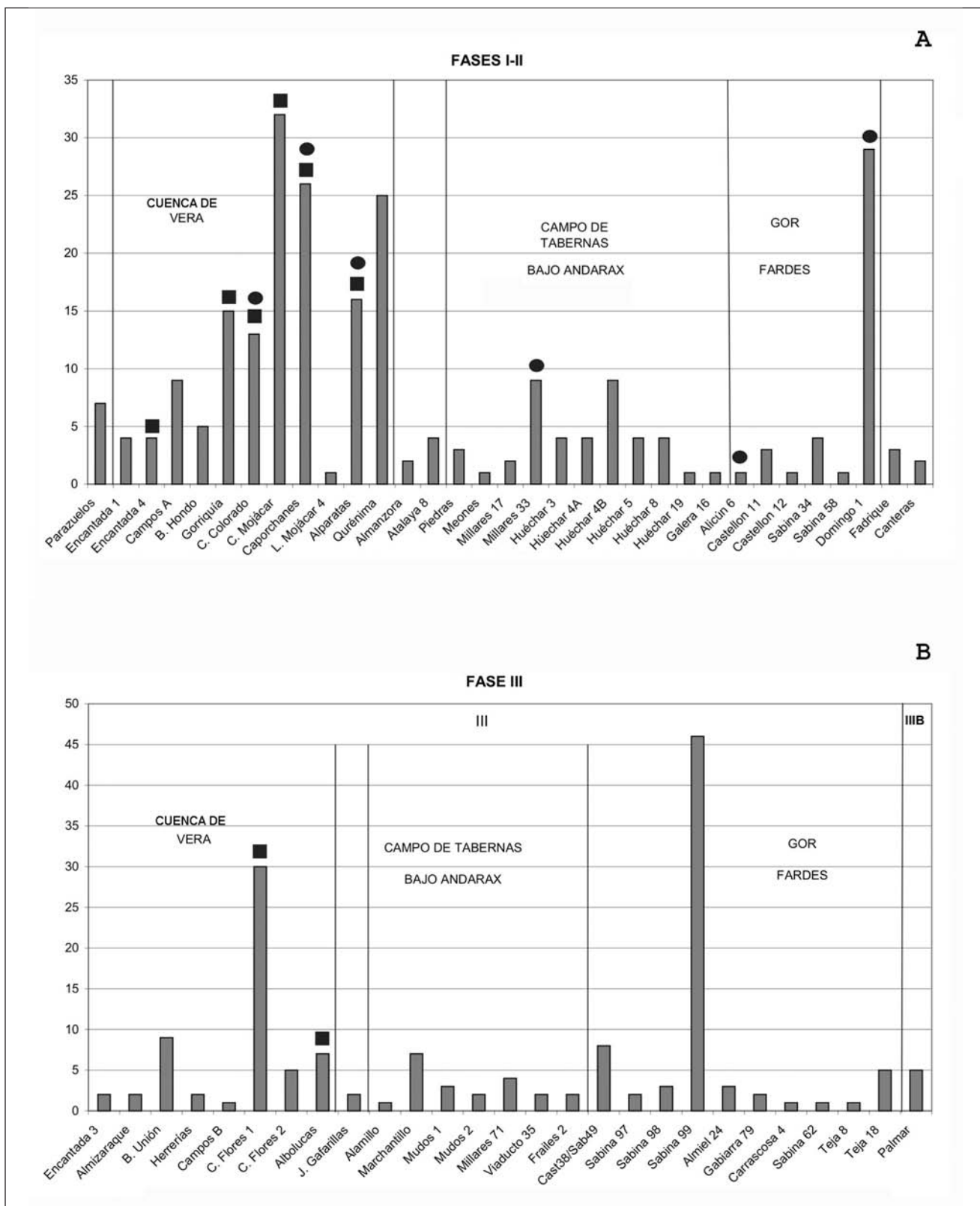


Figura 14. Distribución de la 'riqueza', a partir del número de objetos, en las sepulturas del Sureste, por áreas y fases (I-II y III), con los hallazgos de cerámica decorada (■) y de brazaletes con decoración incisa (●) (según Lorrio, 2008).



o la zona de los ríos de Gor y Fardes, lo que explicaría el característico registro funerario de estos territorios (*ibid.*, p. 430 s.). Efectivamente, los datos aportados por Gatas VI (Castro *et al.*, 1999, p. 237 s., fig. 153; Montón, 1999), apuntan hacia una forma de vida con una mayor base ganadera y cinegética que la observada durante el Bronce argárico y el Bronce Tardío<sup>49</sup>. Si la ganadería debió jugar un papel destacado en la organización socioeconómica de estas poblaciones, la explotación agrícola complementaría su subsistencia, que debió centrarse en los terrenos aluviales vinculados con los principales cursos fluviales de la zona, que a su vez se configuran como las vías de comunicación principales. En este sentido, los análisis polínicos de Gatas VI sugieren una condiciones climáticas más áridas que en fases precedentes, lo que habría repercutido en las prácticas agrícolas (Castro *et al.*, 1999, p. 237 y 240), abandonándose los cultivos de huerta y manteniendo, en cambio, la importancia de los de secano, con un consumo abundante de cereales, en especial cebada, y un papel muy reducido de las leguminosas (*ibid.*, 236, 239 s., figs. 146, 147 y 153). Los datos de Gatas VI señalan un peso importante de la producción doméstica en estas comunidades, tanto por lo que respecta a la cerámica, constatándose la reparación de recipientes de mejor calidad, como a la industria lítica (instrumentos tallados, básicamente lascas y, en menor número, alisadores, percutores y molinos), algunos de cuyos elementos, como los dientes de hoz o los molinos de mano, sugieren la importancia de la agricultura durante esta fase (*ibid.*, p. 240 ss., figs. 148-151 y 153). Menor presencia parece haber tenido la producción metalúrgica en este asentamiento, al menos si nos atenemos al hallazgo de objetos metálicos, muy escasos (*ibid.*, p. 247, fig. 153).

No obstante, la importancia de actividad metalúrgica está plenamente documentada en los ‘grandes centros’ del Sureste, como el Cerro de la Mora (Carrasco *et al.*, 1987b, p. 359; *id.*, 1987c, p. 103, fig. 26) o Peña Negra I (Ruiz-Gálvez, 1990; González Prats, 1992), cuya producción, centrada en la fabricación de armas, útiles y adornos, y considerada como de tipo industrial, habría estado destinada al comercio exterior, “seguramente inmerso en las redes comerciales del Bronce Atlántico

49 Durante esta fase se habría producido una reorientación productiva dotando de una mayor importancia a los aportes cinegéticos, principalmente cérvidos, y a la cría de animales de mayor talla, como bóvidos y équidos, con un descenso de ovicápridos –cuyos restos siguen siendo, no obstante, mayoritarios– y suidos, al tiempo que se detecta una escasa explotación de los recursos marinos (Castro *et al.*, 1999, p. 237 ss., figs. 143-145 y 153).

con el Mediterráneo central”, dada la ausencia de tales materiales en los contextos domésticos y funerarios contemporáneos (González Prats, 2005, p. 801). También se han documentado hornos metalúrgicos en el casco antiguo de la localidad de Guadix (Carrasco *et al.*, 2002), otro de los poblados destacados del Sureste<sup>50</sup>.

Aunque no es mucha la información disponible, parece que las unidades domésticas de cada poblado no presentaban diferencias significativas entre sí, según cabe deducir de casos como los de El Peñón de la Reina o La Serrecica, pudiendo destacar en general la ausencia de estructuras colectivas o públicas diferenciadas de las simples unidades domésticas. No obstante, contamos con algunos edificios singulares, como la llamada ‘vivienda metalúrgica’ de Peña Negra I (González Prats, 1990, p. 23 s., 38, 93 s.; *id.*, 1992), una construcción de planta de tendencia rectangular con esquinas redondeadas (fig. 15,A), que debe ser interpretada como una residencia de un personaje relevante, dado el hallazgo en su interior de un enterramiento infantil y un pequeño ovicáprido, que cabe interpretar como sacrificios rituales propios de ambientes domésticos (*vid. infra*), y la proximidad de abundantes restos relacionados con actividades metalúrgicas en un vertedero localizado junto a la misma<sup>51</sup>. La vivienda presentaba dos estructuras de arcilla, una de forma circular, formado por un anillo y un hueco interior interpretada como un horno, que al carecer de restos de fundición de metal o de mineral, podría haber sido utilizado para fundir el metal en los crisoles (Gómez, 1999, p. 105 y 113), y la base de un posible telar, dos elementos singulares en el yacimiento.

Entre las nuevas actividades sociales relacionadas con la consolidación de las elites del Bronce Final estaría la acumulación de ‘riqueza’ en depósitos de bronce (y excepcionalmente también de hierro), que en el caso del Sureste están integrados por armas (espadas), útiles (hachas y azuelas) y adornos (brazaletes), en número, eso sí, notablemente inferior al de otros territorios peninsulares,

50 Esta actividad estaría documentada asimismo por el hallazgo de moldes de fundición en el Santa Catalina del Monte, Verdolay, para la fabricación de hachas con apéndices laterales (Ros, 1989, lám. 11), o el del Cerro de la Encina, donde se fabricarían barras de sección rectangular, anillas, hachas planas y cuchillos (Molina, 1978, p. 221).

51 Como ha señalado González Prats (2005, p. 801) el beneficio de este taller metalúrgico redundaría “en el poder socio-económico de una elite”, difícil de rastrear a partir de las manifestaciones funerarias, pues, como vimos, “precisamente el sector más privilegiado enterrado en las tumbas de cremación de Les Moreres no hace ostentación de ajuares, segregándose en todo caso a través de grandes encachados o túmulos planos de piedra”.

cuya amortización debió deberse a razones diversas, en algunos casos de índole ritual (*vid. infra*), aunque llama la atención la ausencia en la zona de tesoros de orfebrería<sup>52</sup>. En este contexto, las armas deben considerarse como símbolos de poder social, aunque en el Sureste únicamente contemos con algunas espadas y puntas de flecha, faltando en cambio otros elementos de prestigio como escudos y cascos (Almagro-Gorbea, 1998, p. 84 s.). El hallazgo de espadas sugiere el estatus guerrero de estas elites, pero son pocos los ejemplares recuperados en el Sureste, ninguno en contextos funerarios, aunque la práctica ausencia de armas en las sepulturas<sup>53</sup>, una costumbre que parece remontarse en la zona al Bronce Tardío, posiblemente no se relacione con el estatus de los individuos enterrados sino con prácticas rituales<sup>54</sup>. Cabe citar tan sólo el hallazgo de un remache perteneciente a la empuñadura de una espada de tipo Huelva en el sepulcro Domingo 1 (fig. 5,8)<sup>55</sup>, a nuestro modo de ver ‘sustituyendo’ a la espada completa, posiblemente por el alto valor que tendrían estos objetos (Lorrio, 2008, p.

52 Entre las nuevas actividades sociales, controladas o al servicio de estas elites, se ha señalado la introducción de nuevas formas de preparar y servir la comida y la bebida, a partir del empleo de un conjunto de elementos de banquete (calderos y vajilla metálica, asadores, ganchos de carne y soportes rituales), símbolo de prestigio social, cuyo empleo representa “la ritualización del banquete como acto social entre las élites de tipo heroico” (Almagro-Gorbea, 1998, p. 85 ss., fig. 2; Armada, 2008; *id.*, 2011), con escasos datos en el Sureste, pues tan sólo cabe mencionar un asador de El Pajarraco, Vera, Almería, posiblemente ya de época orientalizante (Lorrio, 2008, p. 400, fig. 210). Más información proporciona la cerámica fina o ‘de mesa’, realizada con pastas de calidad y, generalmente, acabados bruñidos, a menudo decoradas mediante pintura, incisión o bruñido, con preferencia por formas abiertas, como platos, fuentes o vasos de bebida individual, lo que debe relacionarse con nuevas formas de presentación y consumo de alimentos (Sánchez y Aranda, 2005, p. 82 ss.), y pone de manifiesto “la importancia de los contenedores de comida y bebida para hacer más significativo el consumo ritual” (Ruiz Zapatero, 2000-2001, p. 109).

53 Durante el Bronce Final los únicos hallazgos de armas en contextos funerarios se limitan en el Sureste a alguna punta de flecha y algún roblón de empuñadura de espada, de bronce, procedentes de megalitos reutilizados de las provincias de Almería y Granada, siendo elementos por completo ausentes de las sepulturas del oriente almeriense y el sur alicantino.

54 A este respecto, cabe recordar la frecuente representación de espadas, junto con otras armas de prestigio, como cascos y escudos en las estelas del Suroeste, cuya relación con personajes heroizados parece segura (Almagro-Gorbea, 1994; Celestino, 2001), así como la posibilidad de que algunos de los hallazgos de armas en contextos acuáticos pudiera tener una interpretación funeraria (Almagro-Gorbea, 2009, 52).

55 Más difícil de interpretar es la referencia a un posible remache en Los Millares 17 (Lorrio, 2008, p. 297).

297), lo que excluiría su amortización en el interior de las sepulturas, un fenómeno que empieza a documentarse en una fecha más reciente, ya con los modelos de tipo Monte Sa Idda de Las Alcobainas (Jerez de la Frontera, Cádiz), una intrusión en una tumba megalítica, y Villaverde del Río (Sevilla), o Cástulo (Jaén), ésta ya realizada en hierro (Brandherm, 2007, n° 171-172, 174, p. 94 ss.; Farnié y Quesada, 2005, p. 43 ss.). De gran interés son los hallazgos de puntas de flecha en algunos sepulcros megalíticos reutilizados del Sureste, un arma importante durante el periodo (Almagro-Gorbea, 2009, p. 54; Torres, 2009, p. 100), que cabe interpretar como un elemento de prestigio como confirma su representación en las estelas el Suroeste (Celestino, 2001, p. 158 ss.), y su presencia en algunas sepulturas del Sureste, como La Sabina 58 y el Llano de la Sabina 99, en la zona de los ríos de Gor-Fardes, sin que pueda descartarse tal contexto para algunos hallazgos superficiales, como las puntas de flecha de la necrópolis megalítica del pantano de los Bermejales y Parazuelos (Lorrio, 2008, p. 294 ss.).

## VII. PRÁCTICAS RITUALES Y RELIGIOSIDAD

El espacio funerario elegido como lugar de enterramiento y el ritual pueden aportarnos información sobre aspectos tan variados como las tradiciones culturales, la sociedad, la ideología o las creencias de las comunidades del pasado. Así cabe aventurar un diferente ‘sentido’ para las necrópolis de incineración, de las que conocemos unos pocos ejemplos, por lo común integradas además por un reducido número de tumbas, que para los sepulcros colectivos, el tipo de enterramiento más utilizado durante el Bronce Final en el Sureste, sobre todo teniendo en cuenta, además, que en muchos casos reocupan antiguos espacios funerarios megalíticos.

Creemos que la aparición de las necrópolis de incineración en la zona supondría pequeños aportes de población responsables de la introducción de un nuevo rito y, probablemente, de la sepultura individual, al tiempo que conllevaría interesantes fenómenos de mestizaje y de emulación, que explicarían la presencia de individuos incinerados en el interior de los sepulcros colectivos, conjuntamente con otros inhumados, dado que las tumbas colectivas funcionarían, durante unas pocas generaciones, a modo de panteones para gentes unidas seguramente por vínculos familiares. Estos nuevos espacios cementeriales debieron suponer un cambio importante al implicar un tratamiento individualizado y normalizado para la mayoría de la población, al tiempo

que con los rituales de cremación llegarían nuevas formas de organización social y cosmogonías, que explicarían la relativamente rápida adopción del ritual en el Noreste y el valle del Ebro o los rituales mixtos presentes en los primeros momentos (Ruiz Zapatero, 2001, p. 259 ss.; *id.*, 2007, p. 107 ss.; *id.*, 2008, p. 304).

Otro de los rasgos característicos de las prácticas funerarias de las comunidades del Bronce Final del Sureste son las reutilizaciones de tumbas megalíticas. El carácter funerario de tales reutilizaciones está demostrado con seguridad por los ajuares y la datación radiocarbónica de los restos humanos (*vid. supra*). Se trata de un fenómeno relativamente extendido, como demuestra su identificación en diferentes contextos culturales (Lorrio, 2008, p. 456 ss.), que cabe relacionar con el interés que ofrecen los sepulcros tumulares como monumentos destacados en el paisaje<sup>56</sup>. Es probable que con la reutilización de antiguos sepulcros megalíticos estos grupos pretendieran dotar de una cierta monumentalidad a sus tumbas, lo que explicaría la indudable ‘inspiración’ megalítica que a menudo presentan las de nueva planta, valorando aspectos como la visibilidad y la durabilidad de este tipo de monumentos, al tiempo que constituirían un espacio plenamente acorde con el enterramiento colectivo propio de estas comunidades. No obstante, creemos que un aspecto destacado debió ser la dimensión simbólica que tendrían para los grupos del Bronce Final las antiguas ‘necrópolis’ o tumbas megalíticas como espacio donde albergar los enterramientos de la comunidad, sobre todo si esta costumbre está tan extendida como en el Sureste peninsular. Probablemente tales prácticas sugieren razones de prestigio e implicaban un intento de vinculación por parte de las comunidades del Bronce Final con los constructores del monumento, considerados como ancestros, reales o ficticios, siendo, incluso, una forma de rendirles culto que, en última instancia, pretendería legitimizar su posición social. Contamos con buenos ejemplos en Grecia con la reutilización de tumbas micénicas a partir del final de la Edad del Bronce (*ca.* 1100 a.C.), con enterramientos y depósitos de carácter votivo. Efectivamente, aunque a veces estemos ante simples intrusiones, en un número importante de casos se trata

56 No pueden descartarse casos de saqueo, que en el Sureste explicarían la presencia de ciertos materiales, poco habituales en contextos funerarios (sobre todo en algunos casos de época histórica), con numerosos ejemplos, como los registrados en el proceso de excavación de los túmulos de Pajaroncillo (Cuenca), confirmados por el C14, con fechas de los siglos IX y XVIII d.C. (Almagro-Gorbea, 1973).

de enterramientos cuya cronología se extiende más allá de la Edad del Hierro, como demuestran los ejemplos de época clásica, helenística, romana e, incluso, cristiana (Antonaccio, 1995)<sup>57</sup>.

Los depósitos de objetos de bronce son otro de los ámbitos que nos permiten una aproximación al tema de la ritualidad de los grupos del Bronce Final. Lamentablemente es poco lo que sabemos sobre los lugares y las condiciones de ocultación de estos característicos hallazgos en el Sureste, aunque en algunos casos podríamos estar ante ofrendas rituales<sup>58</sup>, como ocurre con el conjunto de Arroyomolinos (Jaén), compuesto por un hacha de talón, dos hachas de aletas medianas y, suspendidos de sus respectivos extremos superiores, otros tantos brazaletes decorados, lo que ha llevado a suponer un carácter votivo para este singular depósito (Siret, 1913, p. 359, fig. 131,1-3; Molina, 1978, p. 216)<sup>59</sup>. Por lo que a las espadas se refiere, sabemos que algunas piezas proceden de poblados, aunque se desconozca el contexto de deposición del ejemplar del Peñón de la Reina, encontrado en superficie, y de los recuperados en el Cerro de la Miel –una espada y un fragmento de otra–, más allá de su localización en el estrato A-6 del Corte 4, mientras que carecemos de cualquier información sobre la procedencia y circunstancias que acompañaron al descubrimiento de las espadas de Tabernas y Dalías. Diferente es el caso de la espada, aparecida, al parecer aislada y rota en varios fragmentos, al realizar trabajos

57 En ocasiones se trata de depósitos deliberados de carácter votivo, caracterizados por la ausencia de restos humanos y la presencia de cenizas y restos de fauna, habitualmente relacionados con sacrificios o con determinados tipos de ofrendas. Estos depósitos en tumbas micénicas, a menudo cerámicos, van a proliferar en la Grecia de época arcaica desde la segunda mitad del siglo VIII a.C., pudiendo ser considerados, como ha destacado F. de Polignac (1995), una forma de veneración y apropiación del pasado.

58 Esta podría ser también la interpretación del depósito de Campotéjar (Granada), un hallazgo integrado por un elevado número de hachas de apéndices laterales, entre 30 y 40, algunas de hierro, lo que le dota de una evidente excepcionalidad, aunque el desconocimiento de las circunstancias en que fue encontrado este depósito dificulta cualquier interpretación al respecto. Una interpretación similar podría defenderse para el conjunto de los alrededores de Elche, integrado por unas 50 hachas-lingote (Almagro-Gorbea, 1986, p. 414), aunque para González Prats (1985, p. 98) deba relacionarse con el abastecimiento de metal por parte del comercio fenicio.

59 “*Comme d’habitude, on manque de données précises sur les circonstances de cette trouvaille. Il semble en tout cas qu’il faille admettre que les haches ont été rencontrées munies de leur anneau de suspension, ce qui les range dans la grane catégorie de celles auxquelles on a donné une sigfication religieuse*” (Siret, 1913, p. 359).



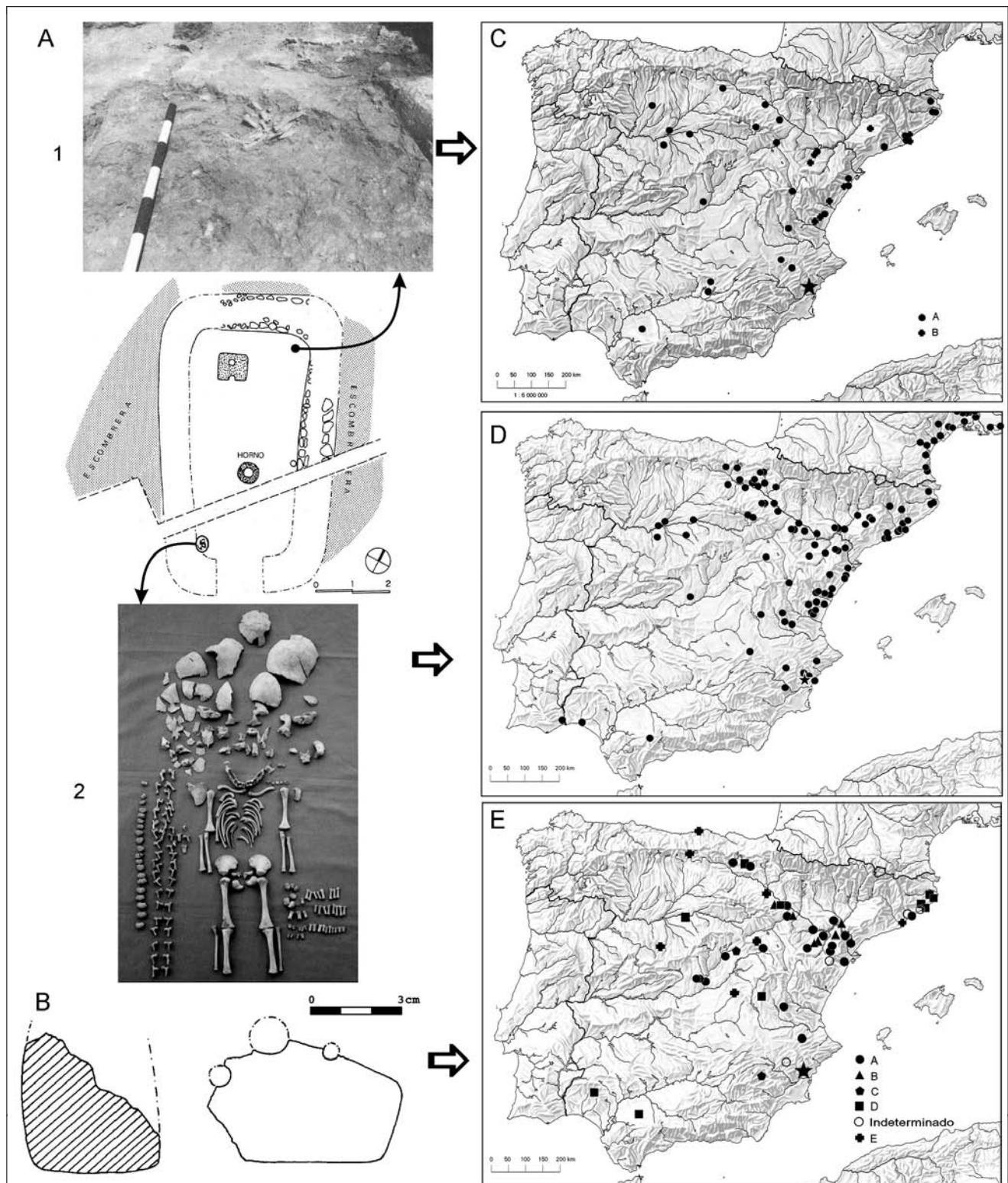


Figura 15. Peña Negra. Sector II. A, Planta de una vivienda de elite (corte E), con enterramiento de un ovicáprido (1) y de un neonato (2); B, morillo recuperado en el corte B. Mapas de dispersión de los sacrificios domésticos de ovicápridos (C) (a, sacrificios de carneros y corderos en ámbitos rituales; b, sacrificios y/o enterramientos domésticos infantiles con ovicápridos), de las inhumaciones infantiles en poblados (D) y de los morillos, según diferentes tipos y variantes (E) en la Península Ibérica durante el Bronce Final y la Edad del Hierro (A, planta, según González Prats, 1990 y 1992, completado; 2, foto M.<sup>a</sup>P. de Miguel; B, según González Prats, 1983; C-E, según Almagro-Gorbea y Lorrío, 2011).



de aterramiento en Herrerías<sup>60</sup>. El lugar del hallazgo se situaría en una zona de suaves colinas próxima a la confluencia de la rambla del Cajete o de la Mulería con el río Almanzora (fig. 12.8), aunque en la Antigüedad se situaría junto a la ribera litoral del Almanzora, una zona navegable hasta las proximidades de las Herrerías (Hoffmann, 1988, p. 29 ss., fig. 5,1; López Castro *et al.*, 1987-88, p. 159 s., fig. 1), lo que pone en relación esta espada, cuya fabricación foránea parece segura (Montero, comunicación personal), con los conocidos hallazgos de armas en contextos acuáticos, interpretados generalmente como ofrendas.

También los lugares de habitación han proporcionado algunos datos sobre las prácticas rituales propias de las comunidades del Sureste. Los datos más interesantes proceden de la llamada ‘vivienda metalúrgica’ de Peña Negra, una vivienda de elite que ha proporcionado, bajo el suelo de la estancia, un ovicáprido sin cabeza, en la esquina norte (fig. 15,A,1), que cabe interpretar como un sacrificio fundacional, y un enterramiento perinatal, en la sur (fig. 15,A,2)<sup>61</sup>. Los sacrificios domésticos de ovicápridos, en repetidos casos carneros, está documentado en diversos asentamientos de la Edad del Hierro del Noreste, el Medio y Alto Ebro, el Levante o la Meseta Oriental, interpretándose en relación con el culto al antepasado (Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, p. 43 ss., fig. 18,A,E y G, Apéndice 4,E y G), coincidiendo su dispersión con la de los ‘santuarios gentilicios’, los ‘morillos rituales’, de gran interés pues se conoce un posible ejemplar en

60 “L'épée paraît avoir été isolée, à 0,20 ou 0,30 m. de profondeur actuelle; à 2 m. de là gisaient deux fragments de base fait à rour, d'époque probable tyrienne”, a un centenar de metros de un enterramiento en cista argárica (Siret, 1913, p. XV), la sepultura nº 1 de la Mina Iberia (Brandherm, 2000, p. 160 s.). La pieza procede de “Santa Ana, barranco de los depósitos de mineral” (*id.*, 2007, p. 31), según consta en una etiqueta manuscrita del M.A.N. (E. Galán, comunicación personal), lo que permite localizar el hallazgo con la mina del mismo nombre, localizada al norte de la Mina Iberia (Montero, 1994, fig. 5). El hallazgo de esta espada podría relacionarse con el poblamiento de la zona de la Loma del Boliche (fig. 12), donde se localizan los yacimientos de Puerto Rico y Solana, cuyos materiales más antiguos remiten, no obstante, al siglo X a.C. (Lorrio, 2008, p. 313 ss. y 467).

61 Para Ruiz-Gálvez (1998, p. 255) la presencia del animal estaría relacionada con un “sacrificio fundacional, ritual ligado a los de cambio de residencia y de agregación”, mientras que el hallazgo de un neonato, “posiblemente muerto antes de pasar los ritos de agregación o integración en el seno de su sociedad”, en la esquina opuesta de la habitación, sería interpretado como un “sacrificio sustitutorio”, considerando que “tanto la ofrenda del animal como rito de integración, como el enterramiento del bebe en tanto que sustitución, simbolizarían la integración de uno o más extranjeros, los ocupantes del taller, en la sociedad indígena”.

el poblado alicantino (fig. 15,B) (González Prats, 1983, p. 78, fig. 20,1918; Almagro-Gorbea y Lorrio, 2011, p. 330 s., fig. 29,A) y las inhumaciones infantiles en poblados, lo que confirma su pertenencia al sistema ritual originario de los Campos de Urnas (fig. 15,C-E). Los enterramientos infantiles bajo el pavimento de las casas se han relacionado con individuos fallecidos de forma natural antes de alcanzar el rango de miembro de pleno derecho de la comunidad, habiéndose vinculado igualmente con ritos o sacrificios fundacionales, seguramente de carácter propiciatorio (*ibid.*, p. 49, 110, 114, fig. 48,B, Apéndice 4,H).

## BIBLIOGRAFÍA

- ADROHER, A.M., 2008: “La Bastetania arqueológica: Estado de la cuestión”, *I<sup>er</sup> Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana* (A.M. Adroher y J. Blánquez, eds.), Madrid, p. 211-246.
- ADROHER, A., LÓPEZ, A. y BARTUREN, F., 1993-94: “Los niveles del Bronce Final, Hierro Antiguo y romanos en el yacimiento de Montealegre, Gorafe (Granada)”, *Florentina Iliberritana. Revista de estudios de Antigüedad Clásica*, 4-5, p. 7-50.
- ADROHER, A., LÓPEZ, A. y PACHÓN, J.A., 2002: *Granada arqueológica. La Cultura Ibérica*, Granada.
- ADROHER, A. y LÓPEZ, A., dirs., 2004: *El territorio de las altiplanicies granadinas entre la Prehistoria y la Edad Media. Arqueología en Puebla de Don Fadrique (1995-2002)*, Sevilla.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1973: *Los Campos de Túmulos de Pajaroncillo (Cuenca)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 83, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1974: “La espada de Entrambasaguas. Aportación a la secuencia de las espadas del Bronce en el Norte de la Península Ibérica”, *XL Aniversario del Centro de Estudios Montañeses*. Santander, III, p. 455-477.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1986: “Bronce Final y Edad del Hierro. La formación de las etnias y culturas prerromanas”, *Historia de España. Prehistoria* (F. Jordá *et al.*), Madrid, p. 341-532.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1986-87: “Los Campos de Urnas en la Meseta”, *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte (Salamanca 1984)*, *Zephyrus*, XXXIX-XL, p. 31-47.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1989: “Arqueología e Historia Antigua: el proceso protoorientalizante y

- el inicio de los contactos de Tartessos con el Levante Mediterráneo”, *Anejos de Gerión*, 2, p. 277-288.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1993: “La introducción del hierro en la Península Ibérica”, *Complutum*, 4, p. 81-94.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 1998: “Precolonización y Cambio Socio-Cultural en el Bronce Atlántico” *Existe uma Idade do Bronze Atlântico?* (S. Oliveira Jorge, ed.), *Trabalhos de Arqueologia*, 10, p. 81-100.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2002: “Una probable divinidad tartésica identificada: *Niethos/Netos*”, *Palaeohispanica*, 2, p. 37-70.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2004: “*NIETHOS-Néit*: The earliest documented Celtic god (ca. 575 BC): Atlantic relationships between Iberia and Ireland?”, *From Megaliths to Metal. Essays in Honour of George Eogan* (H. Roche, E., Grogan, J., Bradley, J. y B. Coles, y B. Raftery, eds.), Oxford, p. 200-208.
- ALMAGRO-GORBEA, M., 2009: “La Edad del Bronce”, *Historia Militar de España. I. Prehistoria y Antigüedad* (M. Almagro-Gorbea, coord.), Madrid, p. 49-60.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y LORRIO, A.J., 2011: *Teutates. El Héroe Fundador y el culto heroico al antepasado en Hispania y en la Keltiké*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 36, Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES, M., 2007: “Las fortificaciones tartésicas en el Suroeste peninsular”, *Paisajes fortificados de la Edad del Hierro. Las murallas protohistóricas de la Meseta y la vertiente atlántica en su contexto europeo* (L. Berrocal-Rangel y P. Moret, eds.), Madrid, p. 35-55.
- ANTONACCIO, C.M., 1995: *An Archaeology of Ancestors. Tomb Cult and Hero Cult in Early Greece*, Lanham.
- ARANDA JIMÉNEZ, G., 2001: *El análisis de la relación forma-contenido de los conjuntos cerámicos del yacimiento arqueológico del Cerro de la Encina (Granada, España)*, BAR International Series, 927, Oxford.
- ARMADA, X.-L., 2008: “¿Carne, drogas o alcohol? Calderos y banquetes en el Bronce Final de la Península Ibérica”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 18, p. 125-162.
- ARRIBAS, A., PAREJA, E., MOLINA, F., ARTEAGA, O y MOLINA FAJARDO, F., 1974: *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce ‘Cerro de la Encina’ (Monachil, Granada). El Corte estratigráfico nº 3*, Excavaciones Arqueológicas en España, 81, Madrid.
- ARTEAGA, O., 1976: “La panorámica protohistórica peninsular y el estado actual de su conocimiento en el Levante Septentrional (Castellón de la Plana)”, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 3, p. 175-194.
- ARTEAGA, O., 1982: “Los Saladares-80. Nuevas directrices para el estudio del horizonte protoibérico en el Levante Meridional y Sudeste de la Península”, *Huelva Arqueológica*, VI, p. 131-183.
- ARTEAGA, O., SCHUBART, H., PINGEL, V. ROOS, A.M.<sup>a</sup> y KUNST, M., 2005: “La culminación de las excavaciones arqueológicas en Fuente Álamo (Cuevas del Almanzora, Almería). Campaña de 1999”, *Anuario Arqueológico de Andalucía, 2002*, II, Sevilla, p. 104-119.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M.R., 1973: “Los Saladares. Un yacimiento protohistórico en la región del Bajo Segura”, *XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971)*, Zaragoza, p. 437-450.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M.R., 1975: “Los Saladares-71”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 3, p. 7-140.
- ARTEAGA, O. y SERNA, M.R., 1979-80: “Las primeras fases del poblado de los Saladares (Orihuela, Alicante). Una contribución al estudio del Bronce Final en la Península Ibérica (Estudio crítico 1)”. *Ampurias*, 41-42, p. 65-137.
- ASTRUC, M., 1951: *La necrópolis de Villaricos*, Informes y Memorias, 25, Madrid.
- AUBET, M.<sup>a</sup>E., 1986: “La necrópolis de Villaricos en el ámbito del mundo púnico peninsular”, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984) (Cuevas del Almanzora 1984)*, Madrid, p. 612-624.
- BELÉN, M.<sup>a</sup>, ESCACENA, J.L. y BOZZINO, M.<sup>a</sup> I., 1991: “El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica. I. Análisis de la documentación”, *Trabajos de Prehistoria*, 48, p. 225-256.
- BERROCAL-RANGEL, L. y SILVA, A.C., 2010: *O Castro dos Ratinhos (Barragem do Alqueva, Moura). Escavações num povoado proto-histórico do Guadiana, 2004-2007*, O Arqueólogo Português, Suplemento 6, Lisboa.
- BLÁZQUEZ, J.M., 1975: *Diccionario de las religiones de Hispania*, Madrid.
- BRANDHERM, D., 2000: “El poblamiento argarico de las Herrerías (Cuevas de Almanzora, Almería), según la documentación inédita de L. Siret”, *Trabajos de Prehistoria*, 57, 1, p. 157-172.

- BRANDHERM, D., 2007: *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica y Baleares*, Prähistorische Bronzefunde, IV, 16, Stuttgart.
- CABALLERO, A., 2008: “Basti ibérica”, *I<sup>er</sup> Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana* (A.M. Adroher y J. Blánquez, eds.), Madrid, p. 299-315.
- CÁMALICH, M.D. y MARTÍN SOCAS, D., dir., 1999: *El territorio almeriense desde los inicios de la producción hasta fines de la Antigüedad. Un modelo: la depresión de Vera y cuenca del río Almanzora*, Arqueología. Monografías, Sevilla.
- CANO, J.A., 2006-2007: “Poblamiento ibérico del campo de Dalías (Poniente almeriense) y el oppidum destacado del Cerrón”, *Farua*, 9, p. 13-34.
- CARA, L., 1999: “El Cerrón de Dalías y la antigua Ulisseia”, *Farua*, 2, p. 119-128.
- CARRASCO, J. y PACHÓN, J.A., 2005: “Algunas cuestiones sobre el origen oriental de la fíbula de codo tipo Huelva”, *Tabona*, 14, p. 63-92.
- CARRASCO, J. y PACHÓN, J.A., 2006: “La fíbula de codo tipo Huelva. Una aproximación a su tipología”, *Complutum*, 17, p. 103-119.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J.A., ADROHER, A. y LÓPEZ, A., 2002: “Taller metalúrgico de fines del bronce en Guadix (Granada): contribución a la contextualización de las fíbulas de codo tipo Huelva en Andalucía Oriental”, *Florentia Iliberritana*, 13, p. 357-385.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J.A. y PASTOR, M., 1985: “Nuevos hallazgos en el conjunto arqueológico del Cerro de la Mora. La espada de lengua de carpa y la fíbula de codo del Cerro de la Miel (Moraleda de Zafayona, Granada)”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, p. 265-333.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J.A. y PASTOR, M., 1990: “Memoria preliminar sobre la campaña de excavaciones 1987 en el Cerro de la Mora, Moraleda de Zafayona (Granada)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1987, II, Sevilla, p. 242-245.
- CARRASCO, J., PACHÓN, J.A., PASTOR, M. y LARA, I., 1980: “Hallazgos del Bronce Final en la provincia de Jaén. La necrópolis de Cerro Alcalá, Torres (Jaén)”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5, p. 221-236.
- CARRASCO, J.; PACHÓN, J.A., PASTOR, M. y NAVARRETE, M.S., 1987a: “Memoria preliminar de la campaña de excavaciones de 1985 en el Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1985, tomo II, Sevilla, p. 266-271.
- CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHÓN, J.A., 1981: “Cerro de La Mora. Moraleda de Zafayona, Resultados preliminares de la segunda campaña de excavaciones (1981). El Corte 4”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, p. 307-354.
- CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHÓN, J.A., 1982: “Cerro de La Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Campaña 1979”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 13, p. 7-164.
- CARRASCO, J., PASTOR, M. y PACHÓN, J.A., 1987b: “Excavaciones arqueológicas en el Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada)”, *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1986, II, Sevilla, p. 353-359.
- CARRASCO, J., PASTOR, M., PACHÓN, J.A. y GÁMIZ, J., 1987c: *La espada del “Cerro de la Mora” y su contexto arqueológico*, Moraleda de Zafayona.
- CASTRO, P.V., 1992: *La Península ibérica entre 1600-900 antes de nuestra era*, Universitat Autònoma de Barcelona, Tesis Doctoral.
- CASTRO, P.V., 1994: *La sociedad de los Campos de Urnas en el nordeste de la península Ibérica. La necrópolis de El Calvari (El Molar, Priorat, Tarragona)*, BAR Internacional Series, 592, Oxford.
- CASTRO, P., CHAPMAN, R., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RICHES, R. y SANAHUJA, M.E., 1999: *Proyecto Gatas. 2. La dinámica arqueológica de la ocupación prehistórica*, Arqueología. Monografías, Sevilla.
- CASTRO, P., LULL, V. y MICÓ, R., 1996: *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*, BAR Internacional Series, 652, Oxford.
- CELESTINO, S., 2001: *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*, Barcelona.
- CHAPMAN, R.W., DELIBES, G., ESCORIZA, T., FERNÁNDEZ-POSSE, M.ªD., LÓPEZ CASTRO, J.L., MARTÍN MORALES, C. y MENASANCH, M., 1998: “5.5. Demography and Settlement”, *Aguas Project. Palaeoclimatic reconstruction and the dynamics of human settlement and land-use in the area of the middle Aguas (Almería), in the south-east of the Iberian Peninsula. Research results* (P.V. Castro, R.W. Chapman, S. Gili, V. Lull, R. Micó, C. Rihuete, R. Risch y M.E. Sanahuja, eds.), European Commission, p. 68-72.



- CHÁVEZ, M.<sup>a</sup> E., CÁMALICH, M.<sup>a</sup> D., MARTÍN, D. y GONZÁLEZ, P., 2002: *Protohistoria y Antigüedad en el Sureste Peninsular. El doblamiento de la Depresión de Vera y Valle del río Almanzora (Almería)*, BAR International Series, 1026, Oxford.
- COFFYN, A., 1985: *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Publications du Centre Pierre Paris, 11, Collection de la Maison des Pays Iberiques, 20, París.
- CONTRERAS, F., 1982: “Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El cerro de Cabezuelos (Úbeda, Jaén)”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 7, pp. 307-321.
- COROMINAS, J., 1957: *Diccionario crítico etimológico de la Lengua Castellana*, IV, Madrid.
- DE MIGUEL, M.P., 2002: “Apéndice II. Estudio antropológico de la inhumación infantil de La Peña Negra”, *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevente, Alicante, España) (s. IX-VII AC)* (A. González Prats), Alicante, p. 471-475.
- DE MIGUEL, M.P., 2003: “Anexo II. Los restos humanos: antropología, paleopatología y ritual”, *Fronteras culturales en la Prehistoria Reciente del Sudeste peninsular. La cueva de los Tiestos (Jumilla, Murcia)* (G. Molina-Burguera), Alicante, p. 119-126.
- DE MIGUEL, M.P., 2008: “Apéndice V. Estudio antropológico y paleopatológico”, *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica* (A.J. Lorrio), Bibliotheca Archaeologica Hispana, 27, Anejo a la revista Lucentum, 17, Madrid, p. 545-573.
- DE MIGUEL, M.P., 2010: “La infancia a través de l'estudi de les restes humanes des del Neolític a l'Edat del Bronze en terres valencianes”, *Restos de vida, restos de muerte. La muerte en la Prehistoria* (A. Pérez y B. Soler, coord.), Valencia, p. 155-166.
- DELIBES DE CASTRO, G., 2004: “La impronta Cogotas I en los dólmenes del Occidente de la Cuenca del Duero o el mensaje megalítico renovado”, *Los enterramientos en la Península Ibérica durante la Prehistoria Reciente*, Mainake, XXVI, p. 211-231.
- EIROA, J.J., 1989: *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*, Murcia.
- EIROA, J.J., 2004: *La Edad del Bronce en Murcia*, Murcia.
- FARNIÉ LOBENSTEINER, C. y QUESADA SANZ, F., 2005: *Espadas de hierro, grebas de bronce: símbolos de poder e instrumentos de guerra a comienzos de la edad del hierro en la Península Ibérica*, Serie Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo 2, Murcia.
- FERRER, J.E., 1977: “La necrópolis megalítica de Fone-las (Granada). El Sepulcro ‘Domingo 1’ y sus niveles de enterramiento”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, p.173-211.
- FERRER, J.E., 1982: “Consideraciones generales sobre el megalitismo en Andalucía”, *Baetica*, 5, p. 121-132.
- FERRER, J.E. y BALDOMERO, A., 1979: “Cerámicas de influencia argárica en las necrópolis megalíticas de Granada”, *Baetica*, 2-1, p. 87-110.
- FERRER, J.E., MARQUÉS, I. y BALDOMERO, A., 1988: “La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada)”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30, p. 21-82.
- FIGUERAS, F., 1950: “La Isleta del Campello del litoral de Alicante. Un yacimiento síntesis de las antiguas culturas del Mediterráneo”, *Archivo Español de Arqueología*, XXIII, p. 13-57.
- FRESNEDA, E., RODRÍGUEZ-ARIZA, M.O., PEÑA, J.M. y LOPEZ, M., 1991: “Prospección arqueológica superficial del Río Galera desde Galera a Castelléjar. Campaña de 1989”. *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1989*, II, Sevilla, p. 51-56.
- FRESNEDA, E., RODRÍGUEZ-ARIZA, M.O., PEÑA, J.M., LÓPEZ, M., ALEMÁN, I. y RODRÍGUEZ, A., 1993: “Prospección arqueológica superficial del Río Huéscar desde Huéscar a Galera. Campaña de 1991”. *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1991*, II, Sevilla, p. 185-190.
- FRESNEDA, E. y RODRÍGUEZ, M.O., 1980: “El yacimiento de la Cuesta de los Chinos (Gabia, Granada)”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 10, p. 243-264.
- FRESNEDA, E., RODRÍGUEZ, M.O. y JABALOY, E., 1985: “El yacimiento arqueológico de la Cuesta de los Chinos (Gabia, Granada)”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 5, p. 197-219.
- GARCÍA, P., CARRIÓN, Y., COLLADO, I., MONTERO, I., MUÑOZ, M., PÉREZ, G., ROLDÁN, C., ROMAN, D., TORMO, C., VERDASCO, C. y VIVES-FERRÁNDIZ, J., 2010: “Campaña de excavación arqueológica de urgencia en Caramoro II (Elx, Alacant)”, *MARQ, Arqueología y Museos*, 4, p. 37-66.
- GARCÍA ALONSO, J.L., 2003: *La Península Ibérica en la Geografía de Claudio Ptolomeo*. Anejos de Veleia, Series minor, 19, Vitoria-Gasteiz.



- GARCÍA CANO, J.M., 1997: *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). I. Las excavaciones y estudio analítico de los materiales*, Murcia.
- GARCÍA GUINEA, M.A., 1960: "Excavaciones y estratigrafías en el poblado ibérico de El Macalón (Nerpio, Albacete)", *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXVIII,2, p. 709-755.
- GARCÍA GUINEA, M.A. y SAN MIGUEL, J.A., 1964: *Poblado ibérico de El Macalón (Albacete) (Estratigrafías, 2ª campaña)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 25, Madrid.
- GARCÍA SÁNCHEZ, M. y JIMÉNEZ BROBEIL, S.A. 1988: "Breve resumen sobre el material antropológico procedente de la necrópolis megalítica de Fonelas", "La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada)" (J.E. Ferrer, I. Marqués y A. Baldomero), *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 30, p. 82.
- GIL-MASCARELL, M., 1981: "Bronce Tardío y Bronce Final en el País Valenciano", *El Bronce Final y el comienzo de la Edad del Hierro en el País Valenciano* (M. Gil-Mascarell y C. Aranegui), *Monografías del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 1, Valencia, p. 9-39.
- GÓMEZ, P., 1999: *Obtención de metales en la Prehistoria de la Península Ibérica*, BAR International Series, 753, Oxford.
- GÓNGORA Y MARTÍNEZ, M. DE, 1868: *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*, Madrid. Estudio preliminar por M. Pastor y J.A. Pachón, Edición facsimil, Universidad de Granada, 1991.
- GONZÁLEZ, C., ADROHER, A., LÓPEZ, A. y GARCÍA, J.M., 1995a: "Excavación arqueológica en la calle San Miguel (Guadix, Granada). Campaña de 1992", *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1992*, III, Sevilla, p. 335-343.
- GONZÁLEZ, C., ADROHER, A., LÓPEZ, A. y PÉREZ, J.M., 1995b: "Prospecciones en la zona norte del río Fardes y río Guadahortuna (Granada)", *Anuario Arqueológico de Andalucía, 1992*, II, Sevilla, p. 145-151.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1983: *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la sierra de Crevillente (Alicante)*, Anejo I de la Revista Lucentum, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1985: "Sobre unos elementos materiales del comercio fenicio en tierras del Sureste peninsular", *Lucentum*, IV, p. 97-106.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1989: "Habitats y estructuras domésticas del Bronce final en el sur del País valenciano", *Colloque International Habitats et structures domestiques en Méditerranée occidentales durant la Protohistoire* (pré-actes), Arles-sur-Rhône, p. 21-26.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1990: *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1992: "Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente-Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico en la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 49, p. 243-257.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1993a: "Quince años de excavaciones en la ciudad protohistórica de Herna (La Peña Negra, Crevillente, Alicante)", *Saguntum*, 26, p. 181-188.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 1993b: "El ámbito geográfico del mundo tartésico a la luz de la documentación arqueológica del Sudeste", *Homenatge a Miquel Tarradell*, Barcelona, p. 367-383.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 2002: *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) (s. IX-VII AC)*, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 2005: "El fenómeno orientalizante en el Sudeste de la Península Ibérica", *El periodo orientalizante, Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental* (S. Celestino y J. Jiménez, eds.), *Anejos de Archivo Español de Arqueología*, XXXV, p. 799-808.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 2010: "La necrópolis de Les Moreres: un cementerio de cremación del final de la Prehistoria (Crevillente, Baix Vinalopó, Alicante), *Restos de vida, restos de muerte. La muerte en la Prehistoria* (A. Pérez y B. Soler, coord.), Valencia, p. 229-233.
- GONZÁLEZ PRATS, A., 2011: *La Fonteta. Excavaciones de 1996-2002 en la colonia fenicia de la actual desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante)*, vol. 1, Alicante.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y GARCÍA MENÁRGUEZ, A., 2000: El conjunto fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar del Segura, Alicante), *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos. Cádiz 1995*, vol. IV, Cádiz, p. 1.527-1.537.
- GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E., 1992: Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó. *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*, Serie de Trabajos Varios, 89, Valencia, p. 17-27.

- GRAU, I. y MORATALLA, J., 2001: "Interpretación socioeconómica del enclave", *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuela* (L. Abad y F. Sala, eds.), Bibliotheca Archaeologica Hispana, 12 – Anejos de Lucentum, 5, Madrid, p. 173-203.
- GUSI, F., MURIEL, S. y OLÀRIA, C., coords., 2008: *Nasciturus, infans, puerulus vobis matet terra. La muerte en la infancia*, Castellón.
- HEDGES, R.A.M., HOUSLEY, R.A., BRONK RAMSEY, C. y KLINKEN, G.J. VAN, 1995: "Radiocarbon dates from the AMS system: datelist 20", *Archaeometry*, 37 (2), p. 417-430.
- HERNÁNDEZ, E., 1990: "La necrópolis del Collado y Pinar de Santa Ana. Jumilla", *Homenaje a Jerónimo Molina*, Murcia, p. 99-102.
- HERNÁNDEZ, E., 1991: "Collado y Pinar de Santa Ana (Jumilla. Murcia). Campaña de 1985", *Memorias de Arqueología*, 2, p. 170-173.
- HERNÁNDEZ, E. y GIL, F., 1998: "Una cueva santuario ibérica en la Sierra de los Hermanillos (Jumilla, Murcia)", *Revista Pleita*, 1, p. 5-27.
- HERNÁNDEZ, E. y GIL, F., 2001-2002: "Encachados tumulares del Bronce Final /Hierro Antiguo en la necrópolis del Collado y Pinar de Santa Ana (Jumilla, Murcia)", *Studia E. Cuadrado, AnMurcia*, 16-17, p. 73-94.
- HERNÁNDEZ, E. y GIL, F., 2004: "La necrópolis del Bronce Final del Collado y Pinar de Santa Ana de Jumilla (Murcia)", *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* (L. Hernández Alcaraz y M.S. Hernández Pérez, eds.), Villena, p. 441-454.
- HERNÁNDEZ, M.S., 2005: "La Contesania ibérica desde la prehistoria", *La Contestania ibérica, treinta años después* (L. Abad, F. Sala y I. Grau, eds.), Anejo a la revista Lucentum, 13, Alicante, p. 17-36.
- HERNÁNDEZ, M.S., 2009a: "Entre el medio y Bajo Vinalopó. Excavaciones arqueológicas en El Tabayá (Aspe, Alicante) 1987-1991", *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* (M.S. Hernández, J. Soler y J.A. López, eds.), Alicante, p. 160-169.
- HERNÁNDEZ, M.S., 2009b: "Tiempos de cambio. El final del Argar en Alicante", *En los confines del Argar. Una cultura de la Edad del Bronce en Alicante* (M.S. Hernández, J. Soler y J.A. López, eds.), Alicante, p. 292-305.
- HERNÁNDEZ, M.S. y LÓPEZ MIRA, J.A., 1992: "Bronce Final en el Medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabayá (aspe, Alicante)", *Homenaje a E. Pla*, Trabajos Varios del SIP, 89, Valencia, p. 142-160.
- HOFFMANN, G., 1988: *Holozänstratigraphie und Küstenlinienverlagerung an der Andalusischen Mittelmeerküste*, Berichte aus Fachbereich Geowissenschaften der Universität Bremen, n° 2, Bremen.
- JIMÉNEZ ÁVILA, J., 2002: *La toréntica orientalizante en la Península Ibérica*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 16, Studia Hispano-Phoenicia, 2, Madrid.
- JUNYENT, E., 2002: "Els segles de formació: el Bronce Final i la Primera Edat del Ferro a la depressió de l'Ebre", *I Jornades d'Arqueologia. Ibers a l'Ebre. Recerca i interpretació*. (Tivissa, 23-24 de novembre 2001), *Ilercavònia*, 3, pp. 17-35.
- LEISNER, G. y V., 1943: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Süden*, Romisch Germanische Madrider Forschungen, 17, Berlín.
- LOMBA, J., 1993: "Un nuevo yacimiento del Bronce Final con cabañas de planta oval en Murcia: La Serrecica (Totana)", *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología*, tomo II, Vigo, p. 95-98.
- LOMBA, J., 1995: "II campaña de excavaciones arqueológicas en el yacimiento de 'La Serrecica' (Totana, Murcia) 1992", *Cuartas Jornadas de Arqueología regional, 1993*, Memorias de Arqueología, 7, Murcia, p. 60-76.
- LÓPEZ, J.A., BELMONTE, D. y DE MIGUEL, M. P., 2006: "Los enterramientos argáricos de la *Illeta dels Banyets* de El Campello. Prácticas funerarias en la frontera oriental de El Argar", *La ocupación Prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)* (J.A. Soler, ed.), Serie Mayor 5, Alicante, p. 119-171.
- LÓPEZ CACHERO, F.J., 2006: *Aproximació a la societat del nord-est peninsular durant el bronze final i la primera edat del ferro. El cas de la necrópolis de Can Piteau-Can Roqueta (Sabadell, Vallés Occidental, Barcelona)*. Barcelona, Societat Catalana d'Arqueologia (Premi d'Arqueologia Memorial Josep Barberá i Farràs).
- LÓPEZ CACHERO, F.J., 2007: "Sociedad y economía durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Noreste peninsular: una aproximación a partir de las evidencias arqueológicas", *Trabajos de Prehistoria*, 64, 1, p. 99-120.
- LÓPEZ CACHERO, F.J., 2009: "Recensión: Lorrio, A.J., *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica*, Bibliotheca Archaeologica Hispana

- 27, Anejo a la revista *Lucentum* 17, Real Academia de la Historia, Madrid, 2008”, *Trabajos de Prehistoria* 66, 2, pp. 197-199.
- LÓPEZ MARCOS, A., 2008: “El *oppidum* ibérico de Acci (Guadix)”, *I<sup>er</sup> Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana* (A.M. Adroher y J. Blánquez, eds.), Madrid, p. 287-298.
- LORRIO, A.J., 2008: *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 27, Anejo a la revista *Lucentum*, 17, Madrid.
- LORRIO, A.J., 2011: “Las sepulturas almerienses del Bronce Final excavadas por Luis Siret”, *Almería, un Museo a cielo abierto* (J.A. Cano, coord.), Almería, p. 37-76.
- LORRIO, A.J. y MONTERO, I., 2004: “Reutilización de sepulcros colectivos en el Sureste de la Península Ibérica: la Colección Siret”, *Trabajos de Prehistoria*, 61, 1, p. 99-116.
- LORRIO, A.J. y MONTERO, I., 2008: “Apéndice III. Dataciones de C-14 de las sepulturas de la Colección Siret estudiadas”, *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica* (A.J. Lorrio), Bibliotheca Archaeologica Hispana, 27, Anejo a la revista *Lucentum*, 17, Madrid, p. 537-538.
- LORRIO, A.J. y SÁNCHEZ DE PRADO, M<sup>a</sup>. D., 2008: “Apéndice II. Sepulturas de la Colección Siret reutilizadas con posterioridad al Bronce Final”, en A.J. Lorrio, *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica* (A.J. Lorrio), Bibliotheca Archaeologica Hispana, 27, Anejo a la revista *Lucentum*, 17, Madrid, p. 517-535.
- MARTÍNEZ, C. y BOTELLA, M.C., 1980: *El Peñón de la Reina (Alboloduy-Almería)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 112, Madrid.
- MEDEROS, A., 2008: “El Bronce Final”, *De Iberia a Hispania* (F. Gracia, F., coord., J.R. Álvarez-Sanchís, S. Celestino, A. Delgado, A. González Rubial, A.J. Lorrio, A. Mederos, F. Romero, A. Ruiz y C. Sanz), Madrid, p. 19-91.
- MENDOZA, A., MOLINA, F., ARTEAGA, O. y AGUAYO, P., 1981: “Cerro de los Infantes (Pinos Puente, provinz Granada). Ein Beitrag zur Bronze- und Eisenzeit in Oberandalusien”, *Madridrer Mitteilungen*, 22, p.171-210.
- MOLINA, F., 1978: “Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica”, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, p. 159-232.
- MOLINA, F., 1983: “Prehistoria”, *Historia de Granada I. De las primeras culturas al Islam* (F. Molina y J.M. Roldán), Granada, p. 3-131.
- MOLINA, F., MENDOZA, A., SAEZ, L., ARTEAGA, O., AGUAYO, P. y ROCA, M., 1983: “Nuevas aportaciones para el estudio del origen de la cultura ibérica en la Alta Andalucía. La Campaña de 1980 en el Cerro de los Infantes”, *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982)*, Zaragoza, p. 689-707.
- MOLINA, F., TORRE, F. DE LA, NÁJERA, T., AGUAYO, P. y SÁEZ, L., 1979: “Excavaciones en Úbeda la Vieja y Cabezuels (Jaén)”, *XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo, 1977)*, Zaragoza, p. 287-296.
- MOLINA, M.<sup>a</sup> C. y MOLINA, J., 1991: *Carta Arqueológica de Jumilla, Addenda 1973-1990*, Murcia.
- MONTEAGUDO, L., 1977: *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*, *Prähistorische Bronzefunde*, IX, 6, München.
- MONTERO, I., 1994: *El origen de la metalurgia en el Sudeste de la Península Ibérica*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería.
- MONTERO, I., 2008: “Apéndice I. Ajuares metálicos y aspectos tecnológicos en la metalurgia del Bronce Final-Hierro en el sudeste de la Península Ibérica I”, *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica* (A.J. Lorrio), Bibliotheca Archaeologica Hispana, 27, Anejo a la revista *Lucentum*, 17, Madrid, p. 499-516.
- MONTÓN, S., 1999: “Determinación osteológica. Primera aproximación al estado de la evidencia”, *Proyecto Gatas. 2. La dinámica arqueológica de la ocupación prehistórica* (P. Castro et al.), Arqueología. Monografías, Sevilla, p. 320-324.
- MORATALLA, J., 2004: *Organización del territorio y modelos de poblamiento en la Contestania ibérica*. Vol. I. Tesis Doctoral inédita. Universidad de Alicante.
- MORET, P., 1996: *Les Fortifications Ibériques de la Fin de l'Âge du Bronze à la Conquête Romaine*, Casa de Velázquez, Madrid.
- NAVARRETE, M.S., CARRASCO, J. y GÁMIZ, J., 1999-2000: “La Cueva sepulcral del Cortijo del Canal (Albolote, Granada)”, *Revista del Centro de Estudios Históricos De Granada y su Reino*, 13-14, Segunda Época, p. 25-98.
- NOCETE, F., CRESPO, J. y ZAFRA, N., 1986: “Cerro del Salto. Historia de una periferia”, *Cuadernos de*



- Prehistoria de la Universidad de Granada*, 11, p. 171-198.
- OSUNA, M. y REMESAL, J., 1981: "La necrópolis de Boliche (Villaricos, Almería)", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, p. 373-416.
- PACHÓN, J.A., 2008: "Más allá de Iliberri. Ibéricos en las depresiones orientales granadinas", *I<sup>er</sup> Congreso Internacional de Arqueología Ibérica Bastetana* (A.M. Adroher y J. Blánquez, eds.), Madrid, p. 247-265.
- PACHÓN, J.A. y CARRASCO RUS, J., 2009: "La Mesa de Fornes (Granada) y la semitización en la Vega de Granada: la trascendencia de la puerta sur-suroeste", *Mainake*, XXXI, p. 353-376.
- PACHÓN, J.A., CARRASCO RUS, J. y PASTOR, M., 1979: "Protohistoria de la Cuenca Alta del Genil", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 4, p. 295-339.
- PACHÓN, J.A., PASTOR, M., y CARRASCO RUS, J., 1999: "Los problemas de transición en las sociedades protohistóricas del sureste. El Cerro de la Mora (M. de Zafayona, Granada)", *II Congreso de Arqueología Peninsular*, tomo III, Madrid, p. 129-140.
- PASTOR, M., CARRASCO, J. y PACHÓN, J.A., 1988: "Protohistoria de la Cuenca del Genil: el yacimiento arqueológico "Cerro de la Mora" (Moraleta de Zafayona, Granada)", *Studia Historica*, Historia Antigua, VI, Homenaje al Profesor Marcelo Vigil, II, p. 37-52.
- PASTOR, M., CARRASCO, J., PACHÓN, J.A. y CARRASCO, E., 1981: "Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona, Granada). Campaña de 1979", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12, p. 135-158.
- PELLICER, M., 1986: "El Bronce Final Reciente e inicios del Hierro en Andalucía Oriental", *Habis*, 17, p. 433-475.
- PELLICER, M., 1999: "El poblado de El Macalón de Nerpio (Albacete) en el contexto protohistórico del Sureste hispano", *Sautuola VI (Estudios en homenaje al profesor Dr. García Guinea)*, p. 281-288.
- PELLICER, M. y SCHÜLE, W., 1962: *El Cerro del Real (Galera, Granada)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 12, Madrid.
- PELLICER, M. y SCHÜLE, W., 1966: *El Cerro del Real (Galera, Granada). El Corte estratigráfico IX*, Excavaciones Arqueológicas en España, 52, Madrid.
- PEÑA, J.L., ENRIQUE, M., GRAU, E. y MARTÍ. M.<sup>a</sup>A., 1996: *El poblado de la Mola d'Agres. Homenaje a Milagro Gil-Masarell Boscá*, Memorias de Excavaciones Arqueológicas, 1, Valencia.
- PEREIRA, J., CHAPA, T y MADRIGAL, A., 2001: "Reflexiones en torno al mundo funerario de la Alta Andalucía durante la transición Bronce Final-Hierro I", *Spal*, 10, p. 249-273.
- POLIGNAC, F. DE, 1995: *La naissance de la cité grecque*, París.
- PRESEDO, F., 1982: *La necrópolis de Baza*, Excavaciones arqueológicas en España, 119, Madrid.
- RAFEL, N., 2009: "Recension: Lorrio, A.J., *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica*, Bibliotheca Archaeologica Hispana, 27, Anejo a la revista Lucentum, 17, Real Academia de la Historia, Madrid, 2008", *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 19, p. 400-401.
- RODERO, A.; MADRIGAL, A.; PEREIRA, J., CHAPA, T.; PEREA, A. y PÉREZ-DIE, M., 1998: "Las más antiguas manifestaciones funerarias del yacimiento de Villaricos (Almería)", *Actas del Congreso "El Mediterráneo en la Antigüedad: Oriente y Occidente" (Madrid, 1997)* (J.L. Cunchillos, J.M. Galán, J.A. Zamora y S. Villanueva, eds.), Sapanu. Publicaciones en Internet II (<http://www.labherm.filol.csic.es>).
- RODRÍGUEZ-ARIZA, M.O. y GUILLÉN, J.M., 2007: *Museo de Galera. Guía oficial*, Granada.
- RODRÍGUEZ-ARIZA, M.O., LÓPEZ, M. y PEÑA, J.M., 2001: Excavación arqueológica de urgencia de urgencia en la Granja de Fuencaliente (Huéscar, Granada), *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1997-III, p. 299-308.
- ROS SALA, M., 1985a: "El período del Bronce Final en el conjunto arqueológico de Cobatillas la Vieja (Murcia)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 1, p. 33-47.
- ROS SALA, M., 1985b: "Nuevas aportaciones para el conocimiento del Bronce Final en el complejo arqueológico Parazuelos-Llano de los Ceperos (Ramonete-Lorca, Murcia)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 1, p. 117-122.
- ROS SALA, M., 1986: "Datos para el estudio del bronce tardío y Final en el valle del Guadalentín: el poblado de 'Las Cabezuelas' (Totana, Murcia)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 2, p. 39-47.
- ROS SALA, M., 1986-87: "El poblado de Santa Catalina del Monte: una aproximación a la urbanística del s. VI a.C. en el ámbito territorial del eje Segura-Guadalentín", *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 13-14, (Homenaje a la Prof. Gratiano Nieto), vol. II, p. 77-87.



- ROS SALA, M., 1987: "La Fuente Amarga: Una aproximación a la entidad del Bronce Final en el entorno prelitoral de Mazarrón (Murcia)", *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 3, p. 85-101.
- ROS SALA, M., 1989: *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el Valle del Guadalentín*, Murcia.
- ROS SALA, M., 2003: "Panorama actual y perspectivas de investigación en torno a las comunidades del Bronce Tardío en el Valle del Guadalentín (Murcia) y su entorno próximo", *Estudios de Arqueología dedicados a la Profesora Ana María Muñoz Amilibia* (S.F. Ramallo, ed.) Murcia, p. 219-247.
- ROUILLARD, P., GAILLED RAT, E. y SALA, F., 2007: *Fouilles de La Rábida de Guardamar II. L'établissement protohistorique de La Fonteta (fin VIII<sup>e</sup>-fin VI<sup>e</sup> siècle av. J.-C.)*. Casa de Velázquez. Madrid.
- ROVIRA, S., 1995: "Estudio arqueometalúrgico del depósito de la Ría de Huelva", *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo* (M. Ruiz-Gálvez, ed.), Complutum Extra, 5, Madrid, p. 33-67.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1984: *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*, Universidad Complutense de Madrid, 2 vol., Madrid.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1986: "Navegación y comercio entre el Atlántico y el mediterráneo a fines de la Edad del Bronce", *Trabajos de Prehistoria*, 43, p. 9-42.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1990: "La metalurgia de Peña Negra I", en González Prats, A., *Nueva luz sobre la Protohistoria del Sudeste*, Alicante, p. 317-343.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1993: "El Occidente de la Península Ibérica, punto de encuentro entre el Mediterráneo y el Atlántico a fines de la Edad del Bronce", *Complutum*, 4, p. 41-68.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1995: "Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental", *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo* (M. Ruiz-Gálvez, ed.), Complutum Extra, 5, Madrid, p. 79-83.
- RUIZ-GÁLVEZ, M., 1998: *La Europa Atlántica en la Edad del Bronce. Un viaje a las raíces de la Europa Occidental*, Barcelona.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2001: "Las comunidades del Bronce Final: enterramiento y sociedad en los Campos de Urnas", *La Edad del Bronce, ¿primera Edad de Oro de España? Sociedad, economía e ideología* (M. Ruiz-Gálvez, coord.), Barcelona, p. 257-288.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2001-2002: "El final del Bronce en la Península Ibérica), ... y acumularon tesoros. Mil años de historia en nuestras tierras (catálogo de la exposición), Alicante, p.103-115.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2007: "Morir, enterrar y recordar. Las tierras navarras durante la Edad del Hierro", *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra* (catálogo de la exposición), Pamplona, p. 97-113.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2008: "Recensión a López Cachero, F.J., *Aproximació a la societat del nord-est peninsular durant el bronze final i la primera edad del ferro. El cas de la necrópolis de Can Piteau-Can Roqueta* (Sabadell, Vallés Occidental, Barcelona). Barcelona, 2006", *Cypsela*, 17, p. 302-307.
- RUIZ ZAPATERO, G. y LORRIO, A.J., 1995: "La muerte en el Norte peninsular durante el I<sup>er</sup> Milenio a.C.", *Arqueoloxía da Morte. Arqueoloxía da Morte na Península Ibérica desde as orixes ata o Medievo, Actas do Curso de Verán da Universidade de Vigo* (Xinzo de Limia 1994) (R. Fábregas, F. Pérez y C. Fernández, eds.), Xinzo de Limia, p. 223-248.
- SÁNCHEZ, M. Y ARANDA, G., 2005: "El cambio en las actividades de mantenimiento durante la Edad del Bronce: nuevas formas de preparación, presentación y consumo de alimentos", *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi* (Barcelona 2005), *Treballs d'Arqueologia*, 11, p. 73-90.
- SÁNCHEZ MESEGUER, J., 1969: *El método estadístico y su aplicación al estudio de materiales arqueológicos. Las cerámicas del Bronce Final de Galera*, Informes y Trabajos del Instituto de Conservación y Restauración de obras de Arte, Arqueología y Etnología, 9, Madrid.
- SCHUBART, H., 2000, "La estratigrafía en la cima y en la ladera este del poblado: secuencia de los estratos y de las fases", *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce* (H. Schubart et al.), Arqueología Monografías, Sevilla, p. 39-61.
- SCHUBART, H., PINGEL, V. y ARTEAGA, O., 2000: *Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce*, Arqueología, Monografías, Sevilla.
- SIMÓN, J.L., 1997: "La Illeta: asentamiento litoral en el Mediterráneo occidental de la Edad de la Edad del Bronce", *La Illeta dels Banyets* (El Campello, Alicante). *Estudios de la Edad del Bronce y Época Ibérica* (M. Olcina, ed.), Serie Mayor, 1, Alicante, p. 47-132.

- SIMÓN, J.L. 1998: *La metalurgia prehistórica valenciana*, Trabajos Varios del SIP 93, Valencia.
- SIMÓN, J.L., HERNÁNDEZ, E. y GIL, F., 1999: *La metalurgia en el Altiplano de Jumilla-Yecla: Prehistoria y Protohistoria*, Murcia.
- SIRET, L., 1893: "L'Espagne préhistorique", *Revue de Questions scientifiques* XXXIV, p. 489-562. (= "Los primeros habitantes de las provincias de Murcia y Almería", Del Neolítico al Bronce (Compendio de estudios) (L. y E. Siret), Colección Siret de Arqueología, 6, Almería, 1999, p. 183-238).
- SIRET, L., 1909: *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes*, Memorias de la Real Academia de la Historia, XIV, Madrid.
- SIRET, L., 1913: *Questions de chronologie et d'ethnographie iberiques. Tome I. De la fin du Quaternaire à la fin du Bronze*, París.
- SOLER, J.M., 1981: *El Eneolítico en Villena (Alicante)*, Valencia.
- SOLER, J.A., 2002: *Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana*, Biblioteca Archaeologica Hispana 17-MARQ Serie Mayor 2. II vol., Alicante-Madrid.
- SOLER, J.A., 2006: "La *Illeta dels Banyets* de El Campello (Alicante): del Calcolítico al Bronce Tardío", *La ocupación Prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*, (J.A. Soler, ed.), Serie Mayor, 5, Alicante, p. 281-299.
- SOLER, J.A., FERRER, C., GONZÁLEZ, P., BELMONTE, D., LÓPEZ, J.A., IBORRA, P., CLOQUELL, B., ROCA DE TOGORES, C., CHIARRI, J., RODES, F., MARTÍ, J.B., 1999: "Uso funerario al final de la Edad del Bronce de la Cova d'En Pardo, Planes, Alicante. Una perspectiva pluridisciplinar", *Recerques del Museo d'Alcoi*, 8, p. 111-177.
- TORRES, M., 2002: *Tartessos*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 14. *Studia Hispano-Phoenicia*, 1, Real Academia de la Historia, Madrid.
- TORRES, M., 2008: "Apéndice VI. Dataciones de C-14 del Bronce Final del Sureste", *Qurénima. El Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica* (A.J. Lorrio), Bibliotheca Archaeologica Hispana, 27, Anejo a la revista *Lucentum*, 17, Madrid, pp. 39-544.
- TORRES, M., 2009: "Tartessos", *Historia Militar de España. I. Prehistoria y Antigüedad* (M. Almagro-Gorbea, coord.), Madrid, p. 99-110.
- TOVAR, A., 1983: "Etnia y lengua en la Galicia Antigua: el problema del celtismo", *Estudios de Cultura Castrexa e de Historia antiga de Galicia* (G. Pereira, ed.), Santiago de Compostela, p. 247-282.
- TOVAR, A., 1989: *Iberische Landeskunde. II. 3. Tarracónensis*, Baden-Baden.
- TRELIS, J., 1995: "Aportaciones al conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el sureste peninsular: el conjunto de moldes del Bosch (Crevillente, Alicante)", *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, vol. I, Elche, p. 185-190.
- TRELIS, J., 2000: "Mas del Corral (Alcoi)", en Aura, J.E. y Segura, J.M. (coords.), *Museo Arqueològic Municipal Camil Visiedo Moltó, Alcoi*, Catálogo de Exposición, Alcoi, p. 97-100.
- TRELIS, J., 2004: "El Museo Arqueológico Municipal de Crevillente", *Crevillent. Arqueología y Museo*, Alicante.
- TRELIS, J., MOLINA, F., ESQUEMBRE, M.A. y ORTEGA, J.R., 2004: "El Bronce Tardío e inicios del Bronce Final en el Botx (Crevillente, Alicante): nuevos hallazgos procedentes de excavaciones del salvamento", *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* (L. Hernández y M.S. Hernández, eds.), Alicante, p. 319-323.